

The cover features several black silhouettes. In the upper half, there are groups of people walking in various directions, some carrying bags. In the lower left, a horse-drawn carriage is partially visible. The overall style is minimalist and graphic.

ALFONSO ALCALDE

A small icon of a cup or container with vertical red and black stripes, located above the title.

**EL AURIGA
TRISTAN
CARDENILLA**

ZIG-ZAG

EL AURIGA TRISTAN CARDENILLA

Por Alfonso Alcalde.

El viejo, perenne, fresco y tierno tema de los circos pobres constituye el argumento principal de los cuentos de EL AURIGA TRISTÁN CARDENILLA. Personajes trágicos, unos, y otros semialegres, minialegres, melancólicos, sobrevivientes de un medio cruel, agobiador, que cierra casi todas las puertas para encontrar una razón a la vida.

El condenado a muerte de "Paraíso para uno" — Benito —, ahumador, gañán, pescador, trata de sacar provecho en los segundos finales de su existencia. Puede ser un filósofo rudimentario, esperando el último golpe que llegará en forma inexorable, la descarga final, la muerte, para muchos el paraíso, el encuentro o el desencuentro con Dios. En otros relatos sobresale cierta vitalidad fundamental de los personajes, una manera de ser muy chilena que enfrenta el infortunio, la vejación moral del desempleo, "de la mala pata", del destino, en suma. La vida detrás de la máscara de los payasos sonríe, no obstante, como en "El peregrino del Golfo", donde el león, dividido en mil pedazos, de pronto recobra el derecho a la existencia, aunque zurcido, después de pasar por la gran prueba de la muerte múltiple.

En "El auriga Tristán Cardenilla" el caballo se alimenta, en los momentos duros, de papel de diario y colillas de cigarrillos. La pulga de "Almacencito La Gloria" come lechuguita; los leones, barro. Maltratados, pero íntegros, los personajes son así sometidos a todas las pruebas de lo que podría llamarse el destino; pero creen en la vida: de ahí su sentido del humor.

Al conocer el original de este volumen de cuentos, uno de los más jóvenes pero a la vez severos críticos chilenos de hoy, José Donoso, lo enjuició así: "Pocas veces he encontrado mayor unidad estilística, de ambiente y de pensamiento, ni más coherente de arquitectura. Alfonso Alcalde se revela como el pro-sista más importante de su generación".

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

EL AURIGA TRISTAN CARDENILLA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

© Empresa Editora
Zig-Zag, S. A. 1966.
Derechos reservados
para todos los países.
Inscripción N.º 32421.
Santiago de Chile.
1967.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

A L F O N S O A L C A L D E

EL AURIGA
TRISTAN CARDENILLA

Z I G - Z A G

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Central

A Olga Olivieri
y
Nibaldo Mosciatti

LOS SOCIOS

PERSONAJES:

Un payaso ahumador de pescado

Un payaso hojalatero

LUGAR DE LA ACCIÓN: *Bar "El Buen Pensamiento".*

Bar "El Buen Pensamiento" y el tizne del hollín de la estación; Hotel "Los Placeres", los chirridos de las locomotoras, los gritos: el diario, los lustradores, las empañadas de los sábados, los pasajeros, las maletas.

Entraron abriendo en dos el bodegón, el humo, las hileras azules de botellas, ocres. Semioscuro el recinto, el ruido de los dados, los rostros alargándose y acortándose, el choque de los vasos, las voces intercaladas en múltiples direcciones.

El mesón tambaleante. Los borrachos en ese punto de la discusión de las cinco de la tarde cuando la justicia es ecuánime y la amistad profunda.

Les tocó el rincón, es decir la penumbra al lado del aviso: "Caballeros", en ese ángulo casi amarillento del recinto y la mesa coja, los grandes mapas de vino chorreando las tablas y las sillas con asiento de totora.

—Por aquí será, compadre.

—Es la única que va quedando desocupada —aseguró el mozo—. ¿Tinto o blanco?

—Será tinto —dijo, interrogando, el más delgado.

Un movimiento indiferente:

—Da lo mismo.

El mozo:

—¿Entonces tinto?

Dejaron el paquete en una tercera silla. "Gol del Na-

val." Las carcajadas colectivas, el turbio concho de una copa, los muros casi redondos, la espesura de la luz como si cada parroquiano la separara al caminar, al empujar el codo.

Se le marcó una vena en la mitad de la frente al mozo al abrir la botella.

—Con fuerza de hombre —dijo el más alto.

—Ahora vienen a presión —se justificó el mozo.

—Pero igual lo arreglan.

—Este es "purito" —puso la botella al trasluz antes de dejarla sobre la mesa.

Pasó un tarro con las sobras del almuerzo: una mujer gorda, y luego el perro husmeando al trote y moviendo la cola alrededor de los huesos pelados, las moscas y la "mercocha".

—¡Salud, socio!

—¡Salud!

El chasquido breve y redondo. Las copas quedaron vacías.

Se miraron: el más bajo, melancólico, casi treinta y nueve años, es decir cuarenta y dos o cuarenta y cuatro bien vividos y dibujados en el rostro, y tres hileras de arrugas en la frente, de mayor a menor.

El más alto, unos cuarenta y cinco. Pelo blanco y ralo, mandíbula saliente, bigote firme, ojos claros y precisos.

El más bajo, meticuloso y tranquilo.

El más alto, labios gruesos, corbata a cuadros y chillona, rojos intensos, amarillos desvaídos y un caracol grasoso dibujado al medio.

El más bajo, retraído, rostro ovalado: ¿Gasfiter? ¿Mecánico?

El más alto, vendedor callejero, aunque tímido, comunicativo por autodefensa, risueño y ampuloso.

Grueso era el hilo del vino llenando las copas. Copa contra copa.

Un tintinear sordo y breve diluido por los otros:
—¡Salud!

“Empata el Gente de Mar”, y “ése me la va a pagar”, “para eso soy su amigo, su amigo de toda la vida”; “estaba acompañada cuando llegué a la pieza”...

—¿Por quién?

—¡Por usted, compadre!

—¡Por usted, sociol!

—¿Y por quién más?

—¡Por el caballo!

—¡Eso mismo!

—¡Por el caballo!...

—¡Por nuestro socio, compadre!

—¡Por el que nunca falla!

—¡Al seco, entonces!

—¡Vaquita echada!

—Hasta donde usted diga...

—¡Aquí estoy!

—A su lado...

—Bueno, ¿pero estamos tomando o conversando?

—Tomando...

—¿Entonces?

—Nada, yo sirvo no más.

Se miraron con lealtad.

El más alto era moreno del Norte. Ya le había contado su historia: ahumador avecinado en el Sur.

—¿Usted ha comido tritre?

El más bajo, pescador:

—Hasta que llegó la ruina, la lluvia, el terremoto, el maremoto y perdí el bote, quedando con los brazos cruzados.

—El humo se le mete a uno en los ojos y en los hue-

sos. Los niños se ríen gritando: “¡Cara de humo, cara de huuuumo!”

—En cambio nosotros, los pescadores: se pone la plata en la mesa y vamos pidiendo. ¡Cuando no hay más, a patadas para afuera!

—¡Salud!

—¿Cómo dijo, compadre, que no le oí bien?

—Salud, dije.

—Y yo (ja, ja), ¿estaré enfermo?

—¿Cómo se llaman esos ñatos con el pelo blanco?

—¿Al... albinos?

—Al... “vino”. ¡Salud, entonces!

Sonaron las copas y otros vasos chocaron también en el recinto. Otros sonidos subieron de volumen, como si algo se quebrara con cuidado hasta caer después en un nuevo silencio: en un abismo tal vez no muy profundo, y, de pronto, este silencio era invadido de nuevo agrupándose alrededor de aquella mesa y el nuevo ¡gol! estridente del Naval y los comentarios:

“Largaron un gato desde la galería con un paraguas viejo: se fue de un viaje.” “¿No ve que nunca habían visto un ballete?” “Lo mejor para los cortos de vista: comer maíz.” “¿Ha visto alguna gallina con anteojos?” “¡Y agarró el portafolio, iñor!” “El tapabarro, el espadrapo, ¿cómo se dice?”

—¡Salud, compadre!

—¿A quién le debemos el terno nuevo?

—¡Chih, al caballo!

—¿Y la casita?

—¡Al caballo! ¡No hay vuelta que darle!

—¡Estamos contentos, compadre!

—Claro, socio. Cuando vendía tritre ahumado las mujeres me espantaban las moscas, todas salían arrancando, pero ahora...

—Yo pregunto antes de seguir tomando: ¿Qué hubiera sido de nosotros sin el caballo?

—¡Quién sabe!

—Seamos sinceros.

—Yo tenía ganas de volver al Norte. Tomar el caudín y salir otra vez a soldar ollas.

—El pescado da, pero hay que sacrificarse. Cuando perdí el bote quise partir... ¿y dónde que uno más valga? Sin mentirle, la ola sería del porte de este bodegón. Se lo tragó todo. Yo fui a aparecer como a tres cuerdas de mi casa arriba de un árbol. ¿Y el bote? ¡Nunca más se supo!

—Usted que la ha corrido, compadre.

—Dura ha sido la vida, socio. Un pescador sin bote es como un carpintero sin garlopa. Anduve tomando—aclará los ojos con los recuerdos, luego el pelo sobre la frente, las manos levantadas como si fuera a dar un golpe—. Y uno mira el mar y el mar lo mira a uno como si contestara: ¿Y...?

—Aquí estamos.

—¿Y...? (pregunta el mar).

—¡Nada!

—Nadan los ahogados.

—Eso dicen.

—¿Y...?

—¿Y...?

—¿Quién le moja la oreja al otro? ¿Quién cruza la raya? El mar es así, cuando se le antoja. Vengativo, rencoroso. Y yo lo miraba como diciéndole: "Me la vas a pagar". Pero sabía que nunca iba a vengarme. ¿Con qué? Y el mar también lo sabía, por eso continuaba batiéndose tan ufano y seguro. Nunca gana uno: siempre vence el mar.

—No nos pongamos tristes, socio.

—¿Por qué?

—El pasado, pasado.

—¿Y qué me dice del caballo?

—Oiga, ¿quiere que le diga una cosa?

—¿Qué cosa?

—¡Socio, usted no se imagina lo que quiero al caballo!

—Yo también...

—Esta copa la vamos a tomar de pie... ¡por el caballo!

—¡Por él!

—¿Y sabe una cosa, compadre?

—¿Qué cosa?

—¡Usted sí que es un gran artista!

—¡Bah, ya se curó mi socio!

—No, nada de cuentos; ¡es la pura verdad!

—Usted no lo hace nada de mal, compadre.

—¡Pero usted nació con la gracia para hacer las cosas, socio! Nació artista.

—Menos mal que nos entendemos bien.

—Eso dicen.

—Mozo.

—Ponga la otra.

La noche se incorporaba a las viejas sombras llenando la ciudad de luces y nuevos rumores. Habían llegado el frío y la lluvia de esa hora en medio del chapotear de los borrachos incorporándose al mesón. Otros partían, otros venían de vuelta, tambaleantes, algunos con los ojos entreabiertos, unos pocos vociferantes, otros descargados de la tragedia del día contada entre vaso y vaso. Un trozo de la vida en esa hilera de botellas vacías. Y los niños llorando, la sonajera de la máquina de sumar, los discos de moda, la traición, el amor imposible o posible, el calor y el frío simultáneos, la frustración, la culpabilidad, el dolor, la sorpresa, la incompreensión, la trasgresión de los sucesos y la interpretación de los códi-

gos, los perros, las nubes bajas, la sinceridad, la honestidad en el pequeño trabajo, la justa repartición, la campana aleteando, distante y borrosa, débil, final, el sombrero entre redondo y cuadrado, el pobre paraguas solitario. En fin.

—¿Y el caballo?

—No se preocupe, socio.

—¿Nos tomamos la última y nos vamos?

—Usted dirá.

—¿Qué son cuatro botellas para dos hombres?

—Hmmm. ¿Sabe de qué me acordé?

—Cómo voy a adivinar, pues, socio.

—A propósito de las botellas, oiga. Cuando llegó el terremoto reventaron los fudres de Talcahuano.

—Reventó todo el mundo.

—Y los fudres. Se les cayó la aureola, ji. Saltaron los zunchos y empezó a correr el vino.

—¿Y usted?

—¡Ahí estaba su socio untándose los zapatos!

—¿Tomaría hasta que le dio puntada?

—Las mujeres arrancaban con las guaguas, gritando: “¡Se salió el mar, se salió el mar!”, esperando que el viejo apareciera detrás de una esquina, pisándoles los talones.

—¡No era para menos, socio!

—Claro que no. Subimos a los cerros, y desde arriba se veían las calles de color morado, llenas de vino. Nadie quería bajar, sólo los perros.

—Se curarían con el olor.

—No, tomando. Metían la lengua en las acequias y después ladraban de lado, afirmándose en la pared.

—¡Bua!, ¿no me venga a decir que se perdió el vino?

—Una parte. Los más jóvenes se ponían de rodillas y comenzaban a tomar con las manos, ¿no ve que

era gratis?, hasta escuchar el grito: "¡Que viene el mar!, ¡que viene el mar!", y salían arrancando.

Pidieron la cuenta.

—Estamos en la hora —dijo el más alto.

—Por lo que nos demoramos en vestirnos —contestó el más bajo.

Había dos noches al salir: la que quedaba atrás, al abandonar el bar, oscura, bulliciosa y personal, y otra más fría y nueva y fresca. Al fondo de la calle se levantaba la carpa del circo y las sombras de los espectadores recortábanse en las escalas de las aposentaduras.

Se doblaron como para embestir la llovizna. Después escucharon los pasos del mozo:

—Señor, señor, se le olvidó este paquete.

El payaso más alto miró al payaso más bajo.

El hombre pequeño desató el nudo y en medio de la lluvia apareció el arrugado caballo de lona con sus grandes lunares azules y amarillos.

Entraron al camarín del circo y comenzaron a maquillarse sin decir una palabra.

ALMACENCITO "LA GLORIA"

PERSONAJES:

Don Quento, amaestrador

Micaela, una pulga

Varios vecinos

Cantores con guitarra.

LUGAR DE LA ACCIÓN: *Almacencito "La Gloria".*

Al enviudar don Quento, el vecindario aseguró que no duraría mucho. El mismo había pedido a la finada que le hiciera llamar para hacerle compañía bien estuviera en el cielo o en el infierno. Solo, aburrido, achacoso, caminaba por las calles Ongolmo, Orompello y Freire arriba, rondando por las borracherías, esperando que alguien lo llamara para convidarle la caña y pedirle que repitiera una vez más esa historia cuando trabajó en un circo. Una sola corrida no era suficiente, pero a la segunda parecía soltar la lengua y comenzaba por imitar una banda tocando ya el tambor o el trombón, hablando con la voz de falsete de un payaso mientras recorría las mesas.

—Con el pulsito que se gasta ahora, no podría ni domar elefantes —le decían, tocándole el amor propio, desafiándolo a que hiciera un cucurucho imitando el sombrero de copa que usaba en las noches de gala, antes de hacerse aplaudir.

—¿Se puede amaestrar una pulga, don Quento?

—¡Mire que no se va a poder!

—¡Es tan rementiroso este viejo!

—¡Así! Nadie se mueva —pedía, buscando la caja de fósforos.

Un silbido potente, pero con saliva, como el de las locomotoras con mucha presión.

—¡Micaela, Micaela! —así se llamaba la pulga.

Y ante el asombro de los parroquianos, aparecía el insecto por el borde, subiendo y bajando la cabeza.

Don Quento explicaba:

—¡Está saludando, quiere trago! Pídanle que se esconda —exigía el amaestrador a los curiosos.

—¡A la cuchal, ¡a la cuchal! —vociferaban los borrachos alrededor de la pulga, amenazándola con las manos en alto para que volviera a su escondite.

Don Quento sacaba una pequeña lupa y, entonces, a través del vidrio de aumento, resultaba más fácil seguir la maniobra: el animalito con cara de tiuque, arrinconado como una lauchita muerta de frío, esperando las órdenes.

—¿Y qué otra gracia sabe hacer?

—Depende...

—Por una botella...

—Pero adelantada, eso sí.

—¡Bueno con el amaestrador desconfiado! Está bien. Traigan una de la casa.

Bebían con rapidez el vino hasta que el anciano, tamborileando los dedos sobre la mesa, ordenaba a la pulga que apareciera por el fino borde de madera de la caja de fósforos escuchando la cuenta:

—¡A la una!... A las dos... ¡A las treees!

El insecto, después de llegar al borde de la uña, daba una serie de volteretas, para caer en el mismo sitio, moviendo como siempre la cabeza con picardía.

Tentaban al amaestrador:

—Te la compro: cuatro botellas.

—Nada.

—Cinco, entonces...

—Está loco.

—¿Tienes miedo de que se muera de hambre?

—No, pero no la vendo.

—¿Y qué es lo que come tu pulga?

—Lechuguita, y los domingos la dejo que me pique.

—¡Quién te enseñó a domar pulgas, viejo carrilero!

—Viene de familia —contestaba el anciano con una sonrisa triste—. Mi abuelo fue también amaestrador. Y yo, como a los catorce años, heredé un criadero de pulgas. Me buscaban por todas partes. Todavía tengo los programas de circo con mi nombre encabezando el elenco de artistas.

—¿Y qué hiciste los bichitos?

—Los vendimos. Una, la Betty, se fue con un perro lanudo, antes que debutara. La finada casi se murió de pena; era su regalona.

Poco le duraba la alegría a don Quento.

—Ya, pues, córrase ahora —le decían los mismos parroquianos que momentos antes habían llorado de risa con las proezas de la pulga Micaela.

El anciano pedía una última copa, haciendo hora para ir a dormir a la hospedería. La vida le quedaba grande. Casi no tenía sentido para él, a los sesenta y tres años, solo con su última pulga, mendigando siempre los pesos para la cama donde ir a recordar a la viuda. Vivía sólo de recuerdos, de tiempos idos, tiempos distantes, cuando fue propietario del Emporio "Las Tres Marías", hasta que de golpe su mujer enfermó y los ahorros se los llevaron los médicos y la botica. Ahora gustaba sentarse junto a un brasero, asilarse alrededor del fuego, callar, dejar que las lágrimas se soltaran, pero sin palabras, perdonando todo, sintiendo que el mundo lo presionaba, lo hostilizaba, y sus huesos no resistían, no podían resistir, aunque algunas mañanas amanecía más optimista, hasta caer nuevamente en esos estados de melancolía y ausencia, moviendo las manos, sin sentido, en un gesto también inútil que reflejaba la angustia de su alma, incompre-

dida, llamando a la muerte, llamando a la ausente, implorándole que no lo dejara solo más tiempo, que la necesitaba aún para hacerla rabiarse, para ir detrás de ella contándole las historias que conocía de memoria, tomándole la mano, que era como confirmar que aún estaba vivo y no como ahora que la mano andaba suelta, sabiendo que todo su cuerpo estorbaba, aun sentado, aun silencioso, aun dormido. Porque la finada lo consolaba con su resignación, mirándolo, dominándolo, comprendiendo el dolor que siente un hombre frustrado que nació para ser artista y que, sin embargo, gastó sus mejores días detrás de un mesón, siempre con una incontenible sonrisa, vendiendo bolsitas de yerba, azúcar y pan. Ella lo entendía, y sus palabras lo ayudaban a vivir. Pero ahora... Costaba entusiasmarlo; era como un anciano escéptico, como si pensara que el sol alumbrara para todos, menos para él, sospechando siempre, viendo lo que otra gente no ve, sacando conclusiones con esa irrefutable sabiduría de los viejos. Simplemente ya no quería vivir, no quería oír; las palabras no tenían sentido, y cuando alguien le hablaba parecía aislarse aun más, meterse aun mas dentro de sí mismo, contestando sin interés, como si las palabras se le cayeran de la boca una por una:

—Oiga, don Quento, usted que llegó a tener tan buena clientela, ¿por qué no se instala?

—¿Con qué?

—Con un almacencito...

—¿Un almacencito? ¿Y la plata?

—Muchos comenzaron con nada y ahora...

—...cuando eran jóvenes.

—No se tire al suelo, don Quento. Viejo es el que se queda sentado.

—No me atrevo, oiga...

—Empiece con un poquito de cada cosa: un montoncito de arroz, otro de yerba, azúcar, en fin...

—No tengo fuerzas ni para estar de pie.

—Atiende sentado, pues.

—¿Y para qué?

—Nunca están de más unos pesitos, ¿no?

—Eso es cierto.

—Así como que no quiere la cosa, usted también podría vender litriado detrás de la puerta.

—Hay muchos clandestinos en el barrio.

—Pero a usted todos lo conocen y lo quieren, don Quento.

—Podría tener una fiambarrera con pan y ají, ¿no es cierto? —preguntó el anciano, tratando de entusiasmarse.

—...de todo.

—Empanadas, también. ¿Se acuerda que la finada las preparaba como para chuparse los dedos?

—¿No ve? Ahora la leña y el carbón dan también.

—Cierto. A lo mejor doña María me fía su saco.

—Mire que le va a decir que no, cuando lo que tiene se lo debe a usted. Apuesto que por favorecerlo, todos le van a comprar.

—No creo. En otras partes sacan fiado; tienen libreta.

—Usted también podrá fiar después, como en sus buenos tiempos.

—¿Cierto, no?

Partió el anciano, dándole vueltas a la idea, visitando, animoso, las antiguas amistades que se habían instalado en el barrio a lo largo de los años: verdulerías, reparadoras de calzado, carbonerías, pequeñas tiendas, pescaderías, fruterías, contando su proyecto, asegurando que no iba a hacerles competencia, porque eso sería desleal con alguien que estaba dispuesto a ayudar a un pobre viejo, y que nunca era tarde para empezar y en vez de pasarse al cateo de la caña que le tiraban como una limosna, era mejor hacerle frente a la vida, y aunque no

iba a pagar la patente, alguien hablaría con los inspectores municipales para que al pasar por el chinchel o el almacencito (como quieran llamarlo) hicieran la vista gorda. Por eso se conformaba con que le fiaran un poco de cada cosa para empezar, además de la damajuana de tinto de quince litros. Pero cuando le aseguraron que con esa cantidad no alcanzaba ni para que los borrachines del barrio hicieran la mañana, don Quento, siguiendo los consejos de sus amigos, cortó por lo más sano, encalillándose con un fudre de doscientos cincuenta litros. "Así se evitará —le dijeron— las carreras entre el almacén y la vine-ría y el almacén."

Don Quento no pudo conseguir todo lo que necesitaba. Algunos comerciantes se disculparon diciendo que los créditos estaban restringidos, que consultarían al otro socio, que las ventas andaban flojas, que volviera más adelante. El anciano no se desanimó. Cuando hizo un balance de lo que consiguió fiado, dejando los pies en la calle, tenía dos kilos de tomates verdes, cien gramos de clavos de olor, varios paquetes de diarios y revistas viejos, un naípe inglés, un trabuco, veinte metros de sogá, una herradura para la suerte, una cajita de caldo concentrado de ave, cuatro vasos de distinto tamaño, un plumero, un monopatín con una sola rueda, dos tarros de duraznos al jugo, media docena de latas de sardina al aceite y al tomate y una ristra de plátanos maduros. También le prestaron una mesa y cuatro sillas sin asiento, que don Quento arregló con sus propias manos, parchando aquí, clavando allá. Revisó, además, la instalación eléctrica para dejar en el sitio más adecuado la única ampolleta de veinticinco bujías, ubicando estratégicamente los letreros escritos con su puño y letra, que decían:

"Verduras"

"Caja"

"Hoy no se fía, mañana tampoco"

"Respete y será respetado"

"Pague con sencillo"

"No se admiten cheques"

"Sea breve"

El local tomó su aspecto acogedor después que con cuatro tablones don Quento armó un mostrador adornado con otra serie de cartelitos:

"No salive"

"Tome su derecha"

"Privado"

"No le hable al chofer"

"Pagos los segundos martes de cada mes"

En cuanto a la venta de la caña, todo sería muy rápido. El fudre quedó al fondo. Había que pasar por un corredor al patio. Después el pencazo, y vamos caminando como si nada hubiera pasado para no llamar la atención.

Don Quento distribuyó cuidadosamente la mercadería para dar un buen golpe de vista y después salió a recorrer el vecindario, notificándolo, puerta por puerta, que al día siguiente iba a tener lugar un vino de honor con motivo de la inauguración del emporio. Todo el mundo tendría derecho a servirse medio pato gratis, una atención de la casa para que se fueran familiarizando con el Almacencito "La Gloria".

—¡El nombre que le fue a poner, don Quento! —Lo llamaban así, porque cuando se curaba repetía como un disco la frase: "Esto parece *quento*". Por una pifia que tenía entre los dientes, un portillo que le deformaba la palabra "cuento".

—Es por ella —explicaba el anciano—, que allá arriba, en la gloria, debe estar.

—Esperándolo con la pitarrilla.

—Ojalá, ojalá.

* * *

Como a las cinco de la tarde empezaron a llegar los invitados, cada uno con su regalito: una imagen de la Virgen del Carmen, un almanaque con una mujer desnuda, una naturaleza muerta, barnizada, donde aparecían una langosta y un racimo de uva encima del hule verde, a cuadros. Don Quento se emocionó con el cucharón “para revolver la ponchera”, como le dijeron maliciosamente al regalárselo. Otro comedido le llevó una victrola un poco vieja, aunque era cuestión de arreglarla. Había tocado lo más bien durante veinte años; ahora sólo le faltaban la cuerda y la bocina.

—Esto está más embanderado que el puerto de Iquique el 21 de mayo —dijo el carnicero Remigio Tapia, llegando con su mujer y la guitarra.

—Venimos dispuestos a hacer humear el instrumento —dijo ella.

Al lado contestó otro de los vecinos, sacando el acordeón de una bolsa, que sonó sin querer, al dejarlo en el suelo. En una banca se acomodaron el carbonero a quien le decían *El Troile* y su mujer, *La Babeta*, también con su guitarra, esperando que dieran la señal para que empezaran la fiesta y el canturreo. En un rincón se instaló Alamiro Briebea, a quien le llamaban *El Profeta* por ser profesor, aunque sin título. Se ganaba la vida haciendo clases particulares a los hijos porros de los dueños de bar, hombre juicioso, enredado con una vieja conocida como *La Dos Muelas* —también presente—, porque era lo único que se le veía cuando soltaba la carcajada.

El anciano había adornado el almacén, el pasillo y el patio picando papeles de colores, pegándolos en las paredes. El fudre parecía un altar como el de los velo-

rios de angelitos. Comenzaron a llegar algunas viandas preparadas por las comadres que sentían afecto y cariño por don Quento: su costillar, alguna pata de chanco, una olla con pescada frita, cebolla escabechada.

El dueño de casa dio la señal y las parejas comenzaron el baile, los cantos, y como a la media hora ya temblaba la casa entera coreando un vals inventado por *El Chisposo*, un fabricante de jabones caseros:

*Ando borracho
por una mujer, ja, ja.
Ella no me ama,
pero yo la adoro, ja, ja.*

Los cantores primero respetaban los dos "ja, ja", pero a medida que se iban emparafinando, los más escépticos, a los que les había pasado alguna mano en el amor, lanzaban unas tremendas carcajadas, estremeciendo el negocio y al vecindario en vela.

En los primeros momentos, el vino fue distribuido con toda pulcritud en vasitos, motivando los "salud" con todo tipo de reverencias, como en los grandes salones de antaño. Pero pasada la medianoche, las cantoras se instalaron alrededor del fudre y comenzaron a tomar con un cucharón que pronto empezó a circular de boca en boca, hasta que decidieron poner en pie la inmensa pipa y sacarle la tapa, porque el sistema de la manguera no resultó. Los tomadores se quedaban pegados chupando, y los otros que estaban en la fila, muertos de sed, tenían que rescatar la manguera a gualetazo limpio. Ya como a las tres de la madrugada se llegó a un acuerdo que agradó a toda la concurrencia: cada invitado tenía derecho a una zambullida, no muy larga eso sí; y cuando se quedaba más del tiempo convenido, los demás lo tiraban de los pies, porque la sumergida era de cabeza. Muchos volvían mo-

rados como betarragas, pero con un poco de respiración artificial recuperaban el habla y a los pocos minutos ya estaban exigiendo una nueva zambullida, asegurando que el tinto estaba de mascararlo y que don Quento era el hombre más generoso de la tierra.

El resto de la noche pasó volando y pronto se escuchó el gorjeo de los pájaros que picoteaban el único vidrio bueno de la ventana del negocio: amanecía. Nadie quedó en pie. Los borrachos roncaban estruendosamente desparramados por el pasillo, algunos con cara de diablo con cejas, pera y bigote pintados con tizne de carbón. Alguien orinó dentro de una guitarra. El bandoneón, después que los curados empezaron a jugar una pichanga, quedó con un tremendo hoyo, por donde se filtraba el aire, y no sonó nunca más. A *El Troile* le pusieron una espina de pescado en el ojal. *El Profeta* andaba en monopatín, pero en sueños; algunos letreritos se los colgaron a las señoras. A *La Dos Muelas*, el que decía "Privado", y a *La Babeta*, "Sea breve".

Como a los tres días vino a aparecer don Quento por las cantinas del barrio. Era otro hombre, con los ojos perdidos, barbudo, ojeroso aún, con la mona viva, porque se le notaba que no se había oreado.

—Y ahora qué le voy a decir a la finada —sollozaba. Trataron de consolarlo.

Parecía que estaba esperando la ocasión para contar algo sobre el Almacencito "La Gloria", porque apenas alguien recordó la fiesta, confesó:

—Parece quento. Quebré. Nos tomamos y nos comimos todo el capital la noche de la inauguración. Hace un rato vinieron a llevarse el fudre vacío.

Pidió una caña. Preguntó:

—¿Quién era el que se interesaba por la Micaela?

ZAPATOS PARA ESTUBIGIA

PERSONAJES:

Estubigia, canastera

Florián, pescador, ex trapealista

Carpinteros, dueñas de casa

LUGAR DE LA ACCIÓN: *Una caleta de pescadores.*

Estubigia, canastera, descalza, rostro de mimbre, ojos de ceniza, frente de mármol, caminando por el molo de la caleta, comprando el ultecito, el luce, las machitas, su jurel, su cauque para revenderlo y tener para los cigarrillos y un plato de sopa. Grandes pies nudosos. Los tobillos, duros como si fueran de palo, secos. La cara, de una mujer de sesenta y cinco años, arruinada por el mar, tajeada por el mar. Un rostro en continuo movimiento, que permitía una absurda comparación con una cebolla, plena de capas y pieles delgadísimas superpuestas, dando vuelta, una encima de la otra, de mayor a menor.

Estubigia se sentó en una piedra. Era una tarde de junio, mes difícil y duro de los grandes vientos encontrados y las lluvias de la estación: el sol radiante preparando la próxima tormenta en medio del grito de las gaviotas, las boinas de lana tejidas a mano de los pescadores, parecidas a la que usaba el difunto Florián, ahora casi perdido en el recuerdo. ¿Cómo eran sus ojos? Y esa sensación que no obedece a ningún mandato, una ley no cumplida, una amenaza latente que no violenta ningún orden, que no discurren en el cerebro ni en músculo alguno. Un residuo del organismo no calificado, un breve segmento de la muerte, nadando vivo en el cerebro.

Posiblemente sus ojos fueron pardos, negros. Ya, ade-

más, no importaba el color, sino el uso que tuvieron, el uso que les dio el difunto.

Una botella, los dos vasos, Estubigia y ese reflejo de la luz sobre los cristales y un punto y un violento chisporroteo, luego la mano, otra vez los nudos de los dedos, el movimiento del brazo, los ojos entrando en los ojos, un lento movimiento del silencio:

—¿Mucho viento?

—Como siempre.

—¿Viene el surazo?

—A lo mejor.

Sólo sonidos, palabras sueltas, palabras idas, palabras polvorientas, palabras absurdas, palabras sin sentido. Ahora no dicen nada. Se perdieron las palabras. Jamás nadie las encontró ni las encontrará en ningún oído, en ninguna memoria. ¿Qué más? Las quejas, los celos, los reproches, las dudas, el miedo:

—¿Qué te pasa, Florián? ¡Ya no eres el mismo!

—A lo mejor.

—Algo tienes...

Un ademán como diciendo: ¡basta!, pero contestando con una pregunta:

—¿Crees tú?

—Se te nota a la legua. No "estás" aquí.

El rayo fulgurante de los vasos, el relámpago de los cristales, los círculos diamantinos, el crujido del silencio, la alteración y pulsación del mar cuando los seres lo escuchan y dejan de ser humanos y se renuevan con las olas, estupefactos, destrozados, calmos, feroces, piadosos.

La queja:

—¡Estás cansado de mí, Florián!

La disculpa:

—¡De todo!

Con una mano en la frente como a un hijo:

—¿Y yo no soy tu mujer?

El miraba, cruelmente, la vejez repuntando en la boca de Estubigia. Labios mustios. Madera. Raíces. Cartón. Agua fría.

Un gesto del pescador para que le llenaran el vaso, el vaso, el vaso. . .

—No quiero discutir.

El reproche:

—Ya sé lo que te pasa. Lo sé todo.

La defensa:

Sólo un movimiento de hombros.

La recriminación:

—Antes no era así.

El pensamiento oculto:

—¡Antes, antes cuando era joven!

Los cargos:

—¡Perdí la juventud por tu culpa!

Mientras se miran

(Ella con candor, pero sin preguntar):

—Es lo que me interesaba saber para no seguir sufriendo.

—Sírveme —fue la única respuesta.

El vaso, el vaso interminable girando en su nódulo, en su núcleo, como en las películas mudas, a saltitos, desde la mesa a la boca y desde la boca a los ojos y de los ojos a la mesa. Tinto, violáceo (una asociación con un absurdo charco de sangre, unos gritos, un cuchillo).

—¡Es esa mujer! Ella te tiene así, sin habla.

Se miraron los rostros, todavía sin desafiarse. Ella en la duda, perdiendo y ganando, y él acercando el sonido del mar a tal extremo que sólo escuchaba el crujido de las olas, sus ruedas suaves como el tictac de un reloj pausado. Y además el olor del mar no tan agrio como el vino que estaba tomando, no tan ácido como el mar en la tempestad, no tan cambiante como la ira de las olas cuando se internaba en el golfo de Arauco y era como

andar dentro de la muerte, tocar sus paredes de agua y después regresar casi como un sobreviviente y escuchar las palabras, las palabras, las palabras de su mujer, las mismas palabras encajando en los mismos sentimientos, en la misma silla, en la misma mesa, en la misma cama, ya sin hijos, vacíos, incompletos, y sólo el mar transmitía su grandeza en el vaso, pequeño mar agrio, pequeño mar obispo, como si raspara la garganta y hasta los zapatos, pequeño mar que se quedaba a nadar en cada ojo, y luego, de golpe, la traición, el zarpazo. Quedar entre las aguas, entre las capas de las aguas, entre los vidrios del mar y morir, duro entre las aguas más acogedoras que puede reconocer un hombre como Florián, que perdió su madre al nacer.

—Ahora anda con tacos de alto y cartera —acusó Estubigia.

Florián por pura crueldad miró sus pies descalzos. Pies que ya no tenían sentido. Pies de nadie, planos, chatos, embarrados.

Florián hizo sonar el vaso con los dedos.

—Tú la mantienes; todo el mundo sabe eso.

—No me hagas reír. (En realidad, me voy a reír, me estoy riendo, me seguiré riendo por los siglos de los siglos. ¡Una historia de zapatos!)

La voz quejumbrosa:

—¿Qué haces la plata, entonces?

—Me la tomo. ¿Y qué?

—Pero la otra tiene zapatos y yo no. (Yo se los vi, como los que usan ahora, caros, con tacos de aluminio.)

—Bsssh.

—Para la otra, todo; para mí, nada.

—Está medio ácido este vino —pero sigue llenando el vaso, el vaso, el vaso. Y ahora sí la voz cargada con violencia—: Contéstame. Contéstame de una vez.

El prefirió mirar el mar desde la ventana de su casa y dejar atrás a su mujer, sus gestos, sus ademanes con los dedos abiertos, el rostro contraído antes que se lavara con las lágrimas, antes que se derrumbara, antes que se quebrara, antes que pareciera un nido, tal vez como si fuera de ceniza, antes que se apagara consumido por su venganza, antes que se desplomara con el propio peso de la ira, antes que dejara de ser bueno y humano y tomara destellos bronceos, parecidos a una débil piedra cobriza, y por eso se tranquilizaba escuchando el ruido y el silencio del mar, mirando el elástico de sus olas, su enlace, disminuyendo su carga, su irremediable subterfugio. Hasta que olvidó del todo la voz, la borró por completo, además, los dientes, la garganta, ese cuerpo gastado por el uso de los días, por el peso del cielo recibido en la frente, por el feroz peso de la tierra resistido con los pies, cuerpo inservible que ahora sollozaba como un montón de trigo moviéndose con el viento, como un montón de huesos agitados por el tiempo, como el resumen de todos los días que puede resistir un cuerpo. El sollozo y el mar. Florián, el pescador, el mediador de esos quejidos, de esos aullidos. Porque ahora todo era silencio otra vez. Un pez midiendo la altura mayor del agua. Así era cada lágrima de Estubigia, hasta que la luz rebotó nuevamente en los vasos con un tinte más pobre y renegrido.

—¿Florián, por qué no vuelves al circo?

Ya se había secado los ojos rojos, los ojos sangrientos, los ojos sufridos, los ojos callados.

—¿Para qué?

—Para que te pongas contento como antes. Entonces reías.

—Hace tanto tiempo, ¿no?

—...era tan distinto. Soñábamos. Y tú eras el único que podías hacer la prueba.

Florián comenzó a dejar el mar a su espalda, sin

apremio, y se acercó lo suficiente a la voz hasta escuchar lo que estaba hablando su mujer.

—No te importaba arriesgar la vida.

—La vida. ¿Cuál vida?

—Tú allá arriba en la cuerda floja, y yo rezando.

—¿Servía de algo?

—No sé. Me tranquilizaba un poco.

—¿Tuve miedo alguna vez?

—Nunca, m'hijito.

—Parece mentira. ¡Cómo pude hacer esas locuras!

—¡Cómo te aplaudían! La gente quedaba con la boca abierta, y no era para menos.

—Sí, ¿no?

Primero recobró vida el redoble del tambor, una sensación como si golpeará un cuero seco con dedos mojados. Un golpe desafiante, más rápido que el latido humano. Luego los rostros pequeños, sólo las luces de los ojos, los agujeros mojados de las bocas de los espectadores como nido de hormigas. Los payasos preparando el momento culminante, tapándose a medias el rostro. Después el vacío, una parte de la muerte. Y después, después, los aplausos, secos, huecos, secos, y los payasos rodeándolo como si regresara del otro mundo, y él tan sereno, con la indiferencia profesional del que está en el apogeo de su gloria.

—Vuelve, vuelve al circo —porfiaba Estubigia—. Deja el mar.

—El circo necesita gente joven.

—No importa que tomes, que te emborraches, Florián. Yo misma me encargaré que siempre tengas la chui-ca llena. Pero súbete al trapecio y vuelve a hablarme como antes.

Ya no era la hora de la ternura. Tal vez el hecho de tomarle la mano a su mujer, que lo había querido angustiosamente, ya no significaba nada. Sólo un frío áspero.

Un pellejo que ahora espera morir a su lado, con pocos dientes, con los hijos distantes y tan pobres como habían nacido.

Otra vez el vaso de vino de Florián adquirió una dimensión fantasmagórica, como de oro raído. Otra vez el tartamudeo del tambor, el soplido del tambor, el vértigo tentador de la altura, los rostros agudos de los espectadores.

—Voy a hacer la prueba, pero con un caballo —confesó, por fin, Florián.

—¿Con un caballo? ¿Qué es lo que estás diciendo?

—No me voy a morir sin hacer la prueba.

—¿Pero cómo, viejo?

—Me subo, ah. Me cuelgo en el trapecio. ¿Con una grúa levantan el caballo allá arriba, ah? Bueno, no sé, pero de alguna forma tienen que subirlo.

—¿Estás loco, Florián?

—El artista vive de los aplausos.

Imitó:

—Plap, plap, plap. Eso le llena el alma. ¿Cuál sería la gracia de volver allá arriba sin el caballo?

—¿Te parece poco? Al menor descuido, te matas.

—No entiendes...

—Claro que entiendo, Florián. Pero subir un caballo para que camine por la cuerda floja...

—Me voy a comprar un matungo cueste lo que cueste.

—¡El caballo! ¿Y mis zapatos?

—¡Qué me importan sus zapatos, señora!

—Me lo prometiste. ¡No quiero irme de este mundo a pata pelada! Comprate el caballo si quieres, pero cómprame zapatos, Florián; un modelito barato no me importa.

Se levantó el pescador para salir al encuentro del mar como era su costumbre cuando estaba borracho. Sin-

cronizó las olas con los distantes aplausos que lo incitaban a galopar en el aire con su caballo en un sueño delirante. Después, cuando se acercó Estubigia, le tomó la vieja cintura con cariño y así terminaron el resto de la noche.

* * *

Nunca tuvo Florián Navarrete la oportunidad de galopar en la cuerda floja con su destartado caballo. Sus amigos, al escuchar el absurdo proyecto, movían la cabeza sin comprender. Terminaron por dejarlo solo, y cada vez que algún circo aparecía por la caleta, él era el primero en acercarse al administrador, para regresar momentos más tarde triste y derrotado, arrastrando el animal hueco y anguloso con una soga. Cuando alguien para consolarlo le daba algún consejo, siempre escuchaba como una obsesión: "Algún día, algún día...", imaginando la función de gala en la que iba a ser el número de fondo, mientras vaciaba las botellas, y su caballo chorreando lluvia y tristeza también lo miraba con compasión.

Entonces se decidió.

En vez de la cuerda floja, el puente ferroviario. Primero lo atravesó a pie, contando los tablones, comprobando que si el caballo pisaba en falso iría a una muerte segura. Pero le hormigueaban los aplausos, la cara expectante del público dudando de su hazaña.

Acarició al caballo, que se negaba a enfilear el peligro, hasta que lanzó un grito desgarrador, no humano. El grito de la felicidad y de la dicha póstuma. Empezó la carrera, ciego, trémulo, iluminado por las sombras menos densas que rebotaban en la corriente del río, y garabateó, maldijo, insultó, semidió de su pequeña audacia, ufano en su desafío, hasta que escuchó claramente el pi-

tazo del tren que venía en sentido contrario, alegrándose cuando olfateó el olor a carbón o petróleo, azuzando al animal hasta que chocó con la locomotora dando varios barquinazos. Envuelto en las tripas del animal, fue a parar a un vagón cargado con huevos y ahí murió entre las claras y las yemas y las cáscaras tan molidas por el golpe que parecían nieve rosácea cuando apenas el polluelo deja el caparazón.

Estubigia recuerda, sentada sobre la piedra, la mañana que fue a la morgue y ahí tuvo que lavarlo como si hubiera sido una gallina gigante hecha añicos, con el cabello ensortijado y amarillo rodeado de espuma, con un pequeño mar inerte petrificado en su imposible proeza, con breves alas, frías, casi como algas agonizando fuera del océano, mustio y duro como un pedazo de carbón haciéndose ceniza, todavía empujando su cabalgadura, como si cada ojo lo empujara, como si cada brazo lo detuviera, todo por separado, derramándose en su completa derrota. El pobre Florián descansando en una mesa de madera gastada por los otros muertos, por los otros payasos que llegaron antes que él, deslucidos, frustrados y sin nombre, olvidados, sin paradero conocido, sin familiares, sin recuerdos, también sin zapatos, ultimados por la miseria.

Fue entonces cuando Estubigia agarró su canasto y empezó a vender dihueñes y empanadas fritas, siempre dándole una mirada al mar antes de acostarse, repitiendo:

—¡Me voy a morir sin haber usado zapatos!

Ahorraba, y cuando por fin reunía unos pesos, llegaban los achaques, o bien subían el precio de la merluza, el arriendo del miserable cuarto donde tiraba un rato sus huesos por la noche.

Hasta que sintió que la muerte venía a buscarla de a poco, anudándola por dentro, pegándole unos golpecitos, haciéndole unos llamados, restándole fuerzas, aquietándole el corazón, pero siempre escuchando el mar, co-

mo si también el mar envejeciera junto a ella, cada día más achacoso, encorvado, como si la espuma, en su regocijo, tardara más en romperse, en transmitir su belleza y su libertad.

Y cuando la muerte llegó por completo, no tuvo mucho trabajo en llevarse a Estubigia.

Al contrario, la anciana la estaba esperando y le abrió las puertas casi con júbilo. Una noche dejó todo en orden. Y se durmió. Y del sueño pasó a la muerte rápidamente, sabiendo de antemano que no regresaría, que se iba despidiendo de sus huesos y de su pobre saldo de piel que le había quedado como única herencia de la vida.

—Murió Estubigia —sollozó una vecina.

—Y sin zapatos —repitió el coro de los curiosos.

Se movilizaron las comadres, casa por casa, hasta que aparecieron con un par envuelto en papel de diario.

—Es lo único que pudimos conseguir —se justificaron—. Ojalá le queden bien.

La pieza se llenó de extraños mirando el rostro arenoso de la anciana. Un rostro que no era vengativo ni plácido, que había sufrido y que había llorado y ahora perdonaba sin que nadie se lo pidiera.

La taparon con una sábana, mientras le calzaban los zapatos de fútbol del compadre Cocheca, que los cedió con bastante emoción. Todavía los tobillos tenían esa porfía metálica de la madera. Y la vida de Estubigia terminaba en ese par de zapatos, sin lengua, con los estoperoles sobresalientes.

Después aparecieron los dos maestros carpinteros. “Nosotros vamos a hacerle el ataúd —dijeron— con lo que nos sobre del pololito que estamos haciendo.” Porque más arriba, a unos pocos metros, en el cerro El Infiernillo, esa misma tarde iban a crucificar a un sospechoso junto a dos ladrones.

Se lo pasaron haciendo viajes, porque clavo que les

sobraba del otro trabajo lo traían de regalo, y con el saldo de las maderas de las cruces del cerro empezaron a hacer el fondo de la caja. Se notaba que los dos hombrecitos —el carpintero y el ayudante— eran del oficio, porque uno sacó una huincha y empezó a medir a la finada mientras el otro le sujetaba la mano para que no se equivocara en el cálculo.

—Dos por dos son cuatro, llevo una, que no es ninguna, y me doy vuelta y sumo tres u sea cuatro y me van quedando... y me van quedando...

—¿Qué es lo que te va quedando, cara de vidrio molido? —preguntó el ayudante.

—¡Una sed caballa! —contestó el carpintero.

—Los maestritos tienen sed —gritó una de las comadres que estaban escuchando la conversación.

Pronto apareció una jarra de chacolí y después otra de chicha con naranja.

El ataúd quedó listo al amanecer. Con las cruces desocupadas después del ajusticiamiento terminaron el resto del féretro. La parte de arriba, la tapa, la complementaron con unos cajones sardineros que regaló un comerciante. Lo pintaron con unos conchos de color verde botella por un lado y yema de huevo por el otro, los únicos que consiguieron prestados, mientras los vecinos se preparaban para el velorio trayendo tritre ahumado, queso de chanco, jaibas cocidas, pan abundante y aguardiente.

Empezaron los rezos y los llantos; los maestritos recogían la virutilla despejando la habitación.

La pieza olía a madera fresca, a pino verde. Vistieron a Estubigia con su ropa negra de viuda. Con los zapatos de fútbol inspiraba más respeto.

—Y pensar que cumplió su sueño —dijo una vecina por lo bajo.

Los maestritos tomaron a la anciana como si fuera

un bote. Dos de los hombros y dos de los pies, y empezaron a ubicarla en su nueva casa.

—Este es el momento cuando a uno le viene la rabia —dijo el ayudante.

—Táte callado, pailón —fue la respuesta del maestro carpintero.

Apoyaron la cabeza de Estubigia en una tosca almohada en el interior del cajón y siguieron acomodando el resto como si fuera una semilla cayendo a la tierra, una semilla blanca que no le hizo mal a nadie, que crió sus ocho hijos, que barrió, lavó, amó, que le sacó los zapatos a Florián toda vez que llegó borracho, que luchó a brazo partido para que a los niños no les faltara leche, que rió cuando caminaron sus críos o escuchó sus primeras palabras, que veló a sus enfermos, que caminó largas distancias para pedir prestado un hueso y parar la olla y que calló a la hora solemne del hambre.

Y ahora que la estaban dejando para siempre en el ataúd, los maestritos comprobaban que no les había alcanzado la madera, y por unos pocos centímetros el pequeño cuerpo no podía entrar por más que trataban de ajustarlo.

—Hay que sacarle los chuteadores —dijo el carpintero.

Una de las comadres empezó a deshacer la pulcra rosa de los cordones de los zapatos de fútbol, y de nuevo los concurrentes vieron esos antiguos pies desnudos, postros en su terrible desolación.

Sólo el mar continuaba su agresiva parsimonia, sin que le faltara o sobrara nada, completo, íntegro en su destrucción, sin prisa y sin pausa, ordenado, caótico y solemne como si realmente fuera un ser humano que todavía estaba vivo.

PINTAR POR POCA PLATA

PERSONAJES:

Miguel Angel, pintor

Leonardo, pintor

Doña Catalina, anciana del lugar

Carabineros

LUGAR DE LA ACCIÓN: *Puerto de San Vicente.*

—Parece que se le pasó la mano con la barba.

—No creo.

—Fíjese bien.

—¡Se le ocurre!, aunque me entró la duda.

—Además, el color de la cara no está ni parecido.

—Muy pálido, dice usted.

—Claro, ni que estuviera enfermo.

—¿Y ahora?

—Ahora, sí. Cambió.

Empezó a retocar las cejas, bastante anchas.

—Está medio tembleque, maestro.

—Mírelo bien, de lejos. ¿Y...?

—Espérese un momento.

Hizo un gesto como si tratara de separar el aire con la mano.

—Algo tiene de raro, oiga.

—Será la nariz —dijo, limpiando el pincel con el guardapolvo.

—¡Le falta pera y le sobra bigote! ¡Hmmm, ni que le hubiera dado la alfombrilla!

—Cierto, ¿no?

—¿El coqueluche, dice usted?

—¿El coque qué?

—¡Se nota que no sabe nada de medicina!

—Pásame otra hoja, será mejor.

—¿Qué piensa hacer?

—Empezar de nuevo; no resultó.

—Si seguimos así nos vamos a ir a las pailas.

—Paciencia, tranquilo, Escuti.

—¡Una semana para dibujar una cara!

—¿Cuánto nos demoramos la otra vez?

Se frotó las manos con entusiasmo.

—Además, los monos le salen con sonrisa de tigre.

—Eso me pasa por mirarlo a usted.

—Hay que cambiarle la fisonomía al caballero.

—¿Y qué cree que estoy tratando de hacer?

—¿Y si dibujáramos otra cara más fácil?

—Bueno sería, pero no es lo mismo.

—¿Por qué?

—Por el respaldo de oro, creo yo.

—Ah, también es cierto.

Empezó a dibujar el ojo.

—Ahora sí que vamos bien.

—Tése callado, ñor, que me pone nervioso.

—Esto no es como pintar paredes, o salir a la pista para que nos volaran la cabeza a chuletazos.

—No, pu. Eso era antes cuando trabajábamos de payasos. Ahora somos artistas de verdad, no de circo. ¿O no somos?

—Claro que somos.

—Ah...

—¿Le sirvo?

—Bueno sería, para afirmar el pulso.

—Claro.

Con la luz, el vino tomó un color obispo.

—¡Buaaaahua!

Se limpió la boca áspera con el codo del guardapolvo manchado.

—Ahora escribiría la Biblia en el lomo de una pulga.

—Me que no. Aunque no es para tanto.

—¿Usted desconfía, maestro?

—Me que voy a desconfiar.

—Con la facilidad que tenemos para dibujar.

—Hay que reconocer que le pegamos al cocido.

—Oiga, cuando jubile me voy a dedicar de frentón a la pintura.

—¡Se hará rico con toda seguridad!

—Chitas que estamos con mala pata; parece que la barba...

—No se la haga tan enrulada, eso sí...

—Es el pincel, maestro.

—Yo se lo dije. ¡Haga memoria! Compremos uno más fino.

—Economía es riqueza, maestro.

—Ahora sí. Parece que dimos en el clavo.

—¿Por qué no me lo representa?

—Hay que mirarlo desde lejos, ¿no?

—Oiga, maestro. ¿Quiere que le diga una cosa?

—¿Qué cosa?

—Está mejor que el original, fíjese.

—Yo también creo que salió favorecido.

—No le haga nada más, mire que...

Tomando distancia, los dos artistas contemplaron la obra, absortos.

—Prepáreme la ampliadora —dijo uno.

—Con un poco de huincha aisladora taparemos los hoyos del fuelle —contestó el otro.

—Ecolecuá.

—Chih, si nos falta hablar no más.

—¿Y qué vamos a hacer con tanta plata?

—No se limpie la boca antes de comer, maestro.

Caminaron hacia un rincón: un cuartucho improvisado. Cartones, alambres.

—¿Y la ampolleta?

—¿Para qué? Así al tuntún no más. Nada de derroche.

—Hay que tener cuidado. Puede salir movida.

—Se le ocurre, maestro. ¿O es que tiene desconfianza?

—¡Me que voy a tener desconfianza!

—Entonces muera ahí.

—¿Y el ácido?

—¡Flor!

—¿Del bueno?

—Tres estrellas, tres estrellas, maestro.

—No se ponga derrochador.

—Si la materia prima es buena, el producto tiene que ser bueno. ¿U no, dice usted?

—Así tiene que ser, si usted lo dice.

Continuó el largo proceso de preparación de la fotografía.

—Parece que no nos va a alcanzar el cable.

—Le añadimos otro poco y listo.

—¿Será de la misma imperancia?

—Probemos, pues.

Uno peló la punta de los alambres y el otro se encargó de unirlos rápidamente, trenzando las hebras.

—Enchúfelo ahora —ordenó.

Salió una inmensa llamarada.

—Equivocamos los polos, maestro.

—Casi me fui de espaldas con el susto.

—De espaldas el loro, ¿ah?

—Mejor es que cambiemos los alambres y con la ayuda de otro ladrón hacemos el injerto.

—Y después llamamos a los bomberos.

—No sea fatalista, maestro.

Desenredaron la madeja. Recorrieron de nuevo la instalación moviendo los alambres.

—¿Cómo los halla?

—Ahora parece que va a resultar.

—Ya, ñor. No perdamos más tiempo.

—¿Y de cuánto será?

—De cinco por ocho.

—¿Y si fuera de seis por nueve?

—Es lo mismo, pero desperdiciamos el material.

—Es que con la de cinco por ocho me quedan los bigotes afuera.

—Además, tiene que ponerlo patas para abajo.

—Con la barba pa abajo, ¿no? ¡La media novedad!

—¿Seis por cuánto, dijo?

—Seis por nueve.

—Seis por nueve: lo veo medio achatado.

—Súbale una pulgada, entonces.

—¿De dónde?

—Del lado de los cachetes.

—Déjeme ver. Así está mejor.

—Tiene que centrarlo bien.

—¡Si sé, oh!

—Si no, va a quedar la del panadero.

—Quédese callado, maestro.

—Me estraña, araña.

Finalmente se escucharon el clic del obturador de la ampliadora y una serie escalonada de ruidos.

—Estamos listos —dijo uno.

—Pero antes, un aro.

—Para que se nos mejore el pulso.

—¡Y se nos clarifique la vista y mejore el oído!

—Después tomaremos puro reservado, no más.

—Ojalá.

—¡Vamos a hacer zumbar el Banco Central!

—Mire que no.

—¡Cuántas cosas tuvimos que pintar para darnos cuenta de que éramos dibujantes, que le pegábamos al dibujo!

—¡Y los días que nos tiramos por el alambre cuando fuimos payasos!

—Y ahora el trabajo de joyería que estamos haciendo.

—Más o menos.

—La plata llama a la plata, maestro.

—Eso dicen.

—Y es la pura verdad. ¿Se acuerda que usted no quería comprar la prensa plana?

—Hábleme de prensa plana.

—¿Cómo la llamaría usted entonces?

—¡Un montón de fierros viejos!

—Pero funciona, ¿o no?

—De funcionar, funciona.

—¿Entonces de qué se queja?

—Es muy lenta, maestro. Cada hora pega su gualetazo; así vamos a la ruina.

—Es cuestión de cambiarle unas piezas. Hasta ahora no nos ha dejado mal *La Chinchosa*.

—Usted piensa a la antigua.

—Cuando seamos ricos, maestro, nos vamos a comprar una rotativa caballa.

—Eso es otra cosa.

—Mientras tanto hay que pedalear ligero. Así rinde más.

El ácido, un poco diluido, comprado de segunda mano, no picaba bien la plancha de zinc. El prócer apareció deslavado, opaco.

—Por fin —dijo uno—, después de seis horas de trabajo.

—Se nos pegó la carreta, pero quedó tal cual.

—Mejor que el original. Mejor que el original, palabra.

Empezaron el calce del clisé una vez montado en la madera, rebajándolo otro poco, porque la parte de la na-

riz quedaba entintada y los ojos aparecían en un segundo plano, muy perdidos. Pegaron un cartón en el lado opuesto del clisé; siguieron equilibrando las letras del billete: *Banco Central de Chile*. Movieron una de las ruedas de la destartallada prensa de ejes gruesos. La rueda, a su vez, hizo rodar otra pieza, enganchándose con una polea, con otros diente-cillos conectados con una especie de chimenea, donde salía el humo de un pequeño motor que movía el complejo engranaje, produciéndose a la larga el golpe seco de la impresión.

—Calila —dijo uno.

—Déjeme ver —curioseó el otro, poniendo el billete al trasluz.

—¿Cómo estamos, Ramos?

—Mahoma. Hay que ajustarle un poco la nariz.

Aumentaron el grosor del pequeño tabique de cartón en la base opuesta del clisé.

—Le voy a pedalear las primeras cien lucas —dijo uno.

—De acuerdo —contestó el otro.

Pero antes de empezar el trabajo preguntó:

—Yo tengo una curiosidad; ¿qué va a hacer con la plata?

—¿Yo? ¡Usted se va a reír!

—Diga no más, con confianza.

—¿Sabe lo que voy a hacer? ¡Me voy a comprar un silencioso, ¡ñor!

—¿Y para qué?

—Me, ¿para qué? Pa que no haga ruido. Caprichos que tiene uno.

—Usted dice una taza, ¿un W. C.?

—Si hasta lo tengo visto, oiga. Bueno, ¿y usted?

—Yo, yo no. Yo pienso comprarme una casita. Me buscaré una compañía...

—Silenciosa, silenciosa —repitió obsesivamente el otro maestro.

—No, todo lo contrario. Que hable, que hable todo el día.

—Está perdido, maestro.

—¿Por qué?

—A estas alturas de la vida: chist.

—¿Chisst?

—Ya lo hablamos todo, ya lo dijimos todo. Por eso, yo, chist.

—A mí me gusta la conversa —dijo Leonardo con tono modesto, emocionado. Tenía sesenta y ocho años cumplidos.

—Lo que es a mí —dijo Miguel Angel—, un vaso de vino, el plato de comida y el silencio, mucho silencio.

—Y alguna “pescadita” caída a lo mejor.

—A lo mejor. Pero siempre que... chisst, ¿ah?, callaíta. Que se esté callaíta, que no cuente ninguna cosa.

—Pedalee, maestro —dijo uno de ellos cortando bruscamente la conversación.

Miguel Angel empezó a silbar. Leonardo cubrió las ventanas que daban a la calle con algunos cartones entintados.

Trabajaron dos días con sus noches, dándole mordiscos al pan duro, tomando un vaso de vino entre jornada y jornada.

Unos golpes.

—¡Señora Catalina!

Entró husmeando los tarros con tinta.

—Ustedes están haciendo diabluras —denunció la anciana, sin rodeos.

—Oíste, Miguel Angel —dijo uno.

—Claro que sí —contestó el otro, indiferente.

—Depende, pues, abuelita.

—Creen que no sé —acusó la anciana con malicia.

—Nos cansamos de ser honrados —dijo uno.

—Así es —confirmó el otro.

La mujer esbozó una exclamación, una frase enredada.

—Todas las semanas salíamos para atrás, aquí con el amigo.

—Y pinta que te pinta. ¿Para qué, pregunto yo?

—Pa nada.

—La policía, los carabineros... —tartamudeó la anciana.

—¿Qué es lo que tiene la policía con nosotros?

—Ellos saben que ustedes están haciendo diabluras.

—No me diga —dijo uno de los maestros con tono burlón.

—Y la otra vez... —argumentó la anciana de ojos pequeños.

—Bah, la otra vez éramos principiantes.

—Por eso se nos despegaban los billetes.

—Y se chorreaban su poco también —agregó la mujer del canasto, pero sin ánimo de ofender.

—Ahora la mercadería está puro buena —dijo Leonardo.

—¿Por qué no le da uno? —insinuó Miguel Angel con tono cordial.

—Ustedes han perdido el juicio —dijo la mujer de vestido negro mientras caminaba entre los billetes desparrramados por el suelo.

—¿Cómo los quiere? —dijo Leonardo.

—Güena, gerente —contestó el otro.

—Llévese uno recién salido del horno —dijo Miguel Angel, sin agregar otro comentario.

—No se vaya a manchar los dedos: está fresquito.

—Sóplelo —recomendó Leonardo— para que la tinta seque más rápido.

La anciana estiró la mano trémula y dudosa, guar-

dando el billete en un pequeño bolso de cuero. Apegó la cadera al canasto con mariscos, despidiéndose con frases que ninguno de los dos maestros pudo entender.

—Hay que suspender el trabajo —dijo uno.

—Ahora que estábamos en lo mejor.

—¿Qué hacemos?

—Eso es lo que estoy pensando.

—Agarremos los billetes y los fondeamos en el tarro de basura. Lo dejamos en la calle, y ni rocha.

—Buena idea, maestro.

Horas más tarde aparecieron los carabineros.

Uno empujó la puerta con el bastón, abriéndola con lentitud.

Se miraron los recién llegados con los dos maestros: cuatro rostros recios, todos preguntando, inquietos, movilizando los ojos con rapidez.

—Hace frío —dijo el carabinero que se ubicó más cerca de la prensa.

—Y no tienen ni una estufita siquiera.

—Todavía no —fue la respuesta.

—Pero con el trabajo no se siente tanto.

—El trabajo debe dar mucho calor —agregó el carabinero más comunicativo.

—¿Qué nos hará? —preguntó uno de los maestros sacando la botella y el vaso.

—Eso es lo que nos hace falta —agregó el otro imprentero.

—A lo mejor nos sube la prisión —dijo uno de los verdes, tratando de hacer un chiste.

—Estando güena la prisión —reafirmó el uniformado—, todo lo demás está güeno.

—Yo también opino lo mismo —dijo el que estaba llenando los vasos.

—Vamos a probarlo.

Se escuchó el ruido del líquido bajando por las cua-

tro gargantas. Luego el chasquido crujiente de las lenguas mojadas.

Ladró un perro en la calle; se sintió un golpe seco como el que hace una sandía al caer y triturarse.

—¿Qué es lo que está pasando ahí afuera? —preguntó uno de los carabineros.

—¿Nunca ha escuchado ladrar un perro?

—Claro que he escuchado. ¿Es que me cree de las chacras?

—Bueno, ladró un perro.

—Mansa novedad.

Una mujer gritó pidiendo auxilio: se sumaron otras voces.

—¿Qué ocurre? —consultó el verde con inquietud.

—Mujeres, mujeres discutiendo.

—Con razón decía yo que chisst. Que mujeres, chisst Esa es la fórmula.

—¿Ha escuchado alguna vez gritar a las mujeres?

—Esta vez no le voy a pisar el palito —contestó el uniformado cortando la pregunta de uno de los imprenteros.

—Algo debe estar pasando que hay tanto alboroto —dijo el otro verde.

—No se preocupen, no se preocupen —disimuló Miguel Angel, tratando de desviar la atención.

Aumentaron los insultos, las maldiciones, las carreras.

Cuando los uniformados abrieron la puerta, un perro seguía husmeando el tarro basurero dado vuelta. En medio de las cáscaras de frutas, los residuos de verdura, las espinas de pescado, la mugre y el polvo, quedaron algunos billetes. El resto, empujado por una ráfaga de viento, revoloteaba por el aire mientras las mujeres, en apretado círculo, esperaban con los dedos crispados la caída de la milagrosa lluvia de dinero.

—Somos quemados, Miguel Angel —dijo uno.

—Tenemos mala pata, Leonardo —contestó el otro. Antes de caminar arrestados al retén, miraron algunos billetes sujetos como volantines en los hilos de la luz.

Patearon unas piedrecillas del camino.

—¿Cuánto nos queda de capital? —preguntó uno.

El otro se revisó los bolsillos y contestó:

—Una luca.

—Una luquita. La vieja luca. ¿Buena o falsificada?

—Me que buena: falsificada, pues, maestro —dijo en voz baja con cierto orgullo profesional—: fal-si-fi-ca-da.

—Oiga, mi cabo, nos permiten ofenderlos con una cañita —invitó Miguel Angel, deteniendo la marcha en la puerta de un chinchel.

—Listo, ofenda no más —contestaron los uniformados casi al mismo tiempo.

Entraron, tomaron, pagaron y se fueron.

PARAISO PARA UNO

PERSONAJES:

Benito, condenado a muerte
Un sacerdote católico
Un pastor del Ejército de Salvación
Varios policías, un juez

LUGAR DE LA ACCIÓN: *La cárcel.*

Ustedes no se preocupen, les dije. Pidan otras dos botas, que yo vuelvo. Choqué contra las sillas al salir. Se movía todo el bar: las lámparas, las botellas, los otros curados y los faroles de la calle, y si uno no sujetaba los edificios, se le venían encima, hasta que llegué a la esquina del incendio, las mangueras como tripas de ballena por el suelo, y encuentro a un gallo hurgueteando el grifo vestido con hule negro, dándole cuerda a la cuestión con una manivela, y me lo aclaro después de pegarle su patada, diciéndole: "¡Ah, tú eras el gracioso que está dando vuelta la calle!"

Seguí mi camino en la oscuridad, hasta la otra esquina. Me puse a escuchar pasos. Unos bien cortos como si fueran de un viejito que iba apurado para la casa. Trotaba pensando a lo mejor en la mentira que le iba a contar a su mujer por andar a las tres de la madrugada gastándose la plata. Venía bien caramboleado, hablando solo, diciendo: "¡No!, no, ¡no!" Vaya a saber con quién discutía, mientras tomaba vuelo en cada árbol y con el empujón iba a parar lejos, para arriba y para abajo y también para el lado, conversando con los postes como si fueran humanos. Le salí al paso, yo también como huasca. Traté de apoyarme en una puerta y lo miré fijo: vi como tres borrachos en el mismo lugar, igual que esos ñatos que rompen el pavimento con las máquinas tiritonas

y dan risa, porque tienen como seis manos, muchos ojos y sus tres o cuatro pares de patas al mismo tiempo, mientras hacen el hoyo.

—Me da fuego, amigo —le dije, acercándome.

Avanzó de lado, hurgueteándose los bolsillos, aleteando como gallo al amanecer, preparándose para el canto.

—Parece que no tengo.

Saqué el cuchillo.

—Amigo —invitó—. ¿Por qué no nos vamos a tomar un trago?

—¿Dónde?, en este desierto —pregunté para disimular.

—Caminando se llega.

Intentó darme un abrazo, pero se fue en banda. Pasó de largo. Quedamos de espaldas. Se dio vuelta de nuevo, como para regresar, buscando el norte, mostrando un montón de billetes sacados del fondo de uno de sus bolsillos.

—Yo pago todo, yo pago todo...

Los otros estarían pensando que a lo mejor no iba a volver y cómo se las arreglarían para salir del paso, porque estaban sin ni cobre. El hombrecito intentó despejarse pasándose la mano por la cara. Los ojos se le subieron y después bajaron de golpe.

—Me vas a perdonar, ganchito.

Entonces le enterré el cuchillo.

Aleteó, oiga, como las gaviotas cuando alguien las corre por la playa y levantan el vuelo después de caminar muchos pasitos. Traté de sujetarlo poniéndole el puño en el pecho y después cayó de un viaje, sin un quejido.

Le saqué la plata. No me atreví con el reloj. Me limpié las manos por el camino. Volví a seguir tomando. Pero al poco rato quedamos en las mismas, se nos terminó el molido y yo seguía con la sed viva.

—¿En qué trabaja usted? —me preguntó el juez.

—¿Y usted, qué tiene que meterse en la vida privada de la gente?

—Está preso —dijo—, y haría bien en soltar la pepa. Nos miramos.

De buenas ganas de un solo charchazo le hubiera dejado el tintero metido en la boca. Era piticiego y parecía escribir con la nariz.

Volvió a la carga:

—¿En qué trabaja?

—Dale, machuca. Soy ahumador —le contesté.

—¿Ahumador de qué?

—No será de billetes, jetón.

—¡Más respeto con la autoridad!

—Qué autoridad tenís vos, cara de guata —le dije.

En ese momento llegaron los pacos y dijeron que era mejor que contestara como un caballero si no quería que me lumiaran.

—Soy ahumador de pescado —le confesé para dejarlo tranquilo.

Creyeron que seguía chacoteando; pero ¿qué es lo que se ahúma en esta vida?, pregunté: el pescado.

—¿Por qué dejó el trabajo?

—¿No ve que era clandestino?

—¿Quién?

—Esto sí que está bueno: no serían los pescados.

—¿Y qué le pasó?

—Un día llegaron los inspectores y pidieron los libros.

Ah, los libros. Claro, cómo no. “No se muevan”, les dije. A lo mejor pensaron que yo les iba a tirar por la cabeza su pedazo de sierra y el correspondiente pencazo. Me hice el tonto y volví. Aquí está el libro. Era la Biblia, el único libro que había visto en mi vida. Y saco la escopeta y los pongo manos arriba y los amenazo: “Correrse antes que los haga humear”.

—Ellos estamparon la denuncia correspondiente — confirmó el letrado.

—Esto sí que está bueno. ¿La justicia se hizo para buscarle los tres pies al gato?

—Conteste lo que le pregunten —gritó el escribano—. ¿Qué hizo con el ahumadero?

—Lo vendí, porque sabía que iban a volver y no estaba dispuesto a acriminarme.

—¿Y su mujer?

—¿Y la suya?

—No sea insolente —me reprendió el juez.

—Bah, esto sí que está bueno. A mi mujer no tiene por qué meterla en el baile.

—Aparece como cómplice.

—La Natalia no tiene nada que ver en todo esto.

—¿Pero no fue en el ahumadero? —preguntó el píticiego, metiendo la cuchara.

—¿Qué cosa?

—El asesinato.

—El ahumadero es el ahumadero. ¿Cómo se le ocurre?

Empezaron a apretarme la tuerca:

—¿Quién atendía la cantina?

—La Natalia, mi mujer. Oiga, comer tritre ahumado y sin vino es como tragarse un secante.

—¿Por qué no sacó patente?

—¿Patente de qué? Primero vendíamos puro tritre y después nos ampliamos, porque la clientela se puso exigente.

—Usted nunca pagó una multa.

—No ve que el cabo Romero nos sacaba parte y parte. “Cómo no que te voy a pagar”, le decía yo, aforrándomelo. La Natalia se preparaba y salíamos trotando por la calle de la caleta. Ella con la “Singer” y yo con el atado de ropa. La encerraban en el calabozo, pero cuan-

do volvía al ahumadero, después de una semana o dos, daba gusto verla con su inmenso atado de ropa y servilletas bordadas por ella. ¡Tan sacrificada que era la pobre!

—¿Qué hizo después?

—Andaba con la plata calientita en el bolsillo, me comía las manos. ¿Y que no me pego una tranca y compro la leona?

—Hable en serio —exigió el curioso.

—Estoy hablando en serio —le dije. Y le explico—: Yo que me estoy afirmando en un poste, cuando pasa un hombrequito con la leona diciendo:

—La última que me va quedando...

—¿Cuánto querís? —le pregunté.

Me miró como diciendo: "Este patipelado pregunta por revolverla no más". Pero cuando le voy mostrando la tucada, cambió la cosa.

—Ochenta lucas —contestó— y trato hecho.

¡Me gustó la leona, para qué se lo voy a negar!

—La compro, pero tiene que bajarse —le dije.

Empezamos al tira y afloja y el otro también con su media lengua. ¿No ve que los dos estábamos cufifos?

—¿Qué va a hacer con la leona? —parece que me preguntó.

—Y a vos qué te importa —le contesté.

—Es que tiene que dejarme la dirección para ir a ver —me dijo como si fuera a llorar el vendedor, que resultó siendo payaso.

El animalito parecía palillo; se lo hice ver al vendedor. Me confesó:

—Para serle franco hace como una semana que nos estamos tirando por el alambre. El circo cloteó en San Vicente y a mí me han encargado que salga a vender los animalitos.

Me dio lástima.

—Oiga, cincuenta lucas y ni una palabra más.

- Setenta, patroncito —dijo el hombre.
—Estoy plantado en los cincuenta.
—Bueno —dijo, aflojando.
—Entréguese la leona.
—No —contestó el otro—; pasando y pasando.

Parece que se me borró la película, porque cuando despierto lo primero que veo es la leona comiendo las sobras de la sopa, metiendo el hocico en los fideos y digo: "Benito, buena la hiciste". Y recuerdo que algunos amigos me habían dicho que si alguna vez veía elefantes, los amarrara a la pata de la cama para que se aburrieran, pero no me habían aconsejado lo que tenía que hacer con la leona. Y que no le voy a hacer cariño y pega el rugido el caballo de grande, como si yo fuera un desconocido, y trato de ganarme para el lado de la puerta para pedir socorro y me paro en seco y recuerdo a las viejas del barrio que iban a misa cuando amanecía y yo venía llegando, y miran a la chascona y pegan la carrera y se arma el griterío y el animalito que les ruge tupido y las viejucas que se meten detrás de los portones, y yo tranquilo con la leona, detrasito mío, al trote.

—¿Por qué mató usted? —me preguntó de sopetón el juez.

—Porque tenía sed —volví a repetir—. ¿Usted nunca se ha caído al chuico? ¿Y sabe qué más?: yo estaba en la oscuridad.

—¿Cómo es eso?

—Tal como lo oye, usía. Si era como un jilguero, un pájaro suelto criado a la buena de Dios. Hasta que un día vi la luz cuando el curita empezó a explicarme las cosas tal como son.

—Menos mal...

Decía:

—El mundo está dividido en dos partes. El día y la noche. Bondad y maldad. —Y no crea que eran cuestiones que había leído por ahí. No. Eran ideas sacadas de su propia cabeza.

—¡La paciencia del sacerdote!

—Si no soy tan bruto, no crea, cara de sarampión —le digo como para entrar en confianza—. No ve que yo creía que todo era una misma cosa. Como el mar, para ponerle un ejemplo. Pero no. ¿Cuántos mares hay, vamos viendo, dentro de la misma mar? ¡Muchos! ¿No es cierto?

—Por lo visto, los consejos del sacerdote le entraron por un oído y le salieron por el otro. ¿Por qué volvió a matar?

—Sería por la mala costumbre. Por vivir en la oscuridad, como le digo. La embarré, usía.

—De nada le valieron los años que estuvo preso.

—Algo, algo aprendí. El curita me hablaba de todo. Un día él me contaba una cosa y yo otra, y así nos íbamos. Quedó impresionado cuando supo que una vez había caminado sobre el mar, sin ahogarme, como el Señor.

—Carril —me dijo.

—No. Era el tiempo de las sierras cuando entran en celo. Se apelotonan los animalitos. Las hembras encima de los machos y los machos encima de las hembras, en un solo revoltijo, y uno puede bajarse del bote y dejar con la boca abierta a los que están mirando. Se escucha como si tostaran maíz mientras uno camina encima de los pescados, y los machos les arrastran el poncho a las hembras, y parecen cuchillo cortando el mar. A mí me gustaba hacer cimbrar el cardumen, como si tuvieran por abajo ni que manso resorte. Se movían todos los pescados y uno tan tranquilo, como si caminara en tierra firme. ¡Ah!, y como le iba contando, una tarde llega a la celda el curita José Luis, y como era medio conversista,

siempre se iba por las ramas para llegar a preguntar lo que quería saber:

—Oiga, Benito —me dijo—. ¿Le gustaría irse al Cielo?

—¿Gratis?

—Gratis.

—Mire que no me va a gustar —le contesto—. ¿Pero así no más?

—El Señor te espera, pero antes tienes que confesar tus pecados.

—¿Qué pecados, padrecito?

—Hay un finado de por medio —dijo.

—Dos —le aclaré—. Pero acuérdesese que vivía en la oscuridad.

—El Cielo es la recompensa más grande que puede recibir un ser humano.

—¿Y yo también?

—¡Por supuesto!

—Esto sí que está bueno. Es la primera vez que me ofrecen algo gratis.

—Pero tienes que confesarte —insistió el curita.

—¿De qué? —pregunto, haciéndome el tonto.

—De los pecados —decía él.

—De los *pescados* —le contestaba yo, burlisto.

A mí me entraban dudas, como siempre he sido desconfiado, pero no quería preguntarle más cosas, y el curita bailaba en una pata creyendo que yo estaba convencido. Pero no. Hasta que un día:

—Oiga, padre, ¿qué garantía tengo yo para irme al Paraíso? —le pregunto a quemarropa.

—Todas —contestó sin vacilar.

Era bien divertido el curita. Huesudo como los animales después que les da la peste, valga la mala comparación. Le bailaban los ojos. Era medio vizcaíno, miope, y

un rato los tenía pegados para el lado de la nariz, cuando después se le iban para el lado de la oreja.

—Ah, claro —le digo más tarde—. Y si no me admiten en el Paraíso, después quién sabe por dónde voy a andar dando pena, y le diré que estoy cansado de patipe-rrear.

—Todo te aguanto —contestó el cura—, menos que me faltes el respeto.

—No, sin son travesuras —le dije para contentarlo—. ¿Qué sacaría con sentir las cosas y quedarme callado?

—¡Debes saber —agregó— que vas a ser condenado a muerte!

—La media novedad. ¡Si a la pelada no le tengo miedo! La he visto varias veces de cerca. Cuando era pescador, nos agarró el surazo y yo iba en el timón. Las olas pasaban por encima de la lancha. Entonces descubrí un clavo en un palo y comienzo a pegarme en la frente, porque si me quedaba dormido nos íbamos a las pailas y dale con el clavo y dale con el clavo hasta que amanecemos varados en Tumbes cuando ya nos estaban llorando y después supe que el Señor murió clavado por mí y por todos. ¿Se da cuenta de la coincidencia? Sinceramente, no le tengo miedo a la muerte —le dije cuando el curita partía. El me dejó como tarea que rezara algo y en eso apareció el hermano Aurelio.

—¿Pariente suyo?

—Era un pastor del Ejército de Salvación, un reverendo, como le dicen. No se parecía en nada al sacerdote; andaba con pantalones, sería de mi estatura. Hablaba poco, y al rato de conversa me dijo que venía a salvarme.

—Qué bueno —le dije—. ¿Cuándo salgo?

Me paró en seco, porque era medio seriote.

—¿Entonces no importa que me hagan humear los fusileros?

—Eso no se puede evitar —contestó.

—Y una vez que me vaya para el patio de los callados, ¿quién me va a salvar?

—Dios.

—No me tienta —le digo—, no me tienta...

Se rascó la cabeza.

—¿No sabe que después de esta vida hay otra mejor? —preguntó.

—Sí, cómo no —le dije, pegándole un codazo para demostrarle que era su amigo—. ¿Por qué no me sopla este ojito?

—El Señor te mira. El, en este instante, ya te ha perdonado y a través mío te viene a buscar.

—Vámonos al tiro —le digo.

—Te estoy hablando en un sentido figurado —aclara.

—Oiga, reverendo, aunque sé que estoy en la puerta del horno, no tengo miedo.

—Pero —insiste— necesitas la compañía de Dios. El te confortará.

—Para serle franco, fíjese que llegó un poco tarde, reverendo, porque estoy casi comprometido con el curita y yo soy hombre de una sola palabra.

Y le pregunto:

—¿Ustedes son de los mismos?

Y él contesta:

—No, somos parecidos, pero muy diferentes.

Le gustaba hablar de Jehová y me leía esa parte de la Biblia cuando delante del finado un almacenero le tiró una piedra a otro que tenía techo de vidrio y entonces un pescador le salió al paso y se armó la mocha.

—¿Qué decidió por último? —preguntó la autoridad.

—Se me empezó a hacer un enredo en la cabeza. El curita a cada rato me representaba al diablo: Que el diablo te va a ahumar en el infierno, que el diablo esto, que

el diablo lo otro. Yo me pongo cachudo, y como estaba aleccionado por el reverendo, le pregunto:

—¿Qué tiene que ver el diablo en todo esto?

—Ah, las personas como tú llevan el diablo en el cuerpo.

Fue como si me hubiera tragado unas brasas.

—No esté bromeando —le digo—. ¡Yo soy bien hombre del sexo masculino y cómo voy a tener el diablo aquí como si estuviera embarazado!

Se rió el hombrecito, aclarando:

—Es el espíritu del diablo.

—Como sea. En todo caso a mí nadie me lo ha presentado.

—Es que no se ve —aclara.

—¿Y si no se ve cómo sabe que existe?

—Es como el alma, un espíritu; no lo podemos tocar.

—¿El alma? —preguntó.

—No, el alma.

Yo le digo:

—Cada día ustedes inventan cosas más raras para asustar a la gente.

No ve que soy desconfiado.

—El alma —dijo el curita— es tan antigua como el hombre.

—Peor todavía —le contesto—, porque a mí no me gustan las viejas.

Y yo quedo mirándole la cara de bueno que tiene y comprensivo, como queriendo decir: "En mi vida había encontrado alguien tan bruto". Pero a lo mejor pensó en el ahumadero, en lo que era mi vida, y entonces no le dio rabia, porque dijo:

—El alma está dentro del cuerpo.

Y yo qué me demoro en preguntarle:

—¿Entonces el alma y el diablo son uña y carne?

Y él contesta:

—No, el alma y el diablo son como el aceite y el vinagre.

—¿Viven juntos y ni se conocen?...

—Claro que son conocidos. Lo que pasa es que no se entienden.

—Juntos pero no revueltos, ¿ah?

—Eso es, más o menos —contesta el curita—. El alma ocupa todo el cuerpo y el diablo apenas un pichintún, una uña.

—¿Es pobre el diablo?

—Pobre, pobre no. Es muy zorro el diablo.

A mí se me ocurre decirle, haciendo una mala comparación: “¡Entonces el alma debe ser como el congrio!” ¡No ve que el “mono” está en todas partes buscando la comidita! Pero para qué lo voy a negar. El diablo me tenía sin resuello. Ya parecía que iba a verlo entrar con un tenedor preguntándome: “¿Oye, Benito, cómo lo estás pasando?”

Yo tenía lista la respuesta para que no me fuera a pillar de sorpresa y pensara que con el susto iba a quedar mudo:

—Si eres tan diablo, por qué me lo preguntas.

Nunca hablé, aunque parecía que me caminaba por aquí adentro como si yo ya no fuera solito, sino más de uno. Le conté al reverendo que el curita me pasaba asustando con el diablo, y el pastor me explica:

—Cuándo vas a entender, Benito. ¿El diablo? ¿Qué es el diablo? Es una forma de decir. Convéncete. No existe en persona.

—Sí, sí —digo yo moviendo la cabeza.

—Las malas acciones —agrega el reverendo— se las achacamos al diablo por nombrar a alguien, ¿entiendes?

Y yo le contesto:

—No entiendo nada.

Y se me ocurre decirle:

—Señor reverendo, con todo respeto, ¿por qué no viene usted junto con el curita y resolvemos el asunto? Mire que cada vez entiendo menos y faltan pocos días para que me fusilen.

Se anduvieron corriendo, hasta que los aclaré amenazándolos:

—O vienen juntos o no quiero saber ninguna cosa con ustedes.

Llegaron.

Noté medio preocupados a los hombrecitos.

—Bueno —les dije—. Por fin los tengo reunidos. Quiero que hablemos de hombre a hombre, porque la cuestión es grave.

Los dos uniformados comenzaron a estudiarse pensando a lo mejor quién iba a pegar el primer combo, porque se miraron con rabia.

—Aquí no hay nada que discutir —dijo el reverendo.

—¿Por qué? —preguntó el curita con curiosidad.

—¡Este condenado es mío!

—¡Jamás!

—¡El ya ha confesado sus pecados!

—¡Usted es un mentiroso!

—¡Y usted un empallicador! Habla con la sangre en el ojo, porque hace años que le vengo levantando los condenados.

—Oigan —les digo—. Paren la música. No se olviden que el interesado soy yo.

—Así es, hijo mío —dijo el curita con la misma voz con que le habla un padre a un hijo.

—Vamos por partes —aclaró—. ¿Qué es lo que ustedes quieren de mí?

—¡Tu salvación! —contestaron a coro.

—¡Chih, la manerita que tienen de ganarse a la gente! Por poco se agarran de las mechas. Aclaremos bien

las cosas. Vamos viendo. Usted, padrecito, ¿qué es lo que me ofrece?

—El Cielo.

—¿El Cielo? ¡Estamos salvados! ¿Y usted, reverendo?

—También el Cielo, el Paraíso.

—Miel sobre ciruelas —les contesto, acordándome de un dicho de mi tío—. Entonces les va a sobrar Cielo —les digo—, porque yo con uno solo me conformo. Soy desconfiado, pero no ambicioso.

—Es que —insiste el curita— este señor falta a la verdad.

—¿Qué me dice? —le pregunto al reverendo, y agrego para provocarlo—: ¿Y usted se queda de brazos cruzados?

El otro reaccionó:

—Impostor —le dijo.

Me asusté, creyendo que era de los mismos que me habían ido a pedir los libros al ahumadero: un inspector.

—Impostor —insistía.

Y yo me aclaré: “Debe ser que no es un buen pastor. ¡Bueno, ellos deben saber de estas cosas!”

—¡Qué te habís figurado! —le contestó el cura.

—Me seguís hablando así y de un solo gualtazo te vuelo la cara de santurrón que tenís —argumentó el reverendo.

Yo me frotaba las manos.

—Bueno, ¿y qué hacemos? —digo con voz inocente para calmar los ánimos.

—Tú tienes que decidir —repiten los dos al mismo tiempo.

—¿Yo?

—Síiiiiiiiiiii.

Yo me seguí haciendo el leso: hartó que había sufrido y ahora era el momento de regodearme.

—Estoy con el dilema —les digo.

Me acordé que el sacerdote me había dicho: "Antes tienes que dar una vuelta por el Purgatorio". Entonces le pregunté:

—¿Es cierto?

Cambió de color y los ojos empezaron a nadarle igual que esos globos inflados de los niños cuando se van por el aire y ellos quedan llorando.

—El Purgatorio es el Purgatorio.

Y yo le remedo:

—Y el ahumadero es el ahumadero. ¿Tendría entonces que hacer un aro?

—Una pausa, nada más.

—Qué pausa ni qué nada —atacó el reverendo—. Yo te ofrezco el Paraíso de un viaje.

—¡Impostor! —repetía el curita juntando los ojos.

—Oiga, Luis José, para serle sincero, no me gusta nada la idea del Purgatorio.

—¡Para gozar, primero hay que sufrir!

—Mire, padre. A mí me han tramitado toda la vida. Cuando trabajaba la sierra, los dueños de la fábrica pagaban a huevo y todavía fiado, y cuando les iba a cobrar, contestaban: "Vuelva mañana, vuelva mañana". Me chipeaban cuando se les ocurría. Y ahora que usted sale con el Purgatorio, seguimos con los trámites. ¿Hasta cuándo? ¿O es que me ha visto las canillas?

El reverendo:

—Hijo mío. Veo que ahora comprendes. ¡El Señor te ha iluminado!

—Te vas a ir al hoyo por angurriento —grita el curita, perdiendo la paciencia.

Y yo me pico y le digo:

—¿Ah, sí? ¿Y cómo está tu hermanita?

Porque las palabras sacan palabras, y le explico ya más tranquilo:

—No, pues, padre. Si usted me busca por el lado

bueno, a lo mejor llegamos a un acuerdo; pero si quiere asustarme, está perdido.

—Este individuo es un tramposo —acusa el cura al reyerendo—. Le gusta engatusar a la gente.

—Bueno, propongan algo serio —les digo—. No nos vamos a pasar todo el tiempo alegando.

—Más claro, imposible —repitió molesto el reverendo—. Yo con la mayor humildad te ofrezco el Cielo, sin necesidad de pasar por el Purgatorio.

Me puso como quien dice entre la espada y la pared, pero el curita hacía morisquetas detrás de su cabeza moviendo el dedo como queriendo decir: “No; no es cierto”.

Yo les dije con toda franqueza:

—Todo el mundo ofrece, pero llegado el momento se achaplina. Yo quiero que me digan bien claro: ¿Qué garantía tengo que el Señor no me va a tirar con la puerta del Cielo en las narices?

Parece que di en el clavo, porque los dos hombrecitos se pusieron saltones otra vez.

—No podemos hablar de garantía —dijo el curita—. No está en juego ningún bien material, sino tu alma, hijo mío.

—Así será —le contesté—. Pero si no hay seguridad, para qué seguimos hablando entonces.

Sonaron las llaves.

Llegó el sargento. Anunció que un vecino, dueño de un restaurante, había ofrecido, gratis, la cena. Que pidiera lo que se me antojara.

—Que traigan un buen asado —les dije— y tres huevos con sus papas fritas y frutillas de postre.

Y cuando me exigieron la última voluntad, ni corto ni perezoso y dejándome caer, pedí un dominó y otro sargento: Así armamos la pata.

—¿Qué les parece?

Contestaron con un “sí” de mala gana.

Empezamos a revolver las cartas.

Todos nos miramos. El curita estaba pálido y le corría el sudor por la frente. Sonrió como diciéndome: "Ya vas a ver lo que te pasa, tal por cual".

Pero con mucha dulzura agregó:

—Mayor con mayor y menor con menor.

—Así será.

En cambio, el reverendo estaba tranquilo y de color natural.

El sargento era el más asustado. Me daba la impresión de que era él al que iban a fusilar, porque bien estaba verde o amarillo como si estuviera enfermo del estómago.

El armó el equipo.

El curita con el policía y yo con el reverendo.

—Sale el más chancho.

—Aquí —dijo el curita guiñando un ojo.

—A la segunda te doblarás, Blas.

—No tiene más remedio.

—Por este lado me voy a ir, compañero.

Se le cayó una ficha al gendarme.

—Saque esa cuchufleta —exigió el reverendo al cura—. Aquí estamos jugando derecho y por entretención.

El sacerdote se disculpó. Noté que me miraba con lástima y yo también sentía un poco de pena por él; sabía que estaba achanchado y perdería el juego.

Atacó el reverendo:

—Va a pasar, padrecito.

—Paso —dijo el cura con golpe seco sobre la mesa.

—Póngale la dura —me exigió el reverendo.

—Este juego lo inventó un mudo —contestó de mal humor el curita.

Puse el 5/3.

—Cerrado a 3 —gritó mi compañero—. Vamos contando.

El sacerdote golpeó las manos, y cuando un uniformado se acercó entre las rejas le dijo:

—Tráigase un pipeño y cuatro vasos.

—Y su cigarrito —dije yo.

—Sigamos jugando.

Se paró el sargento que estaba dentro de la celda. Por primera vez me miraba de frente. Hizo sonar el llavero esperando que cambiaran la botella vacía por otra llena.

—Total —alcanzó a decir...

Yo se la pillé al vuelo y agregué:

—...después de ésta no hay otra.

—¿Usted conoce a los fusileros?

—No.

—Pobres gallos —dije yo.

—Dios los bendiga —agregó el curita.

—La cosa es por sorteo —explicó el gendarme, preparándome la mesa para la comida, haciendo un mantel con el diario. Llegó el tremendo plato:

—Como no había frutillas, le mandaron un tarro de duraznos al jugo —anunció el uniformado.

Me di cuenta de que ninguno de los tres quería irse.

—Otro día, padrecito, jugaremos la revancha.

El sacerdote empezó a rezar por lo bajo y el reverendo, en un gesto amistoso, me pidió que le convidara papas fritas para comérselas con la mano.

Yo me puse una servilleta alrededor del cuello, y daba gusto el olor del plato perfumando toda la celda.

Estaba sabrosa la carne mechada, y el perla fumando y tomando, echado para atrás, reposando rodeado de caras buenas, el curita y el reverendo al aguite, y yo sin darle el "sí" a ninguno y el sacerdote apurando el trago, mirándome de refilón.

¿Qué faltaba? El vino estaba asegurado, los ciga-

rrillos también. No me dolía ninguna cosa. Yo creo que estaba contento.

El reloj de la parroquia dio las diez. Se notaba que los duraznos eran seleccionados.

—¿Café?

Me dio risa, porque mi abuela, en el campo, cuando llegaban visitas, ofrecía: “¿Té, café o chocolate?” Sólo tenía té, y si le pedían chocolate se disculpaba: “Reciencito se terminó”.

—Vamos a descansar un rato —les dije a los amigos—. Miren que mañana hay mucho que hacer.

El sargento recogió el dominó, los platos, las botellas.

—¿En qué quedamos por fin? —preguntó el sacerdote.

—Mire, buen hombre —le digo—. Como la noche es larga, todavía hay tiempo. Yo estoy de acuerdo en todo, pero la garantía, un papelito, alguna cosa...

—Reposa, hermano —dijo el reverendo, esperando que el cura saliera primero.

—¿Para qué te va a servir el papelito?

—También es cierto...

Se fueron peleando, vociferando, desafiándose.

Yo sabía que todo el mundo estaba despierto. Uno escucha hasta su propio corazón, un grillo, un perro, un grito en el pueblo. ¿Natalia dónde andará cosiendo, bordando, llorando? Sólo me perdonó la primera vez. Así son las mujeres. Pero no. Ella fue la única que entendió cuando compré la leona. En alguna parte estará esperando la descarga; ella sabe que no tengo miedo.

Alguien hizo callar el reloj de la parroquia, que está como a media cuadra de la cárcel.

—¿Todavía está despierto? —preguntó, llegando, el curita.

—Me asustó —dije, dándome por sorprendido. Había visto cuando dejó la bicicleta en la pared de enfrente.

—Es algo cortito —miraba para todos lados.

—¿Un pitillo?

—No, aunque le voy a aceptar, no fumo casi nunca.

—Hay que ver que es empeñoso, padre —le confesé.

—Se trata de la salvación de un alma. ¿Quieres irte, efectivamente, al Cielo?

—Cómo no voy a querer; me pasaría de tonto.

—Así me gusta oírte hablar; ¿seguro?

—Seguro.

Me dio la mano.

—Choca.

Chocamos.

Temblaba.

—No me mires con esa cara —dijo.

—Es la única que me va quedando, pues, padrecito.

—¿En qué quedaron con el reverendo?

—El dice que el Señor me espera.

—¡El muy sinvergüenza!

—¿Por qué?

—Porque con el Paraíso no se juega.

—¿Cree usted que me ha engañado?

—No es el momento de discutir.

Los ojos se le iban para todos lados, como las ovejas de un camino cuando pasa un camión.

—¿Estarías dispuesto a confesarte? —preguntó.

—Depende, padre. Yo tengo mis dudas.

—Que Dios me perdone por estas atribuciones que me tomo —dijo—. ¡El Paraíso es tuyo!

—No esté embromando, padre —le contesté—. ¿Qué está diciendo?

—Lo que oyes. Está todo arreglado: el Paraíso es tuyo.

—El Paraíso, ji, parece mentira.

—No hables tan fuerte.

Me dio miedo su cara de madera terciada, color bufarra. Parecía que le iba a dar un patatús.

Repetía:

—¡El Paraíso, el Paraíso!

—Tranquilícese, padre —le dije—. A cualquiera le puede pasar.

—¿Es que no comprendes? —preguntó.

—Claro que sí.

—¿Entonces?

—¡Empate, empate!

El sacerdote bajó la cabeza, rezando, esperando que terminara de reírme.

—En todo caso tendría que consultar —le expliqué.

—¿Consultar a quién?

—Al hermano Aurelio.

—¿Para qué?

—¡Para que no crea que me voy a ir de pavo!

—Dios te espera. Es lo único que puedo decirte.

—Bien, bien —le dije, preparándome para la confesión—. No se preocupe. ¿Quiere un duraznito?

Recordé toda mi vida de carbonero, de gañán, durmiendo donde me pillaba la noche, cortado de hambre, partiendo para el lado que estaba vuelto.

Al rato vinieron a buscarme.

Salí cantando las oraciones. Con esos grillos uno avanza muy despacio. A ratos me paraba moviendo la cabeza. Parece mentira. Cómo era posible que fuera a morir tan bien apadrinado como una persona decente.

Con los ojos vendados uno piensa en las cosas más raras: el día en que el Nito, el crío más pequeño, empezó a caminar, un volantín cortado, un trompo cucarro, el

único plato hondo que teníamos en la casa. Uno sabe por lo que le han dicho que hay gente sentada esperando que salgan los fusileros con alpargatas, como si uno no escuchara. Debía estar amaneciendo por la forma de cantar de los pájaros. Oigo las voces del reverendo y del curita que repiten: "Reza conmigo, reza conmigo", mientras me atan al banquillo. Uno está a mi izquierda y el otro a la derecha, tan cerca mío que casi puedo sentir su respiración. Empiezan a alejarse. Ahora que voy a morir ¡me siento tan contento! Es una alegría tan grande, que no sé qué daría por tener a mi lado a la Natalia, a los cabros, al cabo que me enseñó a leer, a la viejita que todos los domingos me traía un engaño y nunca me dijo cómo se llamaba.

Me han dicho que tengo que respirar hondo.

—¡Padre!, ¡padrecito! ¡Reverendo!, ¡reverendito!, ¡voy a morir! Ya casi no los oigo. Deben estar apuntándome. ¡Pero no se olviden que al que da y quita, le sale una jorobita!

LA ENCUESTA

PERSONAJES:

Pata'e Causeo

Su marido

Dos visitadoras sociales

Grupo familiar

LUGAR DE LA ACCIÓN: *Una población marginal.*

La Pata'e Causeo le había dicho: "O arreglamos los cartones sueltos de la rancho o nos vamos a inundar este invierno". Pero ella repetía vengativa:

—¿Y cuándo me vas a traer las latas para que termine el *living*, el comedor, la biblioteca, la sala de estar, la sala de fumar, las caballerizas, la pieza de empleada, el cuarto para el mayordomo? ¿Cuándo, ah? ¿Cuándo le vas a poner las tres perillas que le faltan al catre? ¿Cuándo tendremos una ventana con vidrio y la puerta con su picaporte y chapa, y no como ahora, que es un enredo de diarios viejos, patentes de auto, trampa de ratones, pero sin resorte, palas sin mango, bicicletas sin manubrio, bacinicas sin fondo?

Esos eran los cargos y yo escuchaba tranquilo, diciéndome: "Es cuestión de esperar". (Claro que en esta función ya llevamos veinticinco años.) Pero ella dale con la porfía de encalillarse con otra cama con somier, pensando en malgastar el dinero como si yo fuera ministro cuando los catorce familiares dormimos lo más bien. Un poco estrechos, eso sí (hay que reconocerlo), sobre todo cuando llega el resto de la parentela del Sur, que son como once más, con sus utensilios de trabajo. Tienen la mala costumbre de acostarse con su pala, con su arado, con su buquecito de maní, con su manguera, con su escalera, con su garlopa, con su cachiporra, con su cuchillo carnicero.

Parece mentira cómo nos arreglamos, porque hay que saber distribuir la carga y olvidarse de las comodidades individuales que uno puede desear. La Riquelme —prima hermana— es la más guatona. A ella la ubico en la parte de abajo del colchón, como resistencia, y también para que no se produzca el corto circuito. Como es operada del apéndice y de la vesícula, tiene la ventaja que no ocupa tanto espacio; hay que fijarse en todos los detalles. Ya por ese lado le va quedando un huequito a su marido, que le falta un brazo y por eso le dicen *El Manquehue*, y así va emparejándose la cosa, cuidando que por nada del mundo quede un espacio libre. Los Verdugo son más exigentes. Ella, *La Cara de Hornillo*, es un poco testaruda, pero es cuestión de saberla acomodar y pronto se aguacha como un pollito, aunque pesa ciento veinte kilos en pleno verano. Hay que sacarle el corsé y con la marquesina que dejan el busto y el abdomen entra con toda facilidad una guagua hasta de ocho meses. Su marido, *El Cara de Melón Veteado*, duerme de pie y es el vigilante del grupo: cuida la moral de ese piso y cuando alguien llega con atraso tiene que alumbrarle el camino igual que un acomodador de cine. En caso de armarse la mocha debe separar a los peleadores y aplicar un código sumamente estricto que redactamos en consejo de familia. En la segunda corrida, el primero de la fila es *El Patahua*. Duerme de canto, por las dificultades que le ofrecen la nariz y las orejas salientes, que más parecen pailas para freír huevos. Es de sueño liviano, pero lo único malo es que recuerda las roscas que ha tenido peleando contra cinco o seis matones a la vez y cuando empieza la repartija de combos lo mejor es tirarle unos golpes prohibidos para tranquilizarlo y él dice con su media lengua: "Disculpen". Su vecino es *El Virucho*, de profesión hojalatero. Hombre desconfiado, que se acuesta con su caja de herramientas en el hueco correspondiente. No hay caso de separarlo de su

alicate y bombín. A veces cuando empieza a entrar el frío por las rendijas de la pieza le gusta encender el soplete y recién viene a recapacitar al sentir un olor a asado que dan ganas de levantarse a buscar un pedazo de pan para untarlo en el traste de la comadre, que le decimos familiarmente, disculpando la palabra, *Ojo de Águila*. Si se le termina el combustible se empecina en usar el bombín sin medir las consecuencias. Las otras noches empezó a echar aire para calentar el ambiente y vimos que otra comadre, *La Cariño Malo*, se inflaba, se inflaba con los ojos salientes como bolones, hasta que intervino *El Corneta*, que es otro de los primos, y al sacarle el bombín, que no se viene guardabajo la comadre, perdiendo aire igual que esos globos que se les escapan de la boca a los niños. Por suerte cayó encima de los Verdugo, que son gente mundana, y nadie dijo esta boca es mía. Al lado de este matrimonio duerme *La Medio Lado*, porque en un accidente de ferrocarril perdió la mitad. Aunque está con el tratamiento todavía le quedan sus complejitos y es desconfiada. Le gusta trancar la puerta, porque se le ha puesto entre ceja y ceja que alguien en lo mejor del sueño puede entrar y tentarla. Hay otro flaco, un primo de tercer grado, que también anda con el tratamiento, *El Flai-Flai*, que se complementa con ella porque le falta el 50% del sector nordeste de la cara, que perdió en una mocha en el Bar "El Hombre Bueno". Le exigían el pago de cuarenta y cinco botellas. El, en cambio, juraba que sólo se había despachado cuarenta y cuatro. Entonces el mozo lo rebanó en forma parcial. Sigue también en este mismo piso *El Tritruco*, repartidor con bicicleta. Nos costó como seis meses convencerlo que no se acostara con el vehículo, porque todas las noches soñaba que lo perseguía un perro rabioso y en su apuro por escapar ileso trepaba en el triciclo. Otro vecino del grupo es *El Frenos de Aire*, maestro carpintero que usaba la garlopa de almohada. Esto se lo

aceptamos las primeras veces, pero cuando se ponía a pensar que estaba atrasado en el trabajo por andar en las tomas, cepillaba hecho un condenado y por esta razón varios quedamos con un pichintún de nariz. *El Frenos de Aire* era soltero y después que nacieron como seis guaguas todas parecidas a él empezamos a entrar en sospechas. Hubo algunos reclamos, pero la cosa quedó en nada. Le echamos la culpa a la fatalidad. Total, *El Virutilla* se vengó y los seis hijos que tuvo la mujer que andaba con *El Frenos de Aire* eran iguales a él y quedaron mano a mano y una vez aclarado el problema anduvieron tomando una semana completa. Y así se fueron de seis en seis y sus mujeres eran comadres entre ellas y se llevaban de lo más bien, haciéndose regalitos, tejiéndole siempre a la guaguüita que estaban al día en el pago de la pensión y los que sa-
tamos tablones del catre, vale decir en el tercer y cuarto piso, dormían los más viejos, la gente más respetable, los que estaban al día en el pago de la pensión y los que sabían leer y escribir. Parece mentira cómo nos arreglábamos y todo era cuestión de tener un poco de cachativa y comprender a la gente. Porque la media gracia si yo tuviera un palacio con ni que media fila de dormitorios y con baño privado. Mientras que aquí, codo con codo, se entiende mejor a la gente. Y uno no tiene por qué al otro día tomar la tranca y pegarle al compadre porque le estaba haciendo morisquetas a la mujer propia. Una cosa es la realidad propiamente tal y otra cosa el deseo insatisfecho. No todos somos lo que queremos ser. Volviendo al asunto del catre, sin cachiporrearme, yo era el mejor estibador del barrio, porque ninguno hacía tantos firuletes con la carga. Aplicaba la tabla del tres. Tres dormían con la cabeza para arriba y otros tres para los pies, y tres cruzados, y otros tres encima, y así sucesivamente, como en un pastel de mil hojas, como arreglan los tablones en los aserraderos, distribuidos con tanta gracia que daba

gusto ver el manso enredo de patas y manos. Después, ya con más experiencia, cada familia tenía su número, su tarjeta y con una maquinita que habíamos fabricado con una juguera vieja y una victrola (si usted, por ejemplo, quería saber dónde estaba *La Cara de Achicoria*, le daba vuelta a la manivela y como a la media hora se podía oír la respuesta del cerebro electrónico). La registradora llevaba en la uña el número de pensionistas y al otro día podía comprobar el saldo a favor o en contra, porque hay que reconocer que de vez en cuando más de alguien se iba cortado, por falta de oxígeno y exceso de monóxido de carbono que sale de los motores. Una vez *La Pata* andaba enferma de los nervios y soñó que andaba muy oronda en la selva por el Africa y que no se le aparece ni que medio león y ella solita. La acorraló la bestia y entonces le pegaba unos tremendos lengüetazos levantándola como dos metros y después el animal le echó un poquito de sal, orégano, perejil, su cebolla picada, tirándole el primer tarascón, pero tan a lo vivo que nos mordió a todos y al día siguiente un ñato llegó con una manguera y una jeringa, porque había que vacunarse y empezó a tirar unos polvos verdes. Tuvimos que salir tosiendo, más pálidos que después de firmar el libro en el Registro Civil. Trataron de pincharla con una jeringa y *La Pata* no aceptó y se les tiró encima diciéndoles: "¿Creís que estoy rabiosa?" Y qué se demoró en romperles una de las bacinicas en la cabeza y eso que era de porcelana y nosotros tratando de serenarla rogándole que no armara más escándalo por sus hijos. Pero los sanitarios pidieron refuerzos y llegaron los bomberos, los scouts, la Asistencia Pública y nos acorralaron y *La Pata* llegaba a ladrar de rabia mientras que uno se bajó con un bozal.

Otra vez tuvimos visitas. Tocaron la puerta principal pidiendo a gritos que amarraran los perros que las desconocieron y a tarasconazo limpio las traían cortito mor-

diéndoles las piernas y más arriba, porque con la promiscuidad también a los perros se les pega el mal ejemplo. Por eso yo pienso que la gente que vive en esos castillos con treinta o cuarenta piezas es feliz, porque no escucha los chismes del dormitorio del lado y si llega el caballero con la carga completa puede pegarle a su mujer y nadie escucha ni se mete a separarlos, ya sea con una sartén, bien con un cuchillo, y por eso se lo pasa todo el día mirando por la ventana con su mundo propio, soñando que se va a morir y allá arriba el Señor lo mandará en comisión de servicio por haberse quemado las pestañas, inventando sus problemas, sus cuestiones, no como uno que llega donde está el ñato y le dice: "¿Qué es lo que tenís conmigo, tal por cual?", y le ahorra el primer combo y se apagan las luces del bar y todos apretan sin pagar la cuenta. A las madamas se les enchuecaron los sombreros con rejilla y la pintura. La cuestión de las pestañas parecía bigote, pero así y todo eran güenonas, con sus dos piernas completas, sus trutros bien alimentados y del mismo color, igual tamaño, la cintura de avispa y pocos rollos en general, y sus cositas bien sujetas y no como *La Pata*, que agarra una tira, un pedazo de suspensor viejo y se hace el sostén y se nota a la legua que no es de fábrica y uno no se tienta tanto. A la más piñuflienta, con el susto, se le corrió la peluca, y yo, de puro comedido, saqué la tachuela y con un martillo se la anduve atornillando en el mate, para que no fuera a creer que no tenía la voluntad para hacer las cosas o que no me habían enseñado modales en la escuela pública.

Entraron.

Tanto le había dicho a *La Pata* que por nada del mundo sacara el alambre de las sillas que teníamos reservadas para las visitas, pero como se ha puesto tan pretenciosa ahora último, se le ocurrió hacer con el alambre un refuerzo para la faja; cuando veo que las señoras van

parando las chalupas y muestran unas cortinas llenas de hoyitos y con tan mala suerte que cayeron en la batea donde estaba durmiendo el chanco de la comadre Jovita. El animal se enfureció y empezaron a decirse cosas. Las señoras resultaron tan buenas para el garabato que el chanco llegó a ponerse colorado de la rabia y les hablaba de la cintura para abajo, y nosotros pidiendo disculpas, metiéndonos al medio para separarlos, jurando que el chanco tenía muy buenos antecedentes y jamás había ocurrido algo semejante. Lo malo es que cuando las fulanas ya habían aceptado las explicaciones, a una de ellas se le cortó el collar de perlas y el animal en menos que canta un gallo se comió al hilo como dos docenas. Las dos madamas se llegaron a condenar de pura rabia y después dejaron de respirar. Como *La Pata* es tan nerviosa sólo atinó a correr bajo la cama y sacar la bacinica familiar, que hace como cinco litros, y ¡zas! que le tira a la cara el líquido y cuando empezaron a dar señales de vida, ¡zas! otro chorro y otro y otro, con decirles que tuvo que ir a pedir prestada otra bacinica donde una comadre vecina que tiene el corazón de oro, y así logramos que se recuperaran, aunque la ropa les quedó hecha una miseria, eso sí más ceñida al cuerpo, y se les notaban sus cositas, como si hubieran caído a la piscina. Después, ya más tranquilas, empezaron la conversa; yo muy pierna arriba aunque estaba con ojotas.

—¿En qué me las puedo servir? —les dije para entrar en confianza.

—Huy —dijo una—, aquí con tanta luz.

Después agregó:

—Nosotras somos encuestadoras.

—Bah, la casualidad pa grande. Nosotros no, fíjese.

—Estamos encantadas...

—Del mismo tamaño —les digo haciéndoles una morisqueta, abriéndoles los dedos de las patas en abanico,

para que se dieran cuenta de que no estaban hablando con ningún pililo.

Una de las señoras se sacó el sombrero que le había quedado a la huila y dijo:

—Es una lástima, era un modelito exclusivo.

Yo golpié las manos, tocado en mi amor propio, y digo:

—A ver, *Patita*, tenís que hacerles una demostración de la moda, aquí, a las madamas.

Y qué se demora la tonta en ponerse la cuestión: un tarro de conservas vacío donde se leía clarito "Tomates al natural" y unas tapas de botella que habíamos juntado para un concurso y su níspero caído, el adorno de lujo.

—Retírese —le dije después que se paseó mostrando las elegancias.

Las señoras quedaron impresionadas. Seguimos la conversa, pero de igual a igual, y no como si nosotros fuéramos patipelados, sin sombrero.

Les aclaré:

—Pobres, pero con su orgullo. Y también con sus pilchitas, ¿no?

Una de las viejas sacó un lápiz y me empezó a preguntar:

—¿Edad?

—Veinticinco —le dije—, pero póngale treinta si se le frunce, porque en ese sentido no soy fijado.

—Se le cayó una sota —gritó desde adentro *La Pata*.

—Graciosito —me contestó la más emperifollada, poniéndome mala cara—. ¿Usted fue siempre así?

—Claro —le contesté al vuelo—. Soy así de nación.

—¿Cómo de nación? —pregunta.

—De nación, de nacimiento.

Se pegaron la palmada.

—¿Casado?

—No, así no más.

—¿Sin libreta, entonces?

—¿Y vos, tontita, cuántos vales habís echado a cuenta?

La otra se moría de la risa al darse cuenta de que yo no era ningún patudo, que la sabía llevar por el mismo terreno como un hombre de gran mundo.

—Es lo más espumita el caballero —dijo tosiendo sin toser.

—Espumita, espumita —cacareó la otra.

—De modo que solterito —dijo con malicia mordiendo el lápiz con la punta de los dientes.

—No te hagái la cucha —le digo de sopetón a la que tenía cara de buena para comer maní.

—Las cosas que habla —dijo la más vieja bajando la vista, coqueta.

—Miren —les digo, pero conservando mi lugar—. La tarde que tengan ganas me avisan con tiempo y hago desocupar el catre.

—Por favor —contesta la más alicaída—, no se moleste.

—¿Quiubo, cómo estuve? —le grito a *La Pata*, que estaba con la oreja parada en el *hall* junto al paragüero, cerquita del piano.

Me amenazó con el cucharón como diciéndome: “Ya vas a ver lo que te pasa cuando se vayan las visitas”.

—Usted es un hombre muy simpático —dijo la otra con una risita nerviosa.

—Yo soy así —le contesto, haciendo como si limpiara la tiza de los hombros.

No me cansaba de mirarle los poros lavaditos, uno por uno, y sentía ese aroma de la mujer como tierra de campo. Daba gusto ver las uñas blanquitas, largas, con los dientes completos, sin que le falte uno solo, como si fueran granizo, valga la mala comparación, y con su lengüita tan prisca, hablando palabras raras, pero que me

sonaban en la paila como una música. Y qué decir del pelo todo chamuscado.

Yo me explayé y me fui por el lado de la filosofía. Les conté el caso de un gallo que jamás pudo bañarse dos veces en el mismo río. En primer lugar, porque era muy friolento, y después, porque le funcionaban lo más bien los reflejos acondicionados. Y cuando se iba a meter al agua, le venían el arrepentimiento y la duda, porque decía que la edad de los ríos se parecía a la edad del hombre: día que pasa, buenas noches los pastores, y por eso cuando alguien se atrevía a pegarse la zambullida ya no era el mismo, sino otro más viejo, con las tejas corridas transmitiendo en ondas corta y larga.

—¿Ahora qué me dicen ustedes —les pregunto de repente— de la guerra bacteriológica, de los genocidios y de la mortalidad infantil? Díganme si tenemos o no derecho para andar saltones cuando uno se acuesta con su mujercita en el primer piso y por el flujo y reflujo del sueño después aparece tres o cuatro filas más arriba, abrazando a otro ñato, haciéndose la cucha como diciéndole a uno: “Esto te pasa por no tener la cama propia”. Faltan camas en el mundo —les digo—, y por eso andamos con el tratamiento.

—¿Usted, en qué se gana la vida? —me pregunta la más buena para dar vuelta la hoja.

—Mire —le contesto, haciéndole mi autobiografía—. Yo le trabajo en la construcción. También le compongo ollas, le arreglo las cañerías. También le pinto, le estuco, en fin...

—Usted es el hombre ideal —dijo la que se reía más, tupido en la fila.

—Sí —le contesto—. Pero es una lástima, porque ya estoy enredado con *La Patita*. ¿No es así? —pregunto para adentro.

Y la otra me contesta:

—Sácatela no más.

Yo la disculpo:

—La van a perdonar, pero lo que pasa es que es muy celosa.

—No es para menos, no es para menos —repiten las tontonas, halagándome.

—Bueno —dice una—. Sigamos con la encuesta.

A mí me sale otra vez el caballero que soy y le digo:

—¿Por qué no se acuesta usted primero?

—¿Cuántos hijos tiene? —consulta la más confiada.

Le digo para hacer tiempo:

—La Pata estuvo sacando la cuenta las otras noches. ¿Cuántos eran, vieja? —grito.

—Que no quedamos que eran doce —contesta la otra, después de repasar la cantidad con los dedos.

—Doce por este lado —le digo poniéndome todo orgulloso.

—¿Y por el otro?

—Eso depende de usted, pues, mi linda —le digo, agarrándole la naricita.

—¡Qué mujer más prolífera! —acotó una.

—Es que si no se va de zumba.

—¿De qué...? —repitió.

—De zumba —dije. (La carita que ponís, como si nunca te hubieran aforrado.)

—¿Cuántas cargas?

Yo le contesto con toda confianza:

—Bueno, cargo para la izquierda.

—No —dice ella, con unos ojos así de grandes—. Cargas familiares.

—Ah, disculpen. Póngale unas quince, por si acaso.

—¿Cuáles son sus entradas?

—Para serles franco, las entradas andan más o menos como las salidas.

—Entonces están equilibrados el debe y el haber.

—Mire. Lo que le puedo decir es que donde debe haber, no hay.

—Entonces tiene déficit.

—No va a ser superávit, pues, preciosa —le contesto, azucarándomela.

—¿Y qué comen ustedes?

Justo veo en el diario viejo que servía de mantel un aviso con una comida de Año Nuevo y empiezo a leer:

—Marrón glacé, pavo a la turca, ice-crimen, se arrienda... (¡Bah, eso no!) y tuti, tuti, tuti...

—Tuti, tutitai carriliando, viejo mentiroso —grita *La Pata* desde lejos.

—No es nada mentira —aclaro con orgullo—. ¿No ve que con este diario donde está el aviso soplamos el fuego y con el fuego calentamos el agua y con el agua preparamos el tecito, el boldito, la mentita?

—¿Y en cuanto a las relaciones?

—Muy buenas, muy buenas. Aquí somos como hermanos. Si hay, apuntalamos al que no tiene, al cesante. Y el que anda cargado al oro se lo pasa repartiendo las chauchitas entre los demás. De vez en cuando nos agarramos de las mechas, pero eso es para amenizar la velada.

—Esto es el producto de la promiscuidad —dice la cara de jeringa.

Yo me digo: "Ya se deben estar dando cuenta de que no estudié en la Universidad".

Y dando unas palmadas le exijo a *La Pata*:

—Tráigase una corrida, m'hijita.

Y aparece ella con la bandeja duraznera que teníamos.

—Es una cosita poca —les digo.

—Huy —dice la del lápiz—. ¡Qué lindo color tiene!

—Mire que no va a tener buen color, cuando es pájaro verde.

—¿Pájaro verde? —pregunta haciéndose la cucha la que tenía más rayas en la libreta.

—Ustedes perdonen la mano —dijo *La Pata*, metiendo la cuchara—. Pero a mí me queda caballo de bueno.

—¿Y con qué se hace el licor?

—A base de barniz, ácido muriático y una pinta de aguardiente —contesta *La Pata*, sin poder sujetar la lengua.

—¿Y se bate?

—No —le digo, sin darle más detalles sobre la fórmula, que era un secreto de familia—. ¡Salud!

Casi se borran las viejucas con el primer trago. A una se le enrularon los dientes. A la otra le zapateaba la nariz.

—Que llamen a los bomberos —pedían a coro.

—Si no es para tanto —dijo la que se le había vuelto la cara al revés.

—Yo creo que se te pasó la mano —amonesté a *La Pata*—. Ahora que me acuerdo, barnizando la otra vez con este merjurge, se me anduvieron fundiendo el velador y un coche de guagua de fierro.

—No es para menos —dijo la que seguía echando humo por la boca.

Seguían soplando como si tuvieran una brasa en la lengua.

—Ya, pues —les dije—. No me desprestigien el guindado.

—Todavía no me contesta la pregunta —dijo la más pailona, mostrando la piernada.

—¿Qué pregunta? —le digo, haciéndome como si escuchara llover.

—Sobre las relaciones —agrega la copuchenta.

—Mire —le contesto—. Como eso es muy delicado, es mejor que se lo pregunten a *La Pata*.

—¿Sobre qué será? —dice ella, tomándose el delantal por las puntas y poniendo cara de santurrona.

—Es sobre... —le digo al oído.

—Ah, ¿ustedes quieren saber si practico? —pregunta la tonta, haciendo el ridículo, y yo le pego una mirada de mataballo.

Después se acercó a las dos madamas y con unos gestos como si estuviera dibujando les hacía unas cuestiones para allá, otras para acá, tratando de darse a entender en la forma más simple posible, eludiendo toda terminología científica que hubiera desenchufado a las visitas.

—Ah, sí, sí —decían las señoras—. Claro. Exacto. Perfecto. Sí, m'hijita. No, m'hijita. No me diga. Uf, qué barbaridad. ¿Ah, sí? ¿Ah, sí?

—Permiso —les digo, metiendo la cuchara—. Está bien lo que ella dice. Por un lado tenemos la escasez de confort. Por el otro tenemos la falta de la vitamina. Y con tanta pellejería, ¡no me queda fuerza para empujarlo!

—Eso mismo —dijo la *Pata'e Causeo*, dando un suspiro de alivio y sentándose y cruzándose de piernas, muy oronda.

OTRA CANTATA

PERSONAJES:

Una mujer de la vida, ex cantante

Un cliente

Parroquianos

LUGAR DE LA ACCIÓN: *Una casa alegre.*

Apuró el trago antes de salir al salón por primera vez, escotada de arriba abajo, los pechos levantados dentro de ese vestido de una sola pieza, rojo, con flores rutilantes, grandes pétalos y hojas, caminos entrecruzados, humo, chisperío azul, pequeños círculos amarillos parpadeando con la luz en medio del ruido de la orquesta y el humo grueso y pesado, las rondas de las parejas, el estremecimiento de los glúteos abultados por el ejercicio profesional, las frescas bocas gastadas, la uniformidad para seguir el compás, las piernas abiertas como si el marinero la fuera a partir. La vaciedad de la hora y la frenética alegría de la noche, las teclas del piano como si a alguien se le estuvieran cayendo los dientes de golpe, los altos tacos provocativos desde la misma raíz de la mujer, luego los tobillos como pequeños soles, el arco de los muslos pegados al cliente, la cuota de la carne colgando en esos garríos de las carnicerías, sintiendo el sopor, el calor, la acidez del vino saliendo de las botellas, humo de chimenea, el apretón, como si el seno fuera de agua y se diluyera o ladrara a la puerta de la casa, custodiando el cuerpo, las sortijas de dieciocho quilates, las medias de cristal, el perfume penetrante, el humo, el humo ya casi como la última exhalación de un volcán, ese chisperío del océano furioso, como si todo se caldeara: el piano, las prostitutas, la alfombra, los sillones, el pianista, la enorme mujer con-

trolando el espectáculo, las nalgas, girando para que de este torbellino naciera el nuevo ser puro, dominando la fiesta, pero más allá del bien y del mal, y de súbito se desintegrara otra vez, entre la orfandad de las manos. Algún sentimiento inconcluso, la furia, la ira, la venganza, la obscenidad de los pezones duros, insistentes, como un enorme granizo rosáceo-negro de oro líquido. Ahí caería ella, en esta trampa, y por eso avanzaba temerosa como si le bajara un tren por la columna, bufando, hasta que sintió el golpe, el ardor de la primera mano investigándola, descubriéndola burdamente, medio a medio en el alma, y todo quedó consumado mientras cruzaba las piernas y esperaba al primer amante de su vida, sintiendo la solidaridad vecina, de los otros muertos, de las otras muertes gimiendo dentro y fuera de las botellas, desfigurándose el rostro a trompadas, entre la luz cruda del *living*, disputándose el único hombre del mundo, y en medio de las patadas, la escena adquiriría tal esplendor como si se tratara de una muestra de la brutalidad y abnegación humanas, como si se estuvieran disputando los valores más altos de la moral y la justicia, acaso la vida misma entre esa sangre que saltaba con cada nuevo golpe, de rodillas, humillada por el fervor de defender "a su hombre", antes de sacar el cuchillo, antes de que se produjera el primer asesinato de la noche. Entonces el seno empezaba a desvanecerse, las luces a apagarse, el piano a silenciarse, las carreras, un solo desmayo, la policía, las detenciones, las lágrimas, el dolor unánime cayendo por el maquillaje de esa hora satánica tan impregnada de beatitud y silencio.

La estaba mirando el anciano de sesenta y cinco años, sombrío, un bloque negro, crispado en ese tinte melancólico de la vejez, blanco en la lejanía para preguntarle por qué la vida la había arrojado a esa cama, a ese somier doble perfumado y rítmico con su corazón joven, salvaje y palpitante que no se detiene nunca en medio de esos

cortinajes tan densos y profundos y los muebles inhumanos. Sólo la mesa más cálida, menos cómplice, y el gigantesco espejo dominando la habitación, donde para mirarse subía la cuota de corrupción: la densidad del pecado.

—Bach —respondió la prostituta, montándose en el resto de su cuerpo como para descansar.

—Bah —repitió el anciano con extrañeza.

—No —rectificó rotundamente la mujer—: B-A-C-H.

—¡Bah, qué divertido!

Esta vez el anciano se sacó el abrigo.

—¿Alguna frustración musical?

—Por culpa de otro viejo —dijo, mientras la ridícula palabra *frustración* le quedaba recorriendo el oído.

—¿Qué es lo que le han hecho los viejos?

—Lanzarme a este pozo.

Se movió para que descubriera el olor de su cuerpo.

—Usted desentona aquí.

—Eso dicen.

Lo miró fijamente y vio que el anciano abría las aletas de la nariz al fumar, porque ahora fumaba tranquilo, mirándole las piernas.

—¿Pianista?

—No.

(El movimiento de hombros fue despreciativo. Y cuando él se bajara la camisa y apareciera ese pecho doblado de señor gerente, sin ejercicio, blanco, neutro, como de madera y de cartón, las piernas arqueadas como un tubo de teléfono...)

—Solista —dijo, tratando de aclarar.

—Tan “cholita” que la han de ver —remedó el viejo, como imitándose él mismo, pero sin darse cuenta.

—Solista, cantaba sola.

—¿Y por qué? —le preguntó el gerente.

—Porque me gustaba —contestó ella sin agregar otra explicación.

Simplemente porque en medio del escenario, la cantata le entregaba la razón de la vida, fugas, encuentros, el fulgor de la niñez, el precipicio del tiempo venidero, la muerte álgida, los deseos purificándose o purificados, todo entre las voces más glorificantes y el silencio como en un templo. Otras veces era el llamado del dolor, la alegría de la primavera. El escamoteo de la felicidad, los ecos, los espejos fúlgidos, interpretando la claridad de la memoria, la perdición de los infiernos, el hombre y la mujer tanteando a ciegas los laberintos. Y era ella (la solista) en esa noche esplendorosa en que gemía, pero no en una cama, sino en el escenario, mientras "el viejo", el director, miraba el agitación de su busto, como las vulgares palomas, de precisión matemática en su vuelo, en su generosidad y también en su desafío.

—¿Y se cansó de cantar "cholata"? —remedó de nuevo.

—Sí —dijo.

Defendió al otro anciano:

—¿Y la sabiduría de la vejez?

—Era tan impotente como usted.

—Un sabio, un sabio —repitió como una manera de explicar la confusa idea—. ¿Y?

—Yo podría ser su hija con veinte o treinta años menos.

—Lamentable, querida —aunque comprendió que la fría sensación de ternura la expresaba en el momento menos oportuno.

—Nunca en mi vida había visto dos viejos tan parecidos —aclaró ella.

—"Viejitos", ¿no?

Se acordó de los cuarenta mil pesos.

—"Viejitos" —contestó, usando también las comillas. No quería discutir, sino dejar que pasara el tiempo.

—¿Y cuánto le duró?

—Hasta que se rompió.

—Ah, je, je, el chiste del chinito. ¿Se le “lompizó”, ah? En dos, claro, y que pase el otro. ¿Fue así?

—No. Se me rompió por dentro.

—Ah, caramba —manifestó el anciano con inevitable malicia.

—Tendría unos sesenta años. Mírele usted ese labio caído y seco, la frente sin tersura.

—¿Pero usted no se acostaba con él?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para calentarle los pies, supongo.

—¿Cantando?

—¡No le interesaba el canto!

—Chifladito —sentenció, moviendo la cabeza.

—Era un niño —confesó la mujer, buscando una doble almohada—. También eso que usted llama un *frustrado*.

—¿No ve que aprendió la palabrita?

—Un fracasado. Sólo cuando actuaba el coro era realmente un hombre.

—Un hombre, un hombre en el mejor sentido de la palabra.

La mujer se rió por primera vez en la noche; los pequeños senos le bailaban en medio de la luz, pero sin tentar: serenos.

—¿Un tramposo?

Todavía se mostraba flexible y marítima (otro de los términos inexplicables del anciano: *muy marítima*), los ojos rebeldes, negros, imperturbables.

—¿El qué aportaba?

—La casa, la caña de pescar, la tragedia del hogar, su mujer inservible, la condena de sus hijos y la frustración. ¿Le parece poco?

—Uf, claro que no.

—Yo creo que no tenía ética.

—La ética de los ancianos. ¿Se imagina usted?

—Porque, ¿qué pasaría si me plantara en la mitad de la plaza pública y repitiera, una por una, las historias contadas por los maridos?

—¿Repugnantes?

—Usted se asusta. Las conocemos bien, sabemos por dónde fallan, y eso que la ley los protege; los protege a ustedes.

—¿Y usted qué propone?

—Nada.

—Vengativa y “cholita” —volvió a repetir el anciano.

—Es la competencia —agregó con sorna—. ¿Usted mismo de qué se asombra? ¿Haría esto con su mujer?

—No.

—¿Por qué?

—No lo hice, simplemente cuando pude hacerlo.

—¿Está arrepentido?

—No. Es la sabiduría. Por eso sigo casado.

—¿Se lo contaría a ella?

—Jamás. ¿Para qué?

—¿Sospecha?

—Demasiado tarde.

—Eso decía él: demasiado tarde.

Trató de espantar un recuerdo difuso como si la estuviera llamando de nuevo en una casa solitaria en medio de los gigantescos coros, las voces magníficas en la escena de los bosques, las hojas, temblando, entre los murmullos, inventando el murmullo, el desvarío y la insistencia de los reflejos verdes y sus desbordes insolentes, frenados, magnánimos, espeluznantes en su vértigo, la plata hirviente de las flores y sus cascos dorados con sangre y con la pureza azul del momento, el agua erizada y plácida como durmiendo en su cauce vertiginoso, las tardes intermina-

bles cuando él pescaba y ella como una fuente cubría su sombra, el torbellino de las ideas finales, de los pensamientos póstumos, antes que comenzaran a resquebrajarse como la pintura de los cuartos abandonados, la decantación de toda una vida confusa, el vértigo del sexo como un recuerdo hundiéndose en el océano vacío, el cuerpo mustio que antaño rompiera las marcas deportivas, arrasando sus leyes irrefutables: la sangre abriéndole los ojos, ventilados los poros, parando los huesos duros, implacables. Era el amor.

Hasta que un día decidió abandonarlo. Dejarle unas líneas. Llorar sin comprender, renunciar al coro, deambular con una maleta, tratar de empezar de nuevo, sellar las voces, diluirse para siempre, no tener pasado, librarse y condenarse, pedir auxilio y rechazarlo, cultivar unas flores en un miserable cuarto de pensión con paralíticos, esquizofrénicos, viudas hundidas en la penumbra, niños que suenan como puertas sin aceite, y luego la sucesión de múltiples rostros superpuestos, la anarquía de la noche, la cara de la bondad y la maldad, la lechosa, infranqueable sopa de agua sucia y ese temblor que tiene la luz cuando entra el habitante a su nicho, y en su tumba gime, o pone la radio y lee una vieja revista y se mira en el espejo amarillento, en la vejez del mundo, y está definitivamente anciano, ruinoso, sin trabajo, sin dinero, sin ropa, y busca a Dios, no tiene parientes, perdió las direcciones y ausculta el muro contrario, da unos golpes, quiere oír la otra señal, la oportunidad para llorar a dúo o encumbrar otra vez el coro gigante, sueltos los núcleos de todas las vidas, pero por la violencia del canto mismo, como si estallara en su purificación y en el hambre y en el abismo de la soledad completa.

—Entonces fue por venganza —concluyó el anciano, sacándose los zapatos, quedando con los pies de estopa.

—No.

—Quería vivir.

—¿Vivir, olfatearlo a usted?

—No olvide que es al revés —rectificó el anciano, ya desnudo como un espantapájaros tenue, azul, que vibraba, no de emoción, sino de frío.

Aterrorizado.

Ella lo miró con escéptica piedad: algunas costillas escalonadas, la piltrafa marmórea por la buena alimentación, pero como si fuera un cuero caído al agua, como si no tuviera nada que ver con los huesos y, sin embargo...

—Hay que ganarse la vida de alguna manera.

—¿Y si me cantara? ¿Cuánto más?

—¿Bach? Otros cuarenta mil.

Un leve cálculo al taparse con las sábanas.

El anciano ya estaba temblando, y al tocarlo, ella empezó la interpretación, elevándose como la luz que va descubriendo las tinieblas, alada y desafiante, escogiendo los matices, resbalando entre las inflexiones, saliendo de un laberinto para entrar en otro, desfalleciente, nueva y anciana, refrescándose con el ímpetu insostenible, tenso, y cayendo de tales alturas, que no le importaba que el sofocante cliente la estuviera olfateando, así como un perro husmea un árbol, confirmando la dulzura de la corteza, el rostro de otros perros, de otros perros mientras la descarga musical elevaba a ese ser fondeado en la cama iluminando la habitación, la silla con los pantalones de brin y la corbata del caballero, la botella de los perfumes y el estrépito de la voz que ganaba altura, desafiante como la primera voz escuchada en la tierra, que necesitó tiempo para permanecer en el aire, para ir inaugurando las cosas: el viento, las piedras, la vastedad de la muerte.

Con los ojos fijos pero profundos, ella vio todavía el cuero sobrante de su cliente, los pliegues, el lamentable racimo de carne desparramado, sin entender, sin vibrar,

sólo porque Bach lo acunaba y ahora dormía pálido, próximo a ser crucificado.

Al regresar al salón, el marinero que apretaba su cintura, bailando, le dijo que había tenido una novia muy parecida a ella. Casi con la misma voz y el mismo peinado. "¿Dónde andará la pobre?", preguntó, buscándole la oreja.

HOY, HOY, HOY...

PERSONAJES:

Un payaso

Un león

Don Macaya, almacenero

Otros artistas

LUGAR DE LA ACCIÓN: *Una caleta de pescadores.*

LLEGÓ EL CIRCO

El león, el elefante, los payasos bajo la lluvia de la tarde cayendo sobre el deteriorado convoy. El conjunto hizo su entrada por la caleta Punta Lavapié en las últimas horas, cuando soplaban el viento sur entre la soledad del caserío: sólo los perros ladrando y algunos niños en medio del barro colgándose de los dos viejos camiones.

El empresario prefirió esperar la mañana para desfilan por la única calle, ordenando a los artistas armar sus carpas. Y ahí estaba el temporal silbando entre las jaulas de los animales, inflando las lonas, enturbiando el mar quebradizo. Se goteaba la jaula del león; el animal parecía estar a la intemperie zarandeándose como un perro con pulgas.

Todo era trajín en el campamento: los payasos protegiendo los trapecios, las cuerdas, las sillas, el elefante, los baúles, la pequeña caja de las pulgas amaestradas. La mujer de goma reunía sus bártulos protestando como de costumbre:

—¡Tiempo maldito! Y yo en este pueblito de mala muerte. ¿En qué estuve que me convencieron? Es lo único que faltaba. Muertos de hambre, sin un cinco y ahora... (y miraba la doble suela de barro de sus zapatos, los go-

terones de mugre que habían ensuciado su vestido en medio del humo de la fogata).

Continuaba resquebrajándose el mar: las olas seguían tropezando entre sí, en un diálogo áspero y de tal sonoridad que asustaba a las gaviotas empujándolas hacia el campamento, y desde la altura tambaleante miraban las pequeñas carpas del circo opacado por la lluvia, los reducidos fuegos retorciéndose, el león dando diente con diente y con la cola entre las piernas, flaco y esmirriado, oteando el cielo pardo.

El payaso *Caluga* decidió salir a dar una vuelta al empezar la mañana. Se fue caminando junto a una fila de redes y espineles, canastos con escamas y cabezas secas de pescado aun cuando el viento le entorpecía el andar y la lluvia —al taparle los ojos— deformaba la bahía; apenas un fragmento de las embarcaciones, los botes encabritados alrededor de la espuma turbia; todo sucediendo con gran celeridad hasta que se limpiaba los ojos y un nuevo chapuzón le caía entre las pestañas; finas rejas dejándole ver la arboleda cristalina, las casas transparentes y el Almacén “La Brisa”.

—¿Cómo dice que le vaaaa? —alargando la mano huesuda y fraterna. Y luego—: Aquí estamos, Ramos, para hacer refiiiir a la distinguida concurrencia.

El almacenero Marcial Macaya lo miró con extrañeza.

Caluga: —Oiga, amigo, soy del circo.

El almacenero: —Sí, ya me di cuenta (con voz cor-tante). ¿Qué desea?

—¡Esta lluvia, amigo!

—Eso que está empezando el temporal, no más.

—Vamos a quedar mojados como diucas.

—Hummm, como sapos, diría yo. Esto es de todos los inviernos.

—¡La suertecita nuestra!

—Aquí tiran el agua con balde. ¿Y a ustedes qué les dio por venir?

—Chih, si llegamos por milagro. Nos fue mal por Lota y Coronel. Los mineros quedaron desplatados con la huelga.

—Salieron del fuego y cayeron a las brasas.

—¿Por qué?

—Si aquí nadie tiene un centavo.

—¿Ni para ver el león?

—Qué león ni qué ocho cuartos. Con la llegada de Huachipato murieron las sardinas y los congrios andan lobos. Yo les aconsejo que regresen.

—¿Adónde?

—Eso es cosa de ustedes. Pero no se queden aquí.

—¡Cómo nos vamos a ir cuando ya nos comimos la leona!

—¿Qué está diciendo?

—Fue por necesidad. La salimos a vender por la calle. Yo mismo con una correa en el cogote. Se la “regalamos” a un curadito de Concepción por cincuenta lucas...

—¡Qué barbaridad!

—La gente se aprovecha; estaba tan desmejorada la pobre que parecía gata. Estos animalitos no tienen aguante, pero cuando salen buenos pobres, casi viven del aire.

—No sabía.

Llegaron los niños con los cucuruchos de papel embutidos en la cabeza y los toscos ponchos cargados de agua.

—Medio de pan, tanto de ají, tres cebollas de las medianas, un pichintún de comino y... se me olvidó...

—Dile a tu mamá que mande el pedido en un papel.

—Es que se me perdió el papelito, don Macaya.

El payaso se acercó al mesón mientras la lluvia pasaba dando vueltas por las dos ventanas:

—¿Nos podría dar algo a cuenta?

—¿A cuenta de qué? —preguntó el almacenero.

—De la función de la noche.

—Hay que ver que es porfiado usted, amigo. La función será un fracaso —insistió el comerciante—. Aquí en la caleta con esta lluvia nos recogemos temprano.

—Pero algo que sea —insistió el artista torciendo la cara.

—No están los tiempos para fiar. Mire el letrerito.

El payaso observó el cartón; estaba impresionado por el ulular de la lluvia enredándose a cada instante.

—Les daremos entrada libre a usted y a toda su familia —argumentó, mirando el rostro imperturbable del almacenero.

—¿Y qué es lo que necesita? —preguntó el comerciante con tono indiferente, aunque más cordial.

—¿Se imagina lo que come un circo?

—Claro, pero no crea usted que yo...

—No, por supuesto. Es para salir del apuro, no más.

—Les fiaré unos cinco mil pesos en mercadería.

—Muchas gracias, don Macaya. Esta noche, después de la función, le damos la plata.

—¿Qué será?

—Una media docena de tarros de leche condensada, cinco kilos de charqui (dos para el león y el resto para nosotros), medio kilo de té, medio de pan. Póngale también un chuiquito de tinto de cinco litros.

—¿No será para el elefante?

—No, es para el administrador, que le pone desde temprano.

—Oiga, ¿el león come de todo?

—Sí, señor.

—¿Charqui también?

—¡Charqui!, tal como lo oye.

—¿Y no le hace mal?

—¡Bah, está acostumbrado!

—¿No será broma?

—No. Y viera cutando le damos cáscara de zapallos y las sobras del almuerzo. Con decirle que come hasta porotos. Es muy obediente.

—¿Y es grande el león?

—Auténtico, del Africa. Así.

Después bajó la mano con rapidez para disminuir la exageración.

—¿Y ruge?

—La preguntita suya; mire que no va a rugir. Es-
cuhe.

El almacenero alargó la oreja con la mano, parpadeando, pero sólo pudo sentir el chisporroteo de la lluvia.

—No oigo nada.

—¿No le conté que era muy sufrido?

—¡Aaah!

—Pero cuando despierta lo primero que hace es rugir.

—Debe rugir como los pájaros —dijo el almacenero regresando al mostrador.

—¿Quién le ha contado que los leones pían?

—No quise decir eso —aclaró el comerciante.

—Yo escuché clarito...

—Como los pájaros pían, el león ruge.

—Eso sí.

—Ya lo verá usted cuando desfilemos. Y cuidado con acercarse mucho.

—¿Por qué no le lleva más charqui, entonces? —agregó el comerciante con generosa simpatía por el animal.

—En confianza, amigo, el león es bueno para el charqui, pero no tanto.

—¿Y qué es lo que más le gusta, entonces?

—Usted no me va a creer.

—¿No será la compota de frutas?

—Cáigase de espaldas. Fíjese que se vuelve loco por la chancaca.

—¿Chancaca?

—Sí, señor, chancaca.

—No esté embromando, hombre.

—No le digo.

—¿Sola... o con sopaipillas?

—No se ría, don Macaya; es muy regalón el animalito.

—Oiga, amigo, y si andan a palos con el águila con el león, ¿cómo se las arreglan para dar de comer al elefante?

—Uf, alimentar a ese animal es una tragedia. Pero es mejor que no me haga hablar...

El payaso esperó que el almacenero terminara de separar el pedido para los artistas del circo. Luego escalonó los trozos de charqui ("Parece que es del bueno", dijo), amontonando el resto de la mercadería contra el pecho:

—Será hasta la hora del desfile, don Macaya.

—Caramba que son porfiados. Escuchen mi consejo. Desarmen la carpa y sigan su camino.

—Se lo voy a decir al administrador.

—Todavía tienen tiempo. Suspendan la función. Ganarán plata.

—Eso no lo decido yo...

—Hagan lo que quieran. ¿Cuándo piensan pasar por aquí?

—Apenas "acampe" un poco.

—¡No sea optimista!

* * *

Los niños no querían perder un solo detalle del paso de los artistas y estirando el cuello en medio de la ventolera trataban de atisbar el comienzo del desfile.

Por fin apareció el león encabezando el grupo detrás de la banda del circo; tres músicos tocaban una marcha y uno de ellos tenía conectado un pie a un platillo. Daba la zancada y de un golpe hacía estallar las chispas de agua en su tambor. Los sonidos eran como gárgaras y los ejecutantes vaciaban el instrumento a cada instante a medida que se les iba llenando.

El empresario, con su abollado tongo de charol, látigo en mano, se abría paso entre la pequeña multitud, advirtiéndole con voz trémula:

—¡Cuidado con el león!

—¡No respondemos por él!

—Señora, señora, a usted le digo.

Y la mujer recogía sus críos y los niños terminaban abrazándola impresionados por las amenazas.

Detrás del león iba la comparsa de payasos con sus trajes arrugados por la lluvia.

—Aquí viene el hombre —dijo el payaso *Caluga*, saludando al almacenero *Macaya*—. ¿Quiubo, qué le parece, ah? Está un poco atrasado, no más, pero todavía se la puede. ¡Ya, pues, pégale una aserruchada, saluda a la concurrencia!

El elefante se movía de un lado para otro colgándole la piel. ¡Eh! —le gritaron—. ¡Era más grande el difunto!, como si dentro de su piel existiera otro animal prisionero, porque el hambre había reducido su estatura, su estantería, y por eso el traje, la gruesa piel esmerilada por la lluvia, quedaba colgando por todos lados. Daba la impresión de estar hueco, como si en realidad fuera de palo y todo el andamiaje de adentro sonara como esas piedrecillas de los juguetes para entretener a las guaguas, y los ojos, profundos, no demorarían en caer, también, de espaldas, perdiéndose en el vacío, en la orfandad, en la

tragedia de la falta de mendrugo, pasto, pescado, zana-
horia. Pero aun así eran firmes y altivos.

La mujer de goma: *¡Sólo a un loco se le puede ocu-
rrir hacernos destilar en este barrial!*

El león al caminar lamía los restos de chancaca que
le colgaban de los bigotes como estambres dorados.

—Hoy, hoy, hoy...

—Hoy, gran debut, hoy —anunciaba el payaso.

—Del famoso circo.

—Con las temibles fieras.

—Y el tragasables.

—Y el trapequista de la muerte.

—Y el león más fiero de la tierra.

Fue en ese preciso instante que comenzaron a ro-
dearlo los animales. Pocos ladridos y luego el ataque di-
recto. El león lanzó un rugido débil y luego otro más po-
tente en medio de los gritos del empresario:

—¡Retiren a los quiltros, retiren a los quiltros!

—Los va a hacer papilla —gritó una anciana.

El león seguía midiendo la fuerza de sus atacantes.
Los perros ya estaban mordiéndole la cola.

El rey de la selva se sentía viejo y abatido, pero aún
le temblaba en los ojos una severa dignidad. Continuaba
el ataque: los gruñidos, aullidos, la saliva bordeando los
colmillos mientras se distribuían para otra embestida.

El león intentó un zarpazo.

Aulló uno de los quiltros, para volver a tironearlo de
la cola con renovada furia.

Esta vez el ataque fue a fondo.

El almacenero Macaya seguía consternado la esce-
na.

—Hay que darle más chancaca —gritó desde lejos.

—Es que es modesto el animalito —justificó el pa-
yaso—. ¿No ve que los quiltros no le hacen el peso?

Se sentó el león en el barro. Parecía de esos perros muertos de hambre que buscan la tibieza de la ceniza para morir. No quería pelear, no obedeció la orden furiosa del empresario: "¡A ellos, a ellos!"

—Permiso —gritó Macaya, abriéndose paso entre los niños que trataban de animar al león con un palo—. Esto es lo que le hace falta —aseguró—: Ya verán.

Se acercó al animal como una samaritana a un herido, con esa misma ternura vulgar, circunstancial, pero acuciosa y honesta:

—Esto te dará más "ñeque".

Y en medio de las burlas del vecindario dejó la lata de chancaca casi en la misma boca del león.

El rey husmeó el trozo de dulce levantando la cabeza para escuchar los silbidos y los gritos burlones de los vecinos:

—¡Hay que sacarle el corsé!

—¡Este león está caro para gato!

—¡Este es un quiltro disfrazado!

—Oye, loca —al león—, sácate una pestaña y castiga a los perros.

Abundaban los maullidos, esas imitaciones parecidas a las amenazas de los gatos cuando alguien trata de quitarles la presa de pescado.

El león comenzó a lamer la chancaca en medio de las risas de los pescadores. El empresario trataba de alejar los perros levantando los brazos, y luego con voz de trueno:

—¡Levántate!

El león seguía indiferente. Desde lejos los perros volvían a la carga.

—¡Levántate!

El animal saboreaba el almíbar con orgullosa serenidad.

—La estás haciendo de oro —protestó el payaso *Caluga*—. Con estas taimaduras no ganas ni para los garbanzos. A éste lo acomplejaron cuando era leoncito. Ya, ya, tarado. Pégate la encachada siquiera. No vayan a creer que eres del otro equipo. Es por la leona que está así —terminó confesando el payaso a la gente que lo rodeaba.

El administrador:

—¡Por última vez!

El león parecía mirar la lejanía, indiferente, mientras la lluvia comenzaba a derramarle su bocado como gruesos hilos de sangre de oro oscuro.

—Tráele ahora un café con leche.

—Y un paraguas.

—Y un corpiño.

—De mí no se ríe nadie —sentenció el empresario.

—Si quiere le damos un poco más de charqui —gritó *Macaya* desde la puerta del almacén.

—Basta de regalías —gruñó el dueño del león sacudiéndolo, aunque el animal no escuchaba sus insultos o sus amenazas. Estaba preparado para soportar vejaciones. Permanecía indiferente, sin moverse, mirando con compasión al empresario:

"En qué estuve que no te mandé vender junto con la leona. Esto me pasa por sentimental. Para tragar sí que tienes fuerza y buenas mandíbulas. Chancaquita le gusta al niño. ¿No te servirías un postrecito de leche nevada?

(Carcajadas de grandes y chicos.)

"Te voy a cambiar por charqui, ¡condenado! ¿Quién te metió en la cabeza que eras artista? ¡Otros a tu edad han ganado diplomas! Basta mirarte la cara. Cara de bruto. ¡El rey! ¡Hmmm! ¡El rey del pescado frito! (*Risas.*) Ni siquiera te tengo asegurado. Claro que antes me hiciste ganar unos pesos. Cuando le arrastrabas el poncho

a la leona. —El león lo miró en blanco—: ¡A la leona he dicho! Ella sí que era trabajadora y obediente. Pareces un inválido (*llévatelo para la casa será mejor*); mañana te voy a comprar muletas (*y otra peluca, ja, ja*). ¡Levántate y camina!

Entonces empezó a arrastrar al león de la cola, camino al campamento, seguido por algunos niños de la caleta.

—Disculpen —dijo el payaso *Caluga* dando una media vuelta, guardando las manos en los bolsillos sin fondo de su pantalón.

CONSEJO DE AMIGO

PERSONAJES:

Un amaestrador de leones

Señora del amaestrador

Un amigo

LUGAR DE LA ACCIÓN: *Casa de material ligero en la proximidad de un circo.*

¿Apuesto a que usted estaba más colgado que una ampolleta? ¿No ve? Eso le pasa por darle manga ancha. Usted metiendo la cabeza en las fauces del león y ella abanicándose con el fulano, regaloneando con el otro. Y si un día le pegan un tarascón, como ha ocurrido, ella nunca comprenderá que usted arriesga su vida a cada rato, dentro de la jaula, por amor. Por amor a ella. Ah, pero nada de comprarse un revólver de ocasión y esperarla a la salida del hotel y después aparecer en los diarios. Eso no queda bien. No hay que precipitarse, oiga. Siga mi consejo: hágase el cucho ("además con esa cara, ¿qué otro remedio le queda?"). Es para que tome más confianza, igual que los leones. Para que se azucare. ¿Que la tocó al regresar y tenía la carne blandita? Usted que es entendido en fieras sabe el secreto. ¿De qué se sorprende, entonces? Ella se va a dormir, dice que está cansada (y no es para menos, ¿no?). Usted apaga la luz. No la incomode. Ni una pregunta; nada. Tensión. Siente que algo vuela, algo así como una respiración, algo, algo que no puede definir.

Deje pasar los días y ella empezará a mirarlo como diciendo: "Este es tonto o se hace". Y usted pone la cara adecuada para que ella confirme: "Este es tonto de remate". Y si se perfuma y acicala, se pone faja, usted tranquilo, muerto de la risa, disimulando. Ya le llegará la

hora. ¿Qué saca en ese momento con agarrar una llave inglesa y golpearla hasta que le dé puntada? También se le puede ocurrir llevarla a la jaula y dejarla adentro con los leones. Pero usted mismo se resigna diciendo: "No, pues. Los leones no comen cualquier cosa". Claro que si al terminar la función... ¡basta! Borre esos malos pensamientos. Pero podría ser, ¿no? En ese rinconcito, por ahí al lado del camarín de los payasos..., usted..., entonces..., ¡no! Nada de crímenes burdos. ¿Cómo dije? ¿Burdo? Me pareció que había dicho zurdo. ¿En qué estaré pensando? Bueno, ¿dónde íbamos? Ah. Le decía que usted debe usar su inteligencia, ya le llegará la hora. Pasando a otra cosa, está buena la tonta, ¿no? ¿Cuándo lo recibe así a usted? ¡Nunca! Siga estirando la cañuela, y si un día no hay función por temporal, haga hora. No aparezca antes, que a lo mejor el fulano está con su pijama. Sé que hay que morderse, pero usted que domestica leones sabe cómo es la cosa. ¿Por qué lo respeta a usted el animal? Porque quiere. No porque le tenga miedo. Y eso usted lo sabe. Al menor descuido... ¿Qué le habrá encontrado al otro fulano para enamorarse? Fíjese cómo le tiembla la mano cuando levanta la taza del desayuno. ¿Y a usted qué le tiembla? Nada. ¿Ve la ventaja? ¿Por qué está así? Cree que un amigo suyo la vio entrar. Y todo el mundo sabe que ese hotel no es precisamente una parroquia, que las parejas no van a rezar ahí. Pensar que si en este instante le rodeara el cuello con las manos y las apretara, ella se pondría de todos colores pidiendo socorro y perdón. ¡Pero no! Escúchela:

Me siento cansada, querido, dice para provocarlo, invitándolo al crimen. ¡Deténgase! Todavía no. Hay que cuidar los detalles. Además, ¿se ha dado cuenta de que se ha puesto más prolija, más buena dueña de casa? ¿Le falta algún botón? No. ¿No ve? ¿Las camisas están bien o mal planchadas? ¿Bien? ¿Y su pantalón de doma-

dor con la raya dorada al medio? ¿Y los calcetines? ¿Tienen alguna papa? ¿No le digo yo? Si ellas saben mucho. Por eso: o-j-o. Observe, también, que siempre en la noche le duele algo. Ahora, atención: hágale esta pregunta cuando ella se disponga a salir (siempre con el tono cordial, disimulado, muy disimulado): “¿Adónde vas a ir, querida?” Ella tiene dos o tres coartadas, de modo que usted no la va a pillar de sorpresa. Una amiga. Van a tejer juntas (da risa que el fulano se lo pase haciendo el punto cruz con ella). Entonces una frase cordial: “Te hace bien un poco de vida social, querida; pasas todo el tiempo encerrada”. Después de una sonrisa franca, abierta, para no darle lugar a ningún pensamiento dudoso: “¿Con qué intención me preguntará eso?”... Y usted, como lo vengo aconsejando, tranquilo. Deje pasar los días, las semanas, los meses... No, parece que se me pasó la mano: los meses no. Déle más sogas al trompo. ¡Parece mentira! Tener que hacer esas cosas, indignas de un caballero. Y ella teje que te teje y con tanto trabajo en la casa de la amiga son capaces de abrigar a media humanidad. Pero ése es un detalle. No se ponga a sacar cuentas, porque está perdido. Cuando ella se quede con la cuchara de la sopa a medio camino, disimule nuevamente. No es el momento propicio para dar el golpe brutal en la mesa. Acuérdesse de sus leones: la dulzura “aguacha”, da seguridad. Mejor es: “M’hijita, ¿me puede pasar el pan?”, sin recalcar una sola palabra, una sílaba, porque cualquier detalle puede delatarlo. No hay duda de que se siente cómoda y ordena mentalmente el programa de la tarde. Fíjese, de paso, que casi siempre les hace bien engañar a su marido: engordan, pero no mucho; se les pone lustroso el cutis, como de porcelana; les brilla el pelo, se les suaviza la piel, se cuidan las uñas. Parece una fruta. Hay que reconocerlo. ¿Causas? Los senos desafiantes. ¿Se los tocará uno por uno o los dos a la vez? Y pensar

que así como odian al marido así quieren al otro. ¡Ley de las compensaciones! Siempre el otro es más fino (no más fresco, como está usted pensando). También hay que tener cierta objetividad para reconocer los hechos. Hay días en que ella parece una mariposa. Canta, arregla las flores, hace ejercicio, inventa pasitos de baile. Tápese la cara con el diario, hágase el desentendido. No haga el disparate de preguntarle: "¿Por qué amaneciste tan contenta?" (eso es lo que ella pretende). Ya el otro le ha insinuado a los dos meses de romance: "¿Por qué no le dices que quieres separarte?" Ella está buscando la oportunidad, quiere y no quiere, pero usted esté tranquilo, aplique el plan a la letra. ¿Qué es lo que tiene que hacer ahora?: muy sencillo. Ella llorará a solas (obsérvele los ojos), intentará escribir algunos poemas (horrorosos) dedicados al fulano, porque a usted lo ve cada hora más insignificante, más inútil, más pobre de espíritu. ¿No ve que el otro le ha metido todas esas cosas en la cabeza? La tiene amaestrada, bah, perdón. Cómo se reirán, ¿no? Usted a guascazo limpio con las fieras y ellos... ¿Le dirá mi leoncita? A lo mejor...

Ella, en un arrebató de ternura incontrolable (mezcla de cargos de conciencia y gratitud) le trae las zapatillas de casa. ¿No ve que todo no ha de ser sinsabores, odios y celos? ¿Cómo sabe si él se hace cargo? ¡El medio clavito! ¡Problema resuelto! Pero, no. Usted la quiere. Diez años casados son una buena prueba. ¿Qué pasó entonces? Esos silencios, la indiferencia, la rutina: hablar de cualquier cosa, la nueva gracia de *Turpin*, el león cachorro, sin esperar que ella se desnude. No, pues. Así no. Falta el engaño, la frase demagógica, clave. No importa que sea una vulgaridad: "Estoy loco por ti", o algo por el estilo. Pero ella despierta y lo alcanza a ver cuando usted, satisfecho, se va para su cama. ¿Es justo? Tiene que ponerse a llorar. ¿No ve que ella se había hecho tan-

tas ilusiones? Hay que sembrarle el corazón con engaños (qué rara palabra). Ella quiere ser el eje de su vida; tiene ambiciones. ¿Qué saca con encender un cigarrillo y leer después el diario de la tarde? ¿Que la conoce de memoria? ¡De acuerdo! Pero siempre hay algo..., ¿cómo decirle?, algo nuevo. Ella solloza, se desespera. ¿Por qué no se atrevió a decirle: "¿Oye, Isabel, qué te pasa?"? En cambio, el otro le debe hacer mil preguntas: ataca por aquí, por allá, jura que la entiende, la estimula. Juntos, siempre juntos conquistarán el mundo. En cambio, usted no sabe hacer ninguna gracia, y eso que se presenta en el circo como uno de los domadores más audaces de todos los tiempos.

Otro detalle: a su mujer, como a todas las mujeres, le gusta arriesgar. Una noche el fulano la acompañará hasta la puerta. Usted corra como tonto hasta el fondo de la casa, riegue las plantas, silbe, abra un libro, aunque los vecinos empiecen a murmurar o lo miren piadosamente. Para eso su mujer es suya. "Esos tienen tejado de vidrio con toda seguridad", contéstese. Es cuestión de ponerse a investigar, pero no. El honor, hmmm. Siga mi consejo. Usted ya tiene poco que perder. Ojo, ella ya debe estar preparando el tarascón, el zarpazo final, pero da la casualidad que en esa materia usted es un maestro. No estire mucho la cuerda, tampoco. Mire que el día menos pensado se va del todo y entonces, usted, desesperado, es capaz de soltar los leones. ¿Y qué culpa tiene el público? Cuando la situación se vuelva insostenible y usted vea que ella empieza a arreglar sus maletas o que él llega hasta el *living* o hasta el comedor y no lo saluda y se pone sus trajes y toma su trago y se lava los dientes con su cepillo, o-j-o, ha llegado el momento, creo yo. Vaya a la mercería y compre la cuestión. No una muy grande, una regular, como esas que usan los bomberos. Se la hace envolver como para regalo, con su papel de colores

y su rosita, y llega, dejando el paquete sobre la mesa. Ella cree que usted ha iniciado una ofensiva para reconciliarse. Que algún amigo (pensar que soy yo) le ha dado la fórmula para reconquistar a su mujercita.

Ella no podrá evitar preguntarle: "¿Qué has traído?" Y como siempre ha sido curiosa, pues, entonces deje que ella desarme el paquete y vea el "regalo".

Cuando ella retroceda algunos pasos, tapándose la boca, horrorizada, usted tranquilo; deje caer la frase como si fuera la gota de agua más pura:

—¡Un hacha!

No vaya a ponerse desafiante diciendo: "¡Un hacha y qué!" No. Eso sería fatal. Echaría a perder todo el plan. Usted recalca con toda inocencia: "Un hacha", con la misma naturalidad que diría "un sombrero", "una pipa". Simplemente un hacha. Eso es.

Ella le va a decir:

—M'hijito. Un hacha no nos hace falta.

¿Quiubo? ¿Tengo razón o no? Hasta aquí vamos bien.

Cuidado con decirle: *Eso es lo que tú crees*. Sería su perdición. No, calma. C-A-L-M-A. Bueno sería una enco-gida de hombros, indiferente. "Como si escuchara llover." Ella irá rápidamente a la cocina con cualquier pretexto para ganar tiempo. ¿No ve que mil pensamientos cruzarán su mente para torturarla? Sí, pues, así es la cosa. Ah, un detalle. Esta noche usted tiene que pedir un doble café; después le explico. Si ella trata de huir (tres posibilidades contra diez, estadísticas 1962-1964), no la deje. "Querida, a esta hora todo está cerrado, je, je" (incluso la morgue). Ponga música, búsquele conversación, no pretenda que coordine algunas frases lúcidas. Hay que ser humano. Ella no es torpe, sabe medir sus reacciones y todavía no entiende el juego (el jueguito, diría yo). Ponga música, como le dije hace un momento. ¿Qué pasa cuando usted entra en la jaula, látigo en mano? La primera reac-

ción es de cautela. ¿Pero cuál es el pensamiento del león? "Al primer descuido lo hago humear." No olvide esta observación.

Ella fumará más que de costumbre. Usted ni siquiera la mire de frente para evitar confusiones.

Espere.

Pero cuando entre al dormitorio, sígala, hacha en mano. Todo ocurre con pasmosa velocidad. Ahora si usted dice por lo bajo (tono de murmullo): "¡Ha llegado el momento!"... ¡No!, ¡con más energía, con más convicción!, con más seguridad en sí mismo, no como un artista principiante.

A ver, de nuevo:

"¡Ha llegado el momento!" (Carcajada siniestra.)

Está mejor, aunque no exagere tanto la risa.

Por fin:

—¿Y qué piensas hacer con el hacha?

Con toda naturalidad, indiferente:

—¿Con qué hacha?

—Con el hacha que tienes en la mano, *querido*.

¿Este *querido* no es completamente enternecedor?

—Ya veremos...

—Me parece tan, pero tan raro...

—Ah, sí. —Usted le mira la yugular—. Hacía falta un hacha en esta casa —dice para tranquilizarla.

—No veo para qué —insiste ella, temblando.

—Ya verás. —Es la primera amenaza directa.

Y ella piensa: "Esto es el fin"...

Mirará la puerta. Y usted, "clic", doble llave. Diga: "¡Por fin!" (este "fin" también es clave), con ira, con violencia contenida, casi entre los dientes, no como si fuera un gol de su equipo de fútbol favorito, no. Un fin sugerente, sugerente... Cuidado con dar la impresión de que ella tiene los minutos contados. ¿Para qué? Nada

de mostrar los colmillos y saborearse como el hombre de las cavernas. Demuestre que hasta para asesinar usted es un caballero. Después la rutina: lávese los dientes, soporte los sollozos. No haga preguntas. Fume. Apague la luz. Mírela en la oscuridad. Ella, como si estuviera sujeta a un elástico, se estira y encoge entre las sábanas. El tercer cigarrillo pone la atmósfera irrespirable. Abra, pero levemente, la ventana. Esto le dará un poco de confianza.

“¿Cómo no van a escuchar los gritos los vecinos?” Ella lo llama: “Oscar, *Oscarito*”, pero usted nada. Recuerde que está *sentido*. Está molesto. Simplemente no quiere hablar: saboree el silencio por primera vez en su vida. Es probable que la mano de su mujer lo busque. Tómese un dedito, pero suéltelo al instante. Nada de tentaciones. Como a las dos de la madrugada encienda la luz. Ella dará un brinco. No hay necesidad de ser brujo para adivinarlo. La historia se repite, amigo. Saque el hacha que *guardó* bajo la almohada. En algunos casos una carcajada ayuda bastante. Antes, tantea el terreno: no vaya a ser cosa que se le pase la mano y pierda la razón y termine columpiándose en la lámpara. Esto depende del temperamento, ¿y quién sino usted, fuera del amigo de la señora, la conoce mejor? Ella transpira, tiene las manos mojadas, gime, dice: “No, no . . . , por piedad”. Como en los episodios de radioteatro. Entonces usted empieza a agitar el hacha como si peleara con un enemigo, no tan imaginario, ¿no?, mueva el hacha como si astillara el aire: arriba, abajo, dando vueltas: ¡zas!, ¡zas!, ¡zas!, y el corte certero. Tenga piedad del enemigo. No lo pulverice. Sáquese un pelo y córtelo como si fuera mantequilla. Vuelva a la carga como si se defendiera del asalto de un león rabioso. Ella lo mira por el espejo, sollozando. Fíjese cómo instintivamente se lleva las manos al cuello.

El hacha casi no se ve, girando, revoloteando.

Ella gritará:

—¡Basta!

Esta escena la puede usted alargar o acortar a su antojo. Depende de su espíritu vengativo. Después, con la mayor naturalidad, *guarde* el hacha debajo de la almohada y póngase a dormir a pierna suelta.

Ella lo remecerá para despertarlo, pero cuidado con aflojar. Como si fuera una piedra, usted, firme: ni se mueva. Indiferente.

Al otro día, levantarse como siempre. ¡Déjela salir! ¡Volverá! Mil contra sencillo. ¿Sabe por qué *tiene* que volver? Porque el otro la calmará, y como no es tonto, sabe que ha llegado el momento de poner pies en polvorosa. Le dará dos o tres consejos; ella intentará una reconciliación (no acepte) o puede llevar a la casa algún pariente para que lo acompañe. (Esto último tampoco ocurrirá.) Siga sacando todas las noches el hacha. Hágala zumbiar, como si el enemigo se le fuera poniendo cada vez más difícil o escurridizo. Ella llora con doble motivo: porque fue a buscar a su amante y no lo encontró y sabe que no lo encontrará más y llora porque tiene los nervios rotos y completó tres noches sin dormir y espera la muerte en cualquier momento.

Se siente más sola que nunca, desdichada.

Llegará la cuarta noche o la quinta. Usted siga jugando con el hacha. Entonces, ella por fin hablará. No falla.

Le confesará que fue sin darse cuenta, que nunca quiso traicionarlo (detenga el hacha con cara compasiva, sólo con la amenaza en los ojos; ensaye antes esta escena en el espejo). Que él le doró la píldora, que él había jurado rehacer su vida, que no lo volverá a ver. Jurará hacerlo.

Usted, tranquilo.

¡No afloje el hacha por nada del mundo!

La gracia está en no contestarle una sola palabra.

Nada, ni una sola sílaba. Ella no huirá. Ese es el secreto.

La conciencia la tiene atrapada. Por eso usted va a la segura. Y que hable, hable..., hable.

Mírela bien, ella espera la muerte, está resignada, desea pagar sus pecados (como es lógico), y después de todo, fijándose bien, usted no va a encontrar otra mujer tan noble, tan dueña de casa, a la vuelta de la esquina. Además, esos muslos tan saludables, el cuerpo que vibra, anhelante, anhelante...

Acérquese, compréndala, háblele con dulzura, tratando de imitar al otro. ¿Cómo sabe si le resulta?

Ella le tomará la mano para seguir viviendo. Le recordará sus diez años de matrimonio. El día que se conocieron había un sol hermoso: "Recuerdas, *querido*, en el parque..." Eso sí, al otro día, al levantarse, lo primero que tiene que hacer, antes de que ella despierte, es botar el hacha.

LA MUJER DE GOMA

PERSONAJES:

La artista

Rufino Araya, alcalde de puerto

Grupo de pescadores

El mar

LUGAR DE LA ACCIÓN: Bar "*El Porvenir*".

LOS MUTUOS SILENCIOS

Nadie se dio cuenta cómo la mujer de goma se incorporó a la vida del alcalde de mar Rufino Araya. Un día apareció atendiendo el Bar y Restaurante "*El Porvenir*" y después, a la medianoche, al cerrarse el negocio, se quedó.

El administrador del circo en que trabajaba, en una corta reunión con los artistas, había dicho: "Hasta aquí no más llegamos", y horas más tarde aparecieron el síndico y la policía para embargar lo poco que quedaba. Entonces fue cuando la mujer de goma sin decir una sola palabra llegó con su maleta de fibra donde Rufino y casi con puras miradas se pusieron de acuerdo. El ni siquiera tuvo curiosidad por saber cómo se llamaba, sino que al día siguiente, al verla vestida, calculó que debía tener unos treinta años. Nunca hablaron de sueldo o algo parecido. Ella tomó a su cargo la cocina, la limpieza de los comedores y la atención del bar. Rufino empezó a tener más tiempo para jugar a la brisca. Una tarde se tomaron de la mano y hablaron de ampliar el local y la casa y hasta de la posibilidad de tener un hijo, todo dicho entre monosílabos, no por falta de entusiasmo o comprensión, sino porque parecían dos vidas dispuestas a iniciar una nueva etapa, pero sin hacerse muchas preguntas, sin sufrimiento, calladamente. Por eso su comunicación se cor-

taba días y semanas, aunque dialogaban por dentro, cada uno por su cuenta, haciéndose preguntas y contestándolas, trayendo en silencio los recuerdos, sus fracasos y los momentos de soledad, buscando el amor, a veces metiéndose en un cuerpo para edificar en torno a esa vida los pequeños planes, los hijos, las ambiciones no muy grandes.

A veces, estos sufrimientos tan distantes se juntaban con la ayuda de los ojos, la mujer de goma y Rufino purificados y sufrientes trayendo a la memoria los antiguos dolores, pero sin contar los detalles, tratando de comprender que los seres humanos se gastan en el duro oficio de la existencia. Ya no creían en el amor, pero aún no estaban endurecidos del todo como para no respetarse y repartir el futuro sin grandes ambiciones. Un día, tal vez el único, él le dijo que había perdido a su madre siendo pequeño, y ella a los nueve años andaba con un canasto vendiendo frutas por la calle. Después se detuvieron, no quisieron seguir avanzando por el temor a sufrir o recordar, no con las palabras sino evocando el pasado. Y cuando la gente los miraba uno frente al otro sin hablar, con la botella al medio, nunca se imaginaban que estaban conversando, que tenían mucho que decirse, pero a su manera, a veces con una mano apoyando el rostro y varias rayas marcadas en la frente que sufría, que estaba sufriendo y que seguiría sufriendo hasta la muerte. El resto del conjunto artístico del circo en bancarrota no tuvo más remedio que empezar a buscar trabajo en las fábricas conserveras del lugar. Don Calixto, el almacenero, adquirió la lona de la carpa, y desde Concepción llegaron algunos curiosos interesados en comprar el león que iba quedando, un elefante, cordeles, sillas, los instrumentos de la banda, algunos colchones, una colección de trajes de distintas épocas, sombreros, aparatos de gimnasia, varias brochas, carteles, pitos, tierra de colores, espejos, un hornillo, tres jaulas vacías, un látigo en regular estado, una docena de

ampolletas, dos candelabros, ropa íntima, colmillos-amuletos, una colección completa de "El Tesoro de la Juventud", tiza, una fiambarrera, tres naipes ingleses, la corneta de la victrola y el dominó.

EL OFICIO DE OLVIDAR

Sábado, día de pago y trajín, aglomeración en el bar, grupos sedientos. Sed áspera, por la dura jornada en el golfo de Arauco. Cuesta entrar a "El Porvenir". Hora de las empanadas picantes, cuando la mujer de goma anda de mesa en mesa con su pollera ajustada entre las risas maliciosas y los ojos que no le pierden pisada, viéndola contonearse, pero con tanta seriedad que no da lugar para una sola broma.

Se escuchan las pedidas:

—Traigan vino como para bañar caballos.

Empieza a levantarse la humareda, la transpiración que huele a ulte hasta que los parroquianos parecen flotar en medio de las gruesas nubes. La atmósfera se enturbia con los vapores, los borrachos adquieren una sólida transparencia, como si un rígido hilo de luz los recorriera saltando de un lado para otro, precipitándose en las botellas que lanzan los destellos más porfiados y breves, y es como si los borrachos se caldearan en el infierno, consumiéndose entre las brasas y blasfemias. Ningún movimiento tiene entonces seguridad, y se arma el caos con precisión, meticulosamente: los pasos, los golpes, las carreras, los gestos, los gritos.

Estaban caldeándose los ánimos: las viejas rencillas de los pescadores costeros (los que trabajan el pejerrey, el cauque, la jaiba) y los hombres que desafían la muerte buscando el dorado, "el mono", el difícil pescado de mar grueso no orillero.

Nada se entendía. Apenas un ruido cortante, voces en bloque, sin sílabas, lingotes sonoros, gruesas carcajadas. Se paró *El Cara de Pantruca*:

—Oiga, patrón, ¿me permite una palabrita?

—Diga, no más.

—¿Aquí está todo pagado?

—Sí, no se debe nada.

—Qué bueno. Fíjese que yo le traigo un recado a su mujercita.

—¿Por qué no se lo da a ella?

—Es que antes queremos pedirle permiso a usted, patrón.

—¿Para qué será?

—¡Oiga, no se vaya a ofender, don Rufino! Queremos que la patrona nos baile alguna cosita.

Se produjo un silencio expectante, mientras la mujer de goma se secaba nerviosamente las manos.

El alcalde de mar consultó:

—¿Y para qué quieren que les baile?

—Pa salir de la curiosidad, pa mirarla.

—Mire el capricho. ¿No saben que ella está retirada, que ya no es artista?

—Claro que sabemos. Por eso es que le estamos pidiendo el permiso para que haga esas mariguancias raras.

—¡Hace tanto tiempo que no ensaya!

—No importa, no importa, patrón.

—¿Qué dices tú? —preguntó Rufino a la mujer de goma.

Ella miró uno por uno el rostro de los pescadores, con detenida calma, como si los contara.

—Tú decides.

Los pescadores comenzaron a hacer sonar botellas, platos y cubiertos:

—¡Que baile, que baile!

—Es cosa de ella —se justificó el dueño de casa,

haciéndose el desentendido y limpiando el mesón con la malaya.

—Ya, pues, m'hijita —gritó alguien—. ¿Qué se demora?

Los pescadores:

—¡Que se ponga el traje, que se ponga el traje!

Reunieron las mesas, haciendo un ruedo, preparando la victrola. Sólo Rufino permanecía serio, junto a la caja, mientras la artista había partido al interior. Los pescadores apuraron el trago con la vista fija en la puerta, hasta que volvió a aparecer la mujer de goma con el mismo traje rojo que le habían visto hacía cinco años. Era una noche de lluvia cuando en el centro de la arena saludó a la concurrencia y tal como ahora empezó a quebrarse, bandeándose y costaleándose, tiritando como si tuviera frío, templando los nervios. Su cabeza rubia aparecía por donde menos se pensaba, para desaparecer después con la misma facilidad, sujeta de las manos, partiendo sólo con una parte de su cuerpo, dejando olvidado el saldo, con mayores y confusos impulsos y otros desórdenes, otros quebrantamientos, otros ovillos de locura, como si muchas mujeres se estuvieran hundiendo en el barro y manotearan para salvarse, moviéndose con desesperación para nacer de nuevo.

Uno de los curados pensó en alta voz:

—¿Eso mismo le hará en la cama al Rufino?

—¡Basta! —gritó el dueño de casa.

—Otro poquito —rogó un pescador que se había sentado en el suelo para no perder un solo detalle del espectáculo.

—He dicho que basta, y se terminó.

La mujer de goma comenzó a desenredarse:

—Rufino, ¿cuánto tiempo he esperado este momento?

—Sí, ya sé —fue la seca respuesta.

—Un poquito más. Sólo un poquichicho —imploró alguien, burlándose.

—¿Qué fue lo que prometiste cuando te recogí?

La mujer de goma permaneció silenciosa, reconociendo después con tristeza:

—...que nunca, nunca más me presentaría en público.

—¿Te acuerdas, no?

Insistió ella:

—Tú bien sabes lo que esto significa para mí.

—Si no se le va a gastar la mujer, ¡ñor —gritaron.

—Eso es cosa mía —contestó Rufino.

—Cuando sea rico le voy a comprar un circo para usted sola, m'hijita (ja, ja).

Colocaron otro disco. La mujer de goma continuó el baile, desafiando la orden del dueño de casa. El grupo de curiosos se estrechó aun más.

—Ya pues, otro meneíto.

—Ay, ay, ay.

—Pa mí, éste pa mí...

—¿Dónde está mi gallinita ciega?

—Con las ganas que tenís de matar la gallina (ja, ja, ja).

—¿Dónde se me fue, ricurita?

—Aquí, aquí, mi perra.

—Cállate, confiancita.

Gritó Rufino:

—Te vas para adentro o no respondo.

—Déjala trabajar, ignorante —le contestaron.

—Te gusta tenerla amarrada para ti solo.

La mujer de goma se deslizaba por el suelo con creciente violencia, multiplicando sus movimientos, ahora más provocativa, insinuante, como si intentara destrozarse, metida dentro de su propio vértigo, doblando su columna de papel.

—Te estoy ordenando —repitió Rufino, más amenazante, pegándole el primer trancazo en la cabeza.

Se escuchó un golpe seco, parecido a una bolsa con correspondencia cayendo al suelo desde un camión de correo. Después del segundo trancazo, la mujer de goma pegó un grito, retirándose entre sollozos, haciendo una reverencia, agradeciendo los aplausos, los silbidos de admiración.

Rufino llegó al poco rato a consolarla. Estaba arrepentido y orgulloso, pero prefirió quedarse callado. Se puso a mirar el mar mientras ella, a su espalda, se sacaba la ropa de artista, el “buzo” de mujer de goma.

Los sollozos disminuyeron y los hondos suspiros decrecieron lentamente, como se hacen más leves la nostalgia y la melancolía.

Ella lo tomó de la mano y juntos contemplaron el mar, esta vez con un nuevo silencio. Juntos miraron el vuelco de las olas, su compás y destrucción, dejando que el mar los armara y desarmara por dentro, hasta que las olas comenzaron a caer en sus entrañas con más calma, como esos días tranquilos en que el mar no parece mar, como cuando la alegría es tan grande que no parece alegría.

LOS MAESTRITOS

PERSONAJES:

Dos expertos en electricidad

Fámula con cofia

LUGAR DE LA ACCIÓN: *Barrio alto de una ciudad.*

Los primeros experimentos llevados a cabo en Leipzig en relación con la bomba atómica estuvieron perseguidos por la desgracia. El físico Döpel, al desconocer las cualidades químicas del uranio, pretendió manipularlo con una pala de metal, ocasionando así un pequeño incendio. Al echarle agua al fuego se extendió aun más, y tuvieron que acudir a toda prisa los bomberos.

* * *

“Slotin solía realizar los experimentos sin servirse de ninguna protección especial. Los únicos instrumentos que empleaba eran dos destornilladores, mediante los cuales, con un cuidado extremo, deslizaba dos semiesferas por encima de un rail. Tenía que conseguir con infinita precisión el “punto crítico”, es decir, el momento en que se desata la reacción en cadena, el cual se interrumpía de pronto en cuanto volvían a separarse las semiesferas. Si el manipulador rebasaba este punto o si no reaccionaba con la suficiente celeridad, la masa podía volverse “supercrítica”, ocasionando la explosión nuclear.”

ROBERT JUNGK

“Más brillante que mil soles”.

* * *

Por fin dieron con la mansión de cinco pisos. El maestro de la talega tocó el timbre; vieron después a una fórmula de blanco y negro con cuello de hule que sonaba al caminar por el almidón del uniforme.

—Aquí le venimos a arreglar el wuafle —dijo el electricista para impresionar, mostrando el alicates y el soquete.

—Cuidado con pisar las flores —advirtió la empleada, al observar el paso balbuceante de los dos técnicos, que apenas tenían fuerza para levantar sus enormes zapatos sin taco, amarrados con alambre y cáñamo.

Las visitas se pegaron un codazo de mutua sorpresa mirando las áreas verdes, los juegos de agua, las plantas y las aves exóticas, las caballerizas.

La mujer de blanco con cofia los hizo pasar por la entrada de la servidumbre.

—Estamos en pana, fíjense —dijo ella.

—Igual que nosotros —fue la respuesta—. ¿No tiene del blanco?

—Este es el plato que no me funciona —señaló la empleada doméstica con un gesto distraído.

—¿Y cómo le va a funcionar, mi linda, si tiene cambiado el circuito? —aseguró el maestro electricista dando una mirada panorámica al artefacto.

—¿El berilo? —consultó el otro maestro.

—Yo creo que es el plutonio —contestó el electricista con tono preocupado.

—Ah, eso sí.

Vaciaron la talega: queso duro, la Biblia, alambre, plomo, grasa de carreta, la teoría de la relatividad de Einstein, un enchufe y la partitura original de la Sinfonía N.º 36 de Mozart.

—Déjeme ver por este lado —agregó el profesional con viva curiosidad.

—Pero no tiene por qué levantarme la enagua — protestó la mujer.

—Es que ando un poco fallo a la vista —se disculpó el experto.

—Lo que pasa es que se ha producido una desinteligencia entre los polos —confirmó el ayudante.

—U sea —recalcó el otro—, tenemos una relativa modulación en la parte sensible del instrumento. —Se secó la saliva del dedo en la chaqueta.

—Porque todo es relativo, todo es relativo —repitió el ayudante.

—El polo sur choca con el norte y entonces ¡chuiff!

Perdía aire al hablar, pero se entendió con claridad lo que quiso decir.

—U sea que mientras la corriente entra por un polo sale por el otro y en eso se lo lleva y por eso usted no puede cocinar, ¡m'hijita rica!

Ella hizo sonar las pestañas como exclamando para sí: "Cuidado, no me vaya a creer". Después agregó para desviar la conversación:

—¿Necesitan alguna cosa?

—Mire que no vamos a necesitar —contestaron al mismo tiempo—, ¿será del tinto, no?

—A ver, maestro —ordenó el jefe—. Demos vuelta la cocina para medir el grado de la radioactividad.

Trabajaban con rapidez, con aparente pericia.

—Es grave la cosa —le confirmaron a la empleada, después de terminar el prolijo examen valiéndose de un estetoscopio.

—¿Pero tiene remedio, no?

—Pa eso estamos nosotros. A ver, maestro —ordenó—, prenda el soplete.

Hizo un cálculo en voz alta:

—Si le rebajamos el imperaje ya vamos a andar en los veinticinco watos.

—Siempre que quedemos vivos con la explosión — agregó el ayudante con toda naturalidad.

—Lo importante es que el wuafle funcione. Porque si el wuafle anda mal todo anda mal.

—¿Y usted es soltera o casada? —preguntó el que tenía el alicates en la mano.

—¿Yo? Solterita.

—Se le nota a la legua —contestó el ayudante, que estaba encargado del soplete.

—Páseme la Biblia —ordenó el jefe.

Leyó al azar: "Pues he aquí que el día de mañana, como a esta hora, haré llover granizo de tal manera grave que nunca habrá otro como éste en Egipto, desde el día en que se fundó hasta el presente..." "Yo te he invocado y tú me responderás".

—Así ya no estamos tan solos —fue la única explicación del maestro en el momento en que cerraba el libro.

Al poco rato la cocina quedó destripada, hueca, con los hoyos vacíos de los platos.

—Vamos a simplificar el sistema —dijo uno.

—Para que el wuafle alimente todo el circuito, dice usted.

—Eso mismo, aunque tengo mis dudas.

—No, maestro. Así vamos bien. ¿No ve que es el dinamo el que no permite que trabaje el amplificador?

—Acuérdese —advirtió por lo bajo el ayudante— que no es nada una vitrola la que estamos arreglando, es una co-ci-na.

—Es la misma cuestión, la misma técnica.

—También es cierto.

—¿Dónde está la diferencia? Mientras en la vitrola la corriente se va de un viaje a un solo plato, aquí alimenta a los cuatro.

—Y queda la pata de pollo, como quien dice.

—Yo no entiendo ni palotes de lo que están conversando —advirtió la fámula.

—Usted perdone —dijo el más caballeroso de los maestros—. Son términos propios de la profesión, cosa de científicos, de hombres sabios. Y eso que todavía no le hemos nombrado el uranio.

—Ni el neutrón tampoco. Así hablamos los que le hacemos a la numismática.

—No, oh. A la cibernética.

—Eso mismo.

—¿Con qué les puedo hacer un cariñito? —preguntó ella.

—Ah, ya es cosa suya —contestó el que tenía la Biblia en la mano, poniendo la mejilla izquierda.

—¿Les vendría mal un blanquito?

—¿De ese que toma el patrón?

—Del mismo —contestó la fámula con cierto orgullo de dueña de casa.

—Bájele el volumen al soplete —ordenó el jefe—. Mire que ya tengo estudiada la pana y vamos a empezar a soldar.

—¿Los interrumpo? —preguntó la mujer, ofreciendo el vino en dos grandes vasos.

—¿Cómo, y usted?

—Yo los acompaño después —prometió ella.

—Aunque sea mójese los labios —exigió el más experto.

—No vaya a ser cosa que me cure —dijo ella, aceptando.

—¿Qué le va a hacer? —insistieron.

—Ahora vamos a armar la cuestión —anticipó el ayudante.

—Tenga el plomo, firme.

Las llamas del soplete comenzaron a ablandar el material: las gotas caían chirriando sobre los alambres.

—La cocina le va a quedar como nueva.

—Sí, ya veo —confirmó la fámula con entusiasmo.

—¿Y a usted cómo le vendría una soldadita? —le preguntaron.

—No me digan esas cosas —coqueteó—. Miren que no soy de fierro.

—¿O no es verdad todo lo que se ve?

—Sí —contestó con el rostro encendido—. Las de “ella”, no.

—No me diga. ¿Y de qué son?

—Son con relleno.

—¿Como papita rellena entonces? ¿Será porque a lo mejor no es nueva, porque la patrona está medio retirada de las pistas?

—Por eso tendrá que ser —concluyó la fámula con cierta inocencia.

—Tenís que tener más cuidado —alertó uno de los maestros.

—¿Qué es lo que te pasa?

—Fíjate pa qué lado apuntái con el soplete.

—“Ella” usa pestañas postizas también.

—No tiene nada propio.

—¿Y con qué se amarra las pestañas? —inquirió el más ingenuo.

—Yo creo que con goma de pegar.

—Debe ser con cemento —calculó el otro técnico.

—Güeno, vamos a conectarle el wuafle.

—Echale otra luquiada a la Biblia, por si acaso —aconsejó el ayudante.

—Tiene toda la razón, maestro. Vamos viendo: Salmos, capítulo 18: “Subió humo por su ira, y luego procedente de su boca, ascuas se encendieron de él...”

—Ojalá resulte cierto —agregó el otro maestro.

Observaron las guías de los alambres abriéndose en cuatro direcciones.

—Ahora vamos a rematar el trabajo —dijo el maestro que había leído la Biblia—. Páseme el soplete.

—¿Que no ve que no puedo, maestro?

—¿Qué le pasa, ayudante?

—Chih, qué me va a pasar. ¡Me entró la parálisis, la polio! Se me puso dura la mano, se me agarrotaron los dedos.

—Por falta de elemento —dice usted.

—Por la absoluta escasez de berilo.

—Miren, qué torpe soy —dijo ella, dándose cuenta de la indirecta—. Sírvanse con toda confianza.

Les llenó los vasos.

—Pero esta vez no le vamos a aceptar tomar solos.

—Lo que ustedes quieren es tentarme.

—No, no. Nada de eso.

—No vaya a ser cosa que se me caliente el hocico —confesó ella con toda delicadeza.

—Por usted, m'hijita —saludaron los maestros, haciendo sonar los vasos.

—Por ustedes —contestó ella—. Para que todo salga bien.

Reiniciaron el trabajo, ordenando las piezas.

—Vaya a dar la corriente —ordenó el maestro que dirigía la obra.

Se creó un rápido suspenso, escuchándose un chirrido agudo como la frenada brusca de un camión cargado que hace una maniobra para evitar el choque con un ciclista.

—Parece que no enciende —dijo el ayudante.

—Vamos a tener que recorrer todo el circuito —se justificó el otro maestro—. Hay una disparidad en la alimentación de los neutrones.

—Parece que no estamos nada inspirados. Esa es la cuestión —confesó el ayudante.

—Entonces abramos al tiro la otra botella —se adelantó la fámula.

—A lo mejor nos perturba la mente —comentó el más hipócrita—. Pero ya que usted insiste...

—Me está entrando la duda —dijo la mujer viendo el desorden en la cocina—. ¿Quedará bien el artefacto?

—Mire que no. Si nosotros dos somos nacidos y criados en la cuestión. Descendimos de maestros electricistas. Mi abuelo le pegaba también, y ¿sabe qué más?, ni la continua ni la alterna le hicieron una desconocida. Nunca los patió siquiera.

—¿Pa qué lado está el norte? —preguntó uno de los maestros.

—Me parece que a su espalda —contestó la fámula con cierta inseguridad.

—Claro, claro —se contestó a sí mismo el maestro. Atornilló con fuerza una de las llaves de la cocina.

—Péguele con el alicate —ordenó el otro maestro.

—¡Por fin! Faltaba el ajuste. A ver, maestro, aplíquese por este lado.

Se pusieron a escuchar reforzando el oído con la mano.

—Humito sale —dijo uno.

—Y olor a quemado también —agregó el otro.

—Pero si es el refrigerador —gritó ella.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de los maestros con aparente tranquilidad.

—¡Está saliendo fuego del refrigerador!

—Con este invento nos hacemos ricos, maestro.

—Oiga, parece que se le pasó la mano, fíjese. Los platos de la cocina están helados como la piedra.

—No me diga.

—Toque, toque. ¿Que no se está formando hielo encima?

—Pero no ahí —advirtió la fámula, preocupada.

—No me diga nada más, maestro. Ya la pillé: es el trifásico.

—Yo diría que la falla anda por el lado del barbitúrico.

—¿También puede ser, no? Algo de eso hay. Parece que juntamos el alambre que era con el que no era.

—A ver, bájele un poco la potencia al transformador.

—¿Así?

—Otro poco, otro poco —exigió el técnico, moviendo la mano para que el ayudante regulara la operación—. Perfecto —confirmó.

Un mozo con tongo lustroso y guantes entró a la cocina, agitado:

—¡Está saliendo agua hervida de la manguera! El jardín está hecho una miseria. ¡Se quemaron todas las plantas!

—Cierra la llave, pues, aturdido —le aconsejaron al sirviente.

Se escuchó un nuevo cálculo mental.

—A ver —ordenó el jefe a su ayudante—. Abra la llave de paso y cuando empiece a salir el agua, ¿ah?, pegue el grito.

—Pensar que la cocina no enciende y yo me estoy quemando por dentro.

—Aguántese un segundito —dijo la fámula ajustándose la cofia—. ¿Qué me demoro en llenarles los vasos?

—Oiga, m'hijita. ¡No sé qué daría por ponerle piezal

—Fíjese bien en lo que hace —argumentó ella, desviándole las manos—. No juegue con fuego.

—Me estoy quemando vivo —gritó el ayudante desde lejos—. ¡Se me quedooooooo el dedooooooo pegado en laaa mangueraaaaaaaaaa!

Miró por la ventana: el ayudante estaba rodeado

por una impresionante nube de vapor, como una tintorería el viernes por la noche.

—No hay duda de que algo anda mal.

—¿Qué le pasa, ñor?

—¡Estáaaaa saliendo músicaaaaa hervidaaaaa por la mangueraaaaaaaaaa!

Puso el oído en los platos.

—Magnífico —dijo, sin dar mayores explicaciones.

—¿Que no está saliendo música por la cocina? —consultó incrédula la mujer de blanco.

—Tal como lo oye.

—¡Por Dios que es diablo usted!

—Ahora podrá cocinar llevando el compás —aseguró el técnico con orgullo—. ¿Y qué nos demoramos en bailar?

—Ah, no —contestó ella con cierta reticencia—. Yo no le bailo el valse.

—¿Y qué es lo que le gusta bailar entonces?

—Alguna otra cosita más movida.

—Ah, de eso me encargo yo —aseguró el profesional.

—Sí, sí —dijo ella—. Pero no se olvide de poner la música.

—Oye —dijo el maestro que venía del jardín—. Está quedando la crema. Ahora se congeló la manguera, quedó como palo.

Comenzó a sonar el teléfono.

—Debe ser “ella” —advirtió la fámula, levantando el teléfono blanco.

—Dios mío —alcanzó a decir en el momento en que le saltaba un chorro de agua en el rostro.

—Entonces no es nada el trifásico —concluyó el maestro—. Me con que tiene que ser el wuafle, no más.

—Aló, aló —exclamó la mujer con cofia, secándose la cara con un pequeño pañuelo.

—¿Agua fría o caliente? —preguntó el electricista más minucioso.

—Fría como el hielo —comentó ella con cierto escándalo—. Miren cómo me están dejando la casa.

—Déjeme tener un cuadro exacto de la situación —dijo el más experto—. En la manguera tenemos agua caliente: correcto. En el teléfono, agua fría: correcto. En la cocina tenemos música: correcto.

El ayudante empezó a buscar la botella.

—¿Sabe dónde está la pana?

—Aquí —dijo el maestro más sediento—. Aquí en la garganta.

—Póngase la otra, amorcito —pidió el más comedido—. Después a la salida arreglamos.

—Digo yo, maestro. ¿Y si invertimos los polos?

—El agua subiría entonces por el circuito del teléfono, ¿no?

—No importa. ¿Y qué nos demoramos en desviar el chorro a la vitrola?

—¿Con el sistema?

—Con ese mismo —contestó el más satisfecho de los maestros.

—¿Sabís que más? —dijo uno de los electricistas bajo cuerda—. Apreta.

—¿Qué querís que aprete? —preguntó el otro con toda inocencia.

—Que apretéis el acelerador. ¿Te dai cuenta la media embarrada que hicimos?

Uno tomó la talega y buscó la puerta mirando el techo, estrujando la punta de la chaqueta, tratando de disimular.

—Mire cómo son las cosas —dijo el otro maestro—. Vamos a tenerle que hacer un recorrido completo.

—Pero no aquí —dijo la fámula—. Yo tengo libre el domingo.

—Déjeme explicarle —continuó el experto, que ya había quedado solo—. Tenemos que ir al mismo origen de las cosas. U sea a la postación de la calle. De ahí viene la pana, fíjese.

—Vayan y vuelvan —contestó la empleada con entusiasmo—. Los voy a esperar con algún postrecito.

El electricista comenzó a despedirse como si estuviera en algún andén, ya levantando la mano, ya sacando el pañuelo agitándolo vivamente emocionado, casi con lágrimas en los ojos. En el momento en que abrían la pesada puerta de hierro apareció la dueña de casa con un impresionante sombrero de rejilla.

—Papú, papú —gritó uno de los maestros apretándole los falsos senos vacíos.

—Y era cierto —dijo el otro, pegándole un tirón— que tenía las pestañas postizas.

Después se escuchó el traqueteo de sus enormes zapatos haciendo sonar la acera, dejando atrás las voces amenazantes.

EL AURIGA TRISTAN CARDENILLA

PERSONAJES:

Tristán Cardenilla

Un caballo

Popea, su mujer

LUGAR DE LA ACCIÓN: *Barrio estación sureño.*

PRIMERA PARTE

...se ríe del caballo y su jinete.

JOB, 30, 18.

“¿Para qué sirven los viejos”, se preguntó, tratando de ubicar el dolor en el pie. Con la lluvia se mojaban el camastro, la silla de mimbre del dormitorio, el ropero de madera terciada, la mesa coja, las amarillentas cortinas de la pieza y la foto de su abuelo, también auriga.

Sentóse el anciano. El ruido del temporal terminó desvelándolo.

Relinchaba el caballo al fondo de la casa, mientras el hombrecito iba y venía apurando el fuego con la boca en medio de la humareda, tiznando aun más el espejo roto, los zapatos destripados, y su mujer, la Popea, durmiendo de bruces, sin sentir.

Después la rutina: acercarse al caballo, saludarlo con recias palmadas —crap, crap, crap—, ponerle los arneses, tomar una taza de agua caliente, salir al trote a la estación, y esperar entre el gentío y la lluvia la llegada de los trenes.

Así pasaron los años de la vida¹.

Tristán Cardenilla, triste, incomprendido. El caballo, meditabundo, viejo, y la Popea, el otro miembro de la familia, durmiendo o llorando.

Todo había cambiado con el correr del tiempo, y hasta el pulso del auriga ya no era el mismo. Ahora tomaba las riendas en otra forma, le faltaban seguridad, energía. Y hasta el castigo al animal y el sonoro "chui-chui-chui", para que apurara el paso, eran distintos. Desganado, casi sin voluntad. También el animal no tenía esa partida briosa de antaño. Ahora temblaba al frenar de golpe², sudando en todos los recorridos, aun en los más cortos, echando espuma por la boca.

¿Hasta cuándo resistiría?

Cada nueva semana la ración era más mezquina: menos pasto y más agua. Tristán ya no lo miraba con la comprensión de antes, sino con vergüenza culpable. El caballo se daba cuenta de la situación, sin poder hacer nada por remediar este conflicto de la conciencia del auriga, que eludía toda explicación, sentado en la acera, mirando largas horas el paso de los modernos vehículos.

El auriga también estaba flaco. Comía de vez en cuando un pejerrey frito, uno solo, astillándolo fibra por fibra, como si fuera un gorrión, mojando en las noches un pedazo de pan duro con medio pato de vino³.

—Por aquí, por aquí —gritaba haciendo sonar las manos.

Los pasajeros se sorprendían al mirar las costillas del animal⁴.

—¡Estamos listos! ¡Subirse al chicoteado!

—¿Llegaremos?

—Mire que no vamos a llegar. Flaco pero firme.

—¡Apure el machucado, ñor, antes que se haga de noche!...

El animal se cimbraba con el peso de la carga, como si fuera a quebrarse, dejando la impresión de que iba separando enormes cantidades de agua, cortando fuego, pateando aire.

Una tarde se terminó el pasto. El auriga miró al

caballo con más vergüenza que de costumbre, con ojos dóciles y rebeldes a la vez, silencioso, deshilachando una pajilla.

El caballo acusó el impacto, sintió un vacío en el estómago, tal como la necesidad de tener un dios que debe experimentar un penitente extraviado: un hueco, la dimensión espiritual, un aguijón golpeándole las tripas. La forma y el volumen del hambre.

—*Estás perdonado* —pudo haberle dicho el caballo. Y lo dijo:

—*Si no hay, no hay.*

Bebería más agua que de costumbre para engañar el estómago. Sacrificaría su parte hasta los extremos más inconcebibles. Bestia y hombre, como es costumbre, seguirían compartiendo la misma deshonra del hambre, dorados por el último sol de la tarde.

En la casa, la Popea estaría vociferando, porque el auriga partió sin dejarle una chaucha para el almuerzo:

—*¡Con los amigotes sí que eres manirroto! No te importa gastar, aunque yo ande a la huila. No tengo ni un polvito que echarme. ¡Parezco pantruca por tu culpa, viejo inútil!*"

Para evitar estas escenas era preferible quedarse en la estación, mirar los pasajeros, esperar, recordar, dormir.

Cuando Tristán entraba al bar a pegarse el cañonazo, el caballo prefería mirar para otro lado. Después de todo, un hombre que se siente solo, incomprendido, sin plata, tiene derecho a ponerle, pensaría el caballo.

Cruzaban la ciudad a duras penas, pasando por el Matadero, donde un día se conocieron. El caballo ya estaba en capilla para ser sacrificado y relinchaba de pavor. Las vacas, olfateando la sangre fresca, esperaban su turno con resignación. ¿Usted ha visto morir un caballo, cuando el matarife lo persigue con un chuzo y empieza a

golpearlo como si quisiera enterrar un clavo en un pedazo de fierro? Observe primero los ojos de las vacas. ¡Cuánta burla en su mirada sentenciosa! ¡Ya te llegará el turno!, parecen decirle al matarife, sentencia que habitualmente se cumple. En cambio, al caballo le relampaguea todo el cuerpo, tiene miedo a la muerte, se le sueltan por separado los tendones, los muñones, los huesos⁶, hierve, tiene frío, ira: no conoce la resignación.

SEGUNDA PARTE

En el hambre te redimirá de la muerte.

(JOB, 5, 20)

Hace quince años, esa madrugada, el caballo me estaba esperando, y eso que no nos conocíamos.

—¿Cuánto vale el animalito? —consulté simplemente “hecho”.

Unos ñatos se acercaron como para escuchar otra vez la pregunta, sin saber que había llegado al Matadero por equivocación después de discutir con la Popea. Para variar, nos dijimos de todo. Salí de la casa y empecé a hacer las estaciones. Entraba en cada bar del caminó tomándome la caña, hasta que llegué al barrio Puchacay.

—¿En qué va a ocupar el matungo? —preguntó alguien.

—Esa es cosa mía —contesté.

—Es un clavo.

Y el caballo escuchando.

—Si quiere, lléveselo por veinte mil pesos —dijo el martillero.

—¿Veinte mil?

Escupí los billetes antes de empezar a contarlos.

—Me lo llevo; trato hecho —confirmé, sin pedir rebaja.

Hicimos varios aros en el camino, yo empinando la caña y el caballo muerto de la risa, entre quiñazo y quiñazo, tierno, agradecido, moviendo la cabeza y la cola, pasándome la lengua por la cara. En una de éstas, me puse a contar la historia alrededor de unos fudres, y los que estaban más emparafinados empezaron a llorar como niños chicos rodeando con los brazos a la bestia, hasta que llegaron los carabineros y nos dispersaron. Me sentía orgulloso del caballo, igual que si fuera hijo mío, y lo miraba de arriba abajo, como se debe mirar una casa propia que uno termina de pintar por primera vez. El caballo la revolvía raspando la tierra, cruzando las patas, ufano, dispuesto a trabajar en lo que viniera, incluso horas extras, pero sin cobrarlas, claro está. Eso se le notaba en la cara.

Ahora era necesario preparar el terreno para evitar que la Popea pusiera el grito en el cielo. ¡Ella, que era tan sacrificada y soñadora y que durante tantos años había juntado la plata chaucha sobre chaucha para el pie del terrenito! ¡Y yo la media embarrada que fui a hacer! ¡Comprar el caballo! Ella siempre cuenta que me tiene lástima, que la manejo sin ropa y sin dientes, que ando amurrado, que no me entiende, que no tengo otra mujer, pero que ando raro, que no hablo, que tomo y tomo, que el día menos pensado me van a encontrar muerto en el bar. Que no es vida la que vivimos. Y todo esto porque una vez, cuando estaba haciendo méritos en el circo para ser payaso, me pusieron a cuidar el león. Estaba tan flaco el pobre, que el administrador tenía miedo de que se lo robaran. Yo me llevé el botellón a la jaula y nos pusimos a tomar a medias, y cuando amaneció no estaba. A mí me echaron, cortando mi carrera profesional. Me desmoralicé y nunca pude explicarme por qué el león no pegó ni un

rugido siquiera cuando se lo llevaron; tal vez porque era tan humilde como yo. Era medio mongólico el animalito: quedó así después que nos pilló un terremoto en Nipas y le cayó una tremenda viga en la cabeza y entonces empezó a transmitir como esos boxeadores que tienen la radio mala cuando les entra gente al patio. Hablaba de puras grandezas, en el Africa. Y aunque le arreglaron la cabeza ya nunca fue el mismo, y después le vino la amnesia y no se recordaba ni del nombre de su abuela, y lo peor del caso es que decía que era gato, renegaba de su condición de león. Esto nos tenía amargados a todos, porque ya no sabíamos qué inventar para convencerlo de que era bravo, y cuando lo sacaban a la pista de aserrín se lo pasaba bostezando, aullaba, piaba y el domador hacía el gran ridículo, y la gente se moría de la risa, pero el león no se daba por enterado y todos sufríamos por igual.

Anduve cesante algunos meses y cufifo. Usted sabe, en el Sur no falta. La Popea me sacaba la ropa y los zapatos y con la botella de tinto, pero vacía, improvisaba un guatero y después se ponía a preparar un locro falso con hartos ají y su huevito caído, pero mostrando la cara larga, refunfuñando.

Así seguimos viviendo. Un día parando la olla y otro no, pidiéndoles a los vecinos algún huesito sobrante, un poco de té de segunda mano, para sacarle el jugo y calentar el estómago, que es lo principal, porque la mujer tiene que estar con uno en las buenas y en las malas, y si hay puras malas, ¡qué diablos! Y si se va, uno queda con más ganas de tomar, y total, ¿qué saca? La Popea siempre regresaba, y entonces vamos pidiendo fiado su litrito o dos para celebrar el acontecimiento, porque llorando uno se explica mejor. Ella juraba que me tenía mal criado con la caña, aunque yo trataba de convencerla diciéndole que tomando uno anda calentito por dentro y algo de estas

brasitas le tocan a ella, que parece piedra por las noches, ya a los sesenta años.

—Aquí estoy, Popeíta —dije llegando montado.

—Sí, ya lo veo —contestó, echándole una mirada al caballo.

—Es nuestro.

—¿Nuestro?

—Sí, tuyo y mío —le expliqué para consolarla.

—De tu abuela —me contestó con rabia.

—Bueno, de tu abuela, tuyo y mío.

—¿Y para qué queremos esa jiltrafa? —gritó.

—Nos ayudará a trabajar.

—Si está que se cae de calambriento —protestó la vieja.

—No creas —traté de seguir defendiendo al caballo, que se sentía harto mal por el giro que tomaba la conversación.

—¿Cuánto te costó?

—No, si me lo regalaron.

—Sabís qué más: regalado está caro.

—Popea —le dije—. Cuidado, que entiende.

—Ah, ¿sí? ¡Qué va a entender ese tontorrón!

El caballo se rió, cómplice, encogiéndose de hombros, guiñándome un ojo.

—No ve, ¿no ve?

La Popea se anduvo asustando.

—Pero, viejo loco —dijo—. Si no tenemos para comer los dos. ¿Qué le vamos a dar a este pobre animal?

“No se preocupe —parecía contestar el caballo—. Ya nos arreglaremos de alguna manera.”

—¡Saldremos a vender el pescado a caballo!

—Torrante, ¡tenís delirio de grandeza!

—Escucha, Popea. Si andamos más rápido, más vendimos.

—Ñe, ñe, ñe —remedó ella con su boca fofa.

—¿Qué haremos —pregunté— para que nos dejen entrar?

—Yo o el caballo —exigió la vieja.

—Ni tonto —le dije—. El caballo.

—Desalmado, yo que... (etc.)

—No es para tanto, señora. Hay que marchar con el progreso.

—¿Cuánta plata te sobró, botarate?

El caballo miró para otro lado.

—Ni cinco, Popeíta.

Me tiró una botella.

Empezó a llorar:

—Bueno, por esta noche, pasen. ¡Pero que me condene si mañana no los echo a la calle! *Mira cómo ando yo, escondiendo las chauchitas y el cabeza de tiuque* —así me llama cariñosamente— *¡comprarse un caballo! ¿Es que tenís los alambres pelados, uiste? Tenís que devolver el caballo, ¿uiste? Un terrenito es lo que nos hace falta. Pa tener siquiera donde caernos muertos, ¿uiste?*

—Ah, no —dijo el caballo con tono resuelto—. Yo me voy.

—Usted se calla —le dije con voz autoritaria—. A esta vieja me la conozco de memoria —agregué para confortarlo en la hora de prueba.

—Pero si vamos a pasar como el perro y el gato, yo me voy —sostuvo.

—Yo te aseguro que no —insistí.

"Popeíta —argumenté, una vez que el caballo quedó en el galpón destartelado—. Tenemos que mirar el futuro con ojos realistas. Ponte que mañana no salga más la sierra y la pescada. ¿Dónde iríamos a parar? Mientras que con el caballo vamos a capitalizar algo, ahorrar no sólo unos pesos para comprarnos un terrenito, sino hasta una casa propia.

—¿Cierto? —preguntó la vieja abriendo los ojos.

—Cierto —le contesté—. Y quién te dice que el día menos pensado compramos un segundo caballo y después un tercero y terminamos poniendo una fábrica de caballos, ¿ah?

Pero la Popea no aflojó, y al día siguiente se mandó a cambiar temprano.

Llegué a la playa y los pescadores al verme montado se impresionaron y tuvieron más confianza y hasta me fiaron un canasto de "mono", por primera vez en la vida.

Grité como condenado por los cerros, golpeando las puertas desde arriba del caballo, explicándole a cada cliente que habíamos ampliado el negocio, que estábamos dispuestos a vender a domicilio desde un pejerrey hasta una tonelada si llegaba la ocasión.

Regresé con toda la plata y se la entregué a la Popea. Se puso contenta y con unas "nylon" que nos habían sobrado empezó la fritanga. Yo fui a buscar la pitarilla, porque después de todo no hay como tomar en la casa, y se armó la fiesta: el caballo mirando la tierna escena, comiendo su pescada frita que la vieja le preparó para él solo, y nosotros cacheteándonos igual que en la Biblia, cuando a esa gente buena se le terminaba el pan y llamaban al Señor y El se lo multiplicaba, y con el pescado igual Pascual.

La alegría duró poco. Creo que la Popea se empezó a poner celosa del caballo, porque yo hablaba más con él que con ella, es decir, con él tenía más confianza, éramos más amigos, ésa es la verdad, a pesar de las dificultades del idioma. Pero superábamos esos inconvenientes, a veces con una mirada que valía quizás por cuántas frases, con algunos gestos simples, mientras que la Popea se lo pasaba gritando todo el día con el garabato en la boca, dale que dale¹⁰, hasta que tenía que aforrarle un combo, y el caballo se tapaba la cara para no ser cómplice de estas trifulcas, que eran el pan de todos los días. La

vieja no podía ver al animalito ni en pintura y el caballo le pagaba con la misma moneda, haciéndole morisquetas o dándole ni que media patada al menor descuido. Hasta que la Popea pegó el grito:

—Esto se acabó —dijo, y agarrando la olla se fue a la casa de su mamá, como siempre, jurando que no volvería nunca más.

Quedamos solos, comiendo donde nos pillaba la hora, hasta que empecé a empeñar el caballo. A veces lo recuperaba, otras no. Un compadre se compadeció y me propuso una sociedad con una victoria que él había rematado. Sacamos la patente municipal y nos empezamos a parar en la estación con el chicoteado, esperando la llegada de los pasajeros de los trenes. Pero algo se quebró entre el caballo y yo. Quedó sentido, ya no era el mismo, no me tenía la misma confianza de antes. La tristeza era sólo para él, le costaba compartirla. Bastaba mirarlo para darse cuenta. Y por más que trataba de hacerme amigo de nuevo, convidándole un pejerrey frito, su medio pato, él nada. Era orgulloso. Y aunque nunca me lo dijo, lo que le dolió fueron esas noches en blanco que pasó empeñado, mientras yo andaba en las tomas.

Pero seguía entendiendo todo, o casi todo. Y cuando no podía comprender algo, le hacía empeño. Todavía nos gustaba ver caer la lluvia, tristes los dos, pero cada uno por su cuenta, cada uno con sus recuerdos.

Y ahora que no puedo darle de comer, pienso que hubiera sido mejor que lo mataran, pero me rebelo y no lo dejo solo y a veces tengo la sensación de que juntamos las dos hambres, porque así son de profundas nuestra amistad y nuestra miseria.

El caballo hace lo posible por tenerse en pie, mascando cualquier cosa: un pedazo de cáñamo, una colilla, papel de diario, sabiendo que tarde o temprano mejorarán las cosas, que le estamos haciendo empeño a la vida,

que después de la mala viene la buena, que algún día tendremos harto pasto y su zanahoria y avena de segundo y postre, que yo descansaré con la Popea debajo de una sombra con un buen causeo y alguna otra cosita para bajar el asado de plateada con chanco en piedra.

Una tarde, trotando por la Avenida Prat, noté que el animal pisaba en falso, como si tuviera dos patas más largas o más cortas que las otras, dando bote, soltando el freno. Comprendí que se estaba muriendo, mientras se justificaba con humildad: *Hasta aquí no más llegamos, viejito.*

—¿Te vas a ir, entonces? —le pregunté.

—Llegó la hora —confesó con tristeza el caballo.

—¡Qué es eso! —le dije para darle ánimo.

—¿Puedo pedir algo? —consultó.

—Claro que sí.

—¿Así a lo amigo?

—A lo amigote.

—¿A lo cumpimpa?

—A lo cumpimpa —acepté, llorando.

—Es algo que no tiene importancia.

—Pide, pide lo que quieras —agregué, sonándome.

—No quiero que los niños me tiren piedras —dijo justo cuando la muerte le llegó a los ojos y se los puso duros, como de vidrio, y yo me quedé mirando en ese reflejo frío.

Había empezado a llover, lentamente, como para abrigarnos, como para protegernos, como para herirnos aun más.

Llegaron un carabinero y un fotógrafo.

Busqué un bar, me despaché dos botellas al hilo, tratando de contar la historia de un caballo muerto bajo la lluvia que no interesó a nadie. Pensé, mientras miraba el temporal, que usaría corbata negra, para recordar su memoria, igual que esos viudos que uno ve en la calle,

sin saber para qué lado partir, solos, solos, pero tan solos, que dan ganas de abrazarlos, de decirles algo para que no renieguen de la vida y de la hermosa luz que nos alumbró a cada instante.

¹...porque los cortos años se van pasando (Job, 16, 22.).

²...y las rodillas trémulas, tú fortalecerás (Job, 4, 4.).

³...y si yo he comido solo mi bocado (Job, 21, 17.).

⁴...sus rodillas como barras de fierro (Job, 40, 18.).

⁵...que hizo que se estremecieran todos mis huesos (Job, 4, 14.).

⁶...mas, pregunta si quieres a las bestias, que ellas te enseñarán (Job, 12, 7.).

⁷De su boca procederán antorchas encendidas (Job, 41, 19.).

⁸Congrio negro.

⁹Pescada añeja de color opaco.

¹⁰Tu propia boca, y no yo, te convence de maldad (Job, 15, 5.).

LA AMISTAD MAS PURA

PERSONAJES:

Chofer del vehículo

Copiloto

LUGAR DE LA ACCIÓN: *La calle, un bar.*

—¿Sabe qué más, compadre?, tome bien el compás.

—Pa atrás o pa adelante, dice usted.

—Pa adelante, siempre pa adelante.

—Es que aquí se ve hartito poco.

—Usted pare la paila: escuche bien. Yo me encargo de dirigirlo.

—La media gracia. ¿Por qué no cambiamos de lado?

—Ah, no. El trato es trato. ¿Quién es el socio capitalista?

—Usted. Pero yo también puse mi parte.

—Entonces muera pollo.

—Lo que pasa es que usted es muy porfiado.

—¿Porque todavía no quiero ponerle las ruedas?

—Claro. Si seguimos así se nos va a quebrar el espinazo.

—Lo único malo es que las ruedas se compran con plata. ¿O no, dice usted?

—De acuerdo. Pero en el Mercado de las Pulgas he visto unas más o menos, con todas sus cosas, hasta con llanta.

—Búsquese la plata y después hablamos; cárguese un poco pa la izquierda.

—¿Cuánto falta para llegar?

—¿Adónde, dice usted?

—No sé, por eso le estoy preguntando.

—Güeno. Vamos pa adelante.

—Hay que ser sufrido pa tener un vehículo, ¿no?

—Lo que es yo prefiero la carretela.

—No sea modesto, compadre. ¿Soñó alguna vez en su vida manejar un cacharrito, una camioneta?

—Claro que no.

—Entonces, ¿de qué se queja?

—Me quejo porque tenemos que empujarlo desde adentro.

—Ahí está la gracia.

—Mansa gracia, oh. Parece que se me estuvieran gastando las patas.

—Con el movimiento, dice usted.

—Este cacharro ni siquiera tiene cuentakilómetros.

—No se ponga nervioso, compadre. Todo a su debido tiempo. Doble a la izquierda, ahora.

—No veo nada, y me duelen los hombros.

—Hay que ver que es delicado, compadre. Ni que hubiera nacido en cuna de oro.

—Toque la bocina será mejor.

El hombre pegó un gruñido al pasar la bocacalle. Desde lejos se destacaban el armatoste amarillo-rojo-verde con una estrella solitaria de cartón encima del hueco del parabrisas y los cuatro pies de los conductores, moviéndose como palillos de invierno en las manos de una vieja.

A veces no llevaban bien el compás: ora corriendo para la derecha, o en sentido contrario, bien inclinando la carrocería en forma peligrosa, ante la sorpresa de los transeúntes. Las cabezas de los conductores con sus gorros acartonados, tirillentos, eran como el tubo de hojalata de una chimenea. Los dos llevaban antiparras sin vidrio y un casco de corcho, como melón, tapándoles las orejas.

—Es mejor que pasemos a hacer bencina —dijo el que estaba colocado más cerca del acelerador.

—¿Y adónde cree que vamos? —contestó, jadeante, el chofer—. Encuentro que el freno está un poco duro. Le debe estar faltando un poco de aceite —dijo.

—Y su bistoco a lo pobre también.

—Usted es el que le pega a la mecánica: yo no.

—Así es, compadre. Aplique los frenos de aire, mire que vamos a pasar de largo.

—Si este cacharro es como los caballos de los borrachos, oiga. Para en seco en la puerta de los bares. ¿Y sabe qué más? ¡Se los conoce de memoria!

Los dos hombres soltaron la carrocería hueca por dentro, sin motor, pegajosa de pintura fresca.

—Oiga, compadre. Anote para que no se nos olvide. Tenemos que ponerle la patente. No vaya a ser cosa que nos saquen el parte.

—¿Y cómo anda el juego de luces?

—Mal, pues. Pero de aquí a que viajemos de noche falta todavía su poco.

Contemplaron con orgullo la armazón, soplándola, revisando con el tacto algunas raspaduras, inclinando la cabeza para descubrir posibles defectos.

—Con un poco más de trabajo la vamos a dejar como nueva.

—Es la parte del motor la que me tiene contento.

—Porque nos falta el ventilador, dice usted.

—Eso mismo: sin ventilador no hay ninguna cosa.

—Yo estoy dudando si mejor sería ponerle antes las ruedas y más tarde la huarifaifa de adelante.

—Claro que después se nos puede calentar el motor y podemos fundir las bielas.

—También es cierto. ¿Y qué nos demoramos en inventar uno?

—¿Hacerlo nosotros mismos?

—Es cuestión de agenciarse un pedazo de hélice de avión que no sea muy grande, eso sí.

—Mire qué fácil. Entonces con el alambrito hacemos el ajuste.

—¿Y el inyectado?

—¿El inyectado? Chist. De eso no se preocupe: corre por mi cuenta.

Entraron a refrescarse, apoyando los pies hinchados sobre una silla.

—¿Cómo está el blanco?

—Bueno —contestó el mozo.

—¿Y el tinto?

—Bueno también.

—La preguntita suya, compadre.

El otro no lo escuchó.

—No importa que las ruedas fueran del mismo tamaño —dijo en voz baja.

—Dale, machuca. Si lo primero es lo primero, u sea el ventilador.

—Pero si le faltan las ruedas, ¿qué saca?

—¿Y para qué estamos nosotros, entonces?

—Mire, compadre, yo no le sigo trabajando de neumático. Tengo las patas hechas unas brasas.

—Pior sería que se las diera de caja de cambio. Ya andaría con el cogote torcido.

—Pero soñemos un poco. Yo quiero ponerle un letrero que diga "Se Fleta".

—Y no sólo eso, pues, compadre. Hay que bautizarlo.

—¿Cómo le pondría usted al motorizado?

—"Adiós, Cuñado".

—Ji. ¿Y si lo bautizáramos como "El Cachetón"?

—Tá güeno, fíjese. Me gusta. "El Cachetón", entonces.

Chocaron los vasos mirando la cáscara de fierro vacía por la ventana del bar.

—¿Y sabe, compadre, cómo nos vamos a llenar de oro?

—Fletando el circo.

—No. Eso será después. Primero vamos a conseguir una pega en el Matadero, para repartir carne.

—¿Usted cree?

—Mire que no. ¿No ve que el chofer toca algo: su chunchul, su bofecito para armar el causeo? Esto también es capital a la larga.

—Oiga, compadre. ¿Y las ruedas?

—Tése callado, ñor. Nos levantamos al alba y salimos pegando al Matadero, después de calentar los motores.

—¿Y después?

—Después podemos hacer otro pololito, algo en la mudanza, en el reparto a domicilio. Eso deja también.

Se despacharon la primera botella.

—Se me está ocurriendo una cosa, compadre.

—Desembuche, no más.

—Nos compramos las ruedas, ah, y arrendamos un caballo para tirar el cacharro y ya el esfuerzo no es tanto.

—¡Cómo se le ocurre! ¡Eso sería volver a lo mismo! No quiero saber nada con el caballo. Nada con la tracción a sangre.

—Pero usted no quiere darse a la realidad. Sueña mucho.

—Eso mismo. ¿Y es bueno o es malo? Pior sería seguir esclavos del caballo.

—Usted no quiere entender, compadre. A la larga, la mano de obra sale más cara. ¿No ve que el motor no le consume tintóleo, ni encebollado, ni ninguna tentación?

—Es muy distinto.

—Según mi entender, nosotros tenemos que explotar

al motorizado y no que el motorizado nos explote a nosotros.

—Déjelo tranquilo, no más. ¿Y quiere que le diga una cosa, compadre? Si no está conforme me dice y le devuelvo su parte.

—¿Cuál parte?

—Las veinte lucas que me dio después que vendimos la carretela y se puso a tomar como malo de la cabeza.

No podían entenderse.

—Un motor son palabras mayores —dijo el socio principal.

—No crea, no crea.

—¿No le gusta soñar? ¡Soñemos entonces!

—¿Se da cuenta, el día que tengamos el cacharro sano y bueno y la carpa y el león y la mujer de goma y andemos por los pueblos tirando pinta?

—Y probando, ¿ah?, como quien no quiere la cosa, el mangaral, el pipeño...

—Y los cabros a la siga nuestra, pidiéndonos el autógrafo, y las mujeres haciendo cola pa mirarnos.

—Y nosotros poca bola, con lo orgullosos que vamos a andar.

Entró un carabinero.

—¿Ustedes —preguntó— son los dueños de esa basura?

—Basura, no —dijo el más afectado—. Nosotros dos somos los copropietarios del vehículo. Yo tengo el 51% de las acciones y el compadre el resto.

—Eso no interesa —dijo el verde con voz ruda.

—Y qué es lo que le interesa entonces? —consultó el mecánico.

—Hay que retirar esa mugre de ahí. Está mal estacionado, o le voy a pasar el parte.

—No, mi carabinero —imploró el soñador—. ¿No ve que hicimos un aro pa echarle bencina al motor?

Aguántese, que no nos demoramos nada en cambiarlo de lugar.

Salieron casi corriendo y regresaron.

—Le estoy dando vueltas a la idea del motor —dijo refrescándose con una copa de vino.

—¿Y de dónde vamos a sacar las piezas?

—Si no es tanto.

—Eso es lo que usted cree.

—Vamos viendo: el ventilador (que es lo principal), la correa, el tubo de escape, las bielas.

—Oiga, compadre. Parece que se le olvidó el embriague.

—Claro, tiene toda la razón: ¡salud!

—¡Salud! —replicó el compadre—. Vamos viendo, ¿cómo va a arreglar la combustión?

—La llama, dice usted. La chispa.

—Eso mismo.

—Primero hay que asegurarse el ventilador.

—¿Pa qué?

—Pa después apagar el incendio, la combustión.

—Va mal, maestro. ¿No ve que necesita el chisperío pa que arda el petróleo?

—Ah, no, ése es otro sistema.

—El directo, dice usted.

—No, pues. El indirecto.

—¿Cómo piensa hacer partir el cacharro, entonces?

—El tanque y la reserva van atrás, según mi idea.

—¿Pa qué?

—Se ahorra combustible. El petróleo también puede ir al medio. Yo lo tengo todo estudiado.

—Pero sáqueme de una curiosidad, ¿cómo parte el aparato?

—¿Usted conoce el sistema de las cocinas a parafina?

—Claro.

—Igual: se pone el vehículo boca abajo un rato y

se zarandea; luego, cuando agarra tiraje, se lo da vuelta de nuevo y listo, empieza a gotear el combustible.

—Está perdido, maestro.

—¿Por qué, dice usted?

—Porque no saca nada con tener la llama si el fuego no empuja.

—¿Y pa qué estamos nosotros?

—Pero ¿usted cree que si le ponimos el motor vamos a seguir andando a pata, llevando el cacharro al hombro?

—Es por la mala costumbre, compadre. Déjeme pensarlo, entonces. Mejor vamos a hacer el esquema.

Bastó un gesto para que les sirvieran la botella siguiente.

El hombre más práctico untó la punta del lápiz en la boca, empezando a dibujar en el mantel de hule.

—Le voy a representar el mecanismo, el invento mío. Aquí adelante, pongamos por caso, vienen el ventilador y la correa, ¿ve?

Dobló las líneas con firmeza, repasándolas una y otra vez.

—¿Y pa qué le sirve el ventilador solo?

—Oiga, compadre. No se ponga nervioso. Tranquilo el perro. Ya tenemos el ventilador, ¿no es cierto? Algo es algo.

El otro aceptó la idea con un agitado movimiento de cabeza.

—Déjeme ver: ahora del eje del ventilador sacamos un codo de una y media por dos y media para atrás.

—¿Hasta dónde?

—Hasta donde dé.

—Claro, claro.

—Fíjese bien. Esta cuestión la conectamos con el embriague, mejor dicho con el acelerador, unida con el alambrito. Más o menos por aquí.

—Haga más parejas las rayas, compadre.

—Bueno, después me bajo por la izquierda y aquí ponemos la batería. Al otro lado va la caja de herramientas. Y listo.

—Mejor será que nos tomemos otro trago, porque no le entiendo lo que me quiere decir.

—Es muy fácil.

—¿Y usted cree que andará?

—¡No!

—¡Oiga, compadre, tenga cuidado! No me tome para el chuleteo.

—¿No decía usted que hay que ir por partes? Como es tacaño, quiero convencerlo de a poco.

—¿Y qué ganamos con esta cuestión?

—No tendríamos que empujar tanto. ¿Le parece poco?

—¿Y el petróleo pa qué serviría?

—Pa calentarnos en el invierno, creo yo.

—¿Y el ventilador?

—¿El ventilador? Ya se lo expliqué: sopla. Sobre todo en las subidas, cuando uno va sudando.

—¿Y el codo de que usted habló?

—Ese sirve para apoyar el cacharro en los momentos de descanso.

—Sabe qué más, compadre. En ese caso sería mejor comprar las ruedas.

—Las cuatro, dice usted.

—Claro, las cuatro de un viaje.

—Es cosa suya.

—Esto otro resulta más complicado.

—Costó, eso sí, pa que se diera a la razón.

—Mal que mal tenemos lo principal, que es la salud. Y habiendo salud, ¿qué se nos da seguir empujando el cacharro a pie, a pata pelada?

—Usted es el que manda, compadre, pa eso tiene más acciones.

—Ahora si usted quiere, podemos hacer un cambio en la sociedad.

—¿Quiere ponerle más capital encima?

—No. Yo soy partidario de comprar sólo dos ruedas.

—¿Y pa qué?

—Pa que sufra uno solo.

—¿El de adelante, dice usted?

—Claro. Y el otro ya se va de alivio, ya no se cansa tanto.

—¿Quién empujaría?

—¿Quién va a ser?: usted, pues.

—Ah, no, compadre. ¿De quién era el caballo?

—Suyo y mío.

—¿Pero de quién era la parte más grande?

—Nunca hablamos de eso.

—Mire que no íbamos a hablar. Acuérdesese que de la cabeza hasta la mitad era mío, y de la mitad hasta la cola, suyo.

—Está bien, está bien —repitió el maestro mecánico, sin ánimo de discutir—. Es mejor que pidamos la otra.

—Con el cacharro pasa lo mismo, compadre. La mitad de adelante es mía, y lo que sobra, de usted propio.

—Con el caballo nos íbamos de alivio.

—Lo único malo era que no se llenaba nunca. Parecía saco roto.

—Ahora no tenemos ese problema, hay que reconocerlo.

—¿De qué nos quejamos, entonces?

—¿Se da cuenta cómo nos envidia la gente al vernos pasar?

—¿No es para menos, no?

—A propósito, compadre, y no es por ofenderlo. Se-

ría bueno que se lavara las patas de vez en cuando. Es para que no desentone con el resto de la pintura.

—No se preocupe, compadre. ¿Usted dice, porque parece que ando con calcetines y no ando nada con calcetines?

—Eso mismo.

—Oiga, compadre, algún día, cuando tengamos para el ventilador y el codo y las cuatro ruedas, ¿sabe qué vamos a hacer?

—Diga usted no más, compadre.

—No vamos a comprar ninguna cosa. Vamos a venir aquí a conversar a lo amigo.

—A recordar la vida, dice usted.

—Y ponerle y ponerle. Ventiladores hay en todas partes, ruedas sobran. Pero la amistad, ¿ah?

—Eso digo yo, la amistad no se compra en el Mercado de las Pulgas: no hay.

—La amistad no anda suelta; se hace, compadre. ¿O no se hace?

—Así es, compadre. Y ese asunto de la mitad pa usted y la mitad pa mí son puras invenciones. El cacharro es nuestro, suyo y mío, y se acabó.

—Pero ojalá no se ponga cachetón, compadre, cuando seamos ricos y andemos fletando el circo.

—¡Se le ocurre, ñor! Eso sí quiero pedirle un favor del porte de un buque.

—Pida no más, compadre.

—Oiga, yo quiero que me deje a mí solo dar vuelta a la manivela del motor para hacerlo partir.

—Listo, no más, compadre —aceptó el otro borracho, abrazándolo.

EL PEREGRINO DEL GOLFO

PERSONAJES:

Tony Lechuguita
Tony Montes de Oca
El Entorchado, león
Varios pescadores

LUGAR DE LA ACCIÓN: *Playa de San Vicente, golfo de Arauco.*

Nos dieron el león en parte de pago por los cinco meses que habíamos trabajado en el circo sin recibir un centavo.

Entramos al bar dejando a la fiera atada comiendo barro y virutilla, y otra vez recorrimos nuestras vidas, los recuerdos.

—Esto nos pasa por ser artistas —dijo el payaso *Lechuguita*.

—Así es —contestó el tony *Montes de Oca*.

—Se te están cayendo las lágrimas —recalcó el más alentado.

Corrían los hilos negros y aceitosos por su cara: dos tiras paralelas, dos manchas delgadas, dos rasguños anchos.

—Ahora sí que la hicimos de oro —dijo el que todavía no lloraba.

Tomaron, tomaron.

A la medianoche salieron con una última botella de tinto bajo el brazo. Estaba lloviendo de un solo filo, como si el agua cayera para entrar en la boca de los transeúntes de esa hora: costaba hablar, hacer confidencias, condenar al destino.

—Que se tome el pencazo *El Entorchado* —así llamaban al león por su impresionante melena.

El animal se estremeció con los tiritones.

—¿Qué haremos ahora? —dijo el payaso más flaco, sentándose a la orilla del camino.

—En eso estoy pensando —contestó el que estaba más cerca del animal.

—No tenemos ni qué empeñar.

—Y el clavito que nos fue a meter el administrador. ¿Qué vamos a hacer con este gallo?

—No lo trate así —argumentó el más humano—. También tiene derecho a la vida.

El león movió la cabeza.

—Pero no lo vamos a atar a la carretela, ¿no es cierto?

—¿Está malo de la cabeza?

—¿Entonces, cómo lo podemos hacer rendir?

Circuló nuevamente la botella.

El león le habló al oído al payaso más enclenque.

—Ah, no —gritó el aludido—. O salimos a flote los tres o nos hundimos los tres.

El otro, sin comprender del todo, manifestó que estaba de acuerdo.

—Lo bueno es que no tiene un pelo de lesa —dijo el que estaba más desesperado.

El león agradeció con un movimiento tranquilo y señorial.

—Mal que mal, donde comen dos, comen tres.

—Eso mismo.

—Lo que yo pregunto es en qué nos las vamos a machucar.

El león se secreteó otra vez con el que tenía el rostro escondido entre las manos.

—Prefiero vender el alma —fue la seca respuesta.

—¿Qué es lo que están tramando? —preguntó el que no había escuchado la sugerencia de la bestia.

Tuvo que confesar *Montes de Oca*:

—Dice que lo vendamos, que está dispuesto al sacrificio. Cree que en este tiempo los zoológicos compran leones.

—Pero serán leones de verdad y no este truniento. El animal pidió que le pasaran la botella.

—Mejor sería cortarle la melena y venderlo por gato montés —dijo el más astuto de los payasos.

—Ahí está la solución —dijo el león moviendo la cola, azotándola contra el suelo mojado.

—Fíjate bien. Este ñato tiene cara de cristiano. ¿A quién vamos a engañar diciendo que es de la selva, que lo trajimos del Africa?

—Tenís toda la razón. Las gentes se parecen unas a las otras después de haber vivido mucho tiempo revueltas. Los viejitos chuñucos son igual que las viejitas chuñucas. Y *El Entorchado* se parece a ti y a mí, se parece a los payasos de todos los circos.

—Total, que quedamos en las mismas —dijo el que estaba más curado.

El león hizo señas indicando que no quedaba más vino.

No había muchos resplandores en medio de la noche. Sólo esos parches aislados, el paisaje que inventa el hombre en su desgracia: ciertas negruras, ciertas luces, el cielo patas para arriba, angustioso, las nubes como si chirriaran, la lluvia como si castigara, el aire como si doliera, el viento golpeando y el perfil de los otros borrachos saliendo movidos, borrosos del bar.

—Es mejor hacer una fogata en la playa —dijo el tony que estaba mojado como pitío.

Desató al animal y caminaron en dirección del fondo de la calle, donde el mar blanco-negro-gris hilvanaba sus secos y violentos racimos apretujados como caen los telones de los humildes teatros de barrio.

Antes de llegar miraron al payaso que terminaba de comprar la última botella de vino, caminando desconcertado, tomando por fin el camino correcto. No se equivocó en medio de las aguas con el rostro brillante, como si

toda su cara fuera un espejo donde rebotaba otro espejo, y otro, y otro, sin medida, hasta que se producían una especie de fosforescencia, fuegos minúsculos, alteraciones en los ojos, en la nariz, brillos en la boca entre los pocos dientes.

Lo esperaba el otro payaso de todos colores con el león de perfil, delgado, laminoso, sentado en una sola línea, sin contraste, sin luz a la espalda.

Regresó corriendo, apretando la botella contra el pecho para que no se fuera a perder una sola gota, sintiendo el zangoloteo del líquido amarrado a ese puño de cristal, el morado repiquetear de las pequeñas olas metidas dentro de la botella.

—Vamos a quedarnos por estos lados —aclaró el payaso, señalando una piedra para sentarse.

Buscaron un poco de leña para levantar el fuego.

La botella comenzó a girar: manos y patas, fosforescencias temblorosas.

—A éste —dijo *Montes de Oca*— le queda el tintóleo en los bigotes.

El león se lamió.

Dejaron el animal al medio, sintiendo la blandura de su piel y también la dureza de sus costillas y el dulzor de las pulgas que andaban de un lado para otro. El trío parecía una llama moviéndose para un extremo, y luego inclinándose en sentido contrario, salpicados por la lluvia mientras el fuego también seguía el mismo curso, las mismas vacilaciones, el chisporroteo de las gotas rompiendo sonoramente.

En la orilla de la playa brillaban las cabezas sueltas de pescada; al león se le hacía agua la boca.

—¿Por qué no le hacís el empeño? —insinuó el payaso más generoso al animal.

El rey de la selva bajó unos metros a la arena con la

cautela de un prófugo, llegando hasta donde estaban los desperdicios mojados por el mar.

—Este ha sido siempre buen pobre —refunfuñó *Montes de Oca*.

—Pero ya es payasada —dijo el otro—. Ahora se lo pasa tirando por el alambre.

—¿Y nosotros?

El león comenzó a lamer los ojos de los pescados antes de pronunciar la oración de gracias, como era su costumbre. Miró al cielo y luego hizo oír el runruneo de su voz entre el ruido del mar y la lluvia: "Alabado sea el Señor. . . , el pan nuestro de cada día".

—Yo soy partidario de reducirlo —dijo el payaso más práctico.

—Empeñarlo, dice usted. Dejarlo en garantía.

—Por aquí debe haber muchas viejucas piadosas, y lo podemos apensionar mientras buscamos algún rebusque, y así nos vamos arreglando.

—Yo no me atrevo —comentó *Montes de Oca*—. No le podemos hacer esa cochinada.

—Hable más bajo —recomendó el otro—. Nadie quiere dejarlo botado.

Comenzó a hacerse la luz, dentando los bordes inmensos de la noche. Aún sobrevivía el fuego, y los dos hombres continuaban hablando alcanzados por la nueva mañana estampada a filones, sin ninguna seguridad, ardiendo en sus mínimos recovecos.

La caleta comenzó a vivir mientras el león terminaba de comerse la última cabeza de pescado. Parecía satisfecho, aunque triste.

Los gallos cantaron, los hombres gritaron, desfilaron los perros, las mujeres, crecieron el humo, la algarabía, el apresuramiento de los pasos en medio del vuelo cortante de las gaviotas.

Se oía el traqueteo de los motores, medio ahogados

por el frío de la noche y la lluvia, el zumbido irregular, a tropezones primero y luego suelto, con un ritmo preciso.

—¿Y ustedes, qué hacen aquí? —les preguntaron.

—¿Qué es lo que estamos haciendo aquí? —consultó *Montes de Oca* al otro payaso.

—Eso mismo digo yo —fue la respuesta.

—¿A quién se le ocurre dormir al aire libre?

—¿Cierto, no?

—¿Por qué no avisaron?

—Es que a nosotros nó nos gusta molestar a nadie —dijo uno de los payasos, levantándose y mostrando su amplio traje arrugado.

—¿Y el animalito también anda con ustedes?

—Claro. *Entorchado* —lo llamaron—, saluda a las visitas.

El león obedeció, aún atragantado con las espinas, tosiendo.

—¿Que no es un león? —preguntó uno de los pescadores, lleno de asombro.

—Ahí donde usted lo ve —dijo *Montes de Oca* con orgullo.

—Este le hace a todo —dijo el otro tony, recomendándolo—. Lástima que ahora anda con el asma: está afónico.

—Tomaremos alguna cosita para entrar en confianza —dijo un pescador.

Pegaron un silbido. Se acercó uno de los niños que contemplaban la escena desde lejos. El león ya se había conquistado a la concurrencia: bien parándose en dos patas o moviendo la cola, imitando el vuelo de una mariposa, colocando una mano adelante y otra atrás, como Napoleón, imitando a algún bombero corriendo en bicicleta mientras escucha la sirena de alarma, dando a conocer su repertorio artístico.

—Es dura la vida por estos lados —acotó *Montes de Oca*.

—Y dígame dónde es blanda —le contestaron—. Aquí también andamos con las tripas pegadas al espinazo.

—Igual que allá.

—¿En dónde?

—En el Norte. Nosotros somos del Norte. Veníamos rumbiando pal Sur y llegamos al mar, y aquí, güenas noches los pastores.

—Hasta aquí no más llegamos —reforzó el otro payaso.

—Pero por este lado hay más rebusque.

—¿Dónde, dice usted? —preguntó con curiosidad uno de los trasnochados.

—En el mar.

—Chih, el mar. Conmigo no.

—Es de rulo el payaso. Les tiene miedo a las olas.

—No es mi especialidad —concluyó con cierto orgullo profesional *Montes de Oca*.

—Ahora que están alcanzados no tienen otro camino —sentenció el pescador más antiguo—. A muchos les ha pasado lo mismo.

—Nosotros no le hacimos al mar —replicó a coro el trío.

Al león se le puso la carne de gallina con sólo pensar en la idea.

—Es que están condenados —insistió el pescador—. El que topa con el mar se hace a la mar.

—Llegó la parafina —dijo el que estaba esperando con más sed el vino.

Las botellas empezaron a correr.

—Cada uno mata su piojo, cada uno maneja su propia botella —aconsejó el más anciano.

—Yo la comparto con *El Entorchado* —adelantó *Lechuguita* con tono comedido.

—No —le contestaron—. A él también le mandaremos pedir una. Así se acostumbra por estos lados. ¿Usted cuántas botellas hace?

—Depende.

—Pero pongamos por caso, cuando está contento.

—Unas cinco, creo yo.

—Güena, güena medida, pero no hay que ser tan hipócrita —manifestó uno de los pescadores con tono molesto y sospechoso.

El niño volvió a salir corriendo a la borrachería.

Siguieron tomando, haciendo sonar la boca, recogiendo la lengua debido a la aspereza del vino.

—Me gusta el animalito —dijo el hombre de mar que lo estaba mirando largo rato—. ¿Cuánto vale?

—Ah, patrón —contestó el payaso—. Pierde el tiempo. No está para la venta.

—Es cuestión de arreglo —agregó el ofertante.

—En este caso va muerto —dijo el artista.

Otra vez levantaron las botellas; el sol golpeando en los vidrios gruesos y verdosos, curvándose, doblándose, disparatado.

—Ya, pues, amigo —dijo el que estaba invitando—. ¿O es que está operado de la hernia?

—No estoy operado de ninguna cosa —contestó un poco molesto el payaso.

—Bah, yo creí que le habían cortado el gaznate —ofendió el pescador.

—Si quiere ponerle, vamos pegando no más —fue la respuesta de *Montes de Oca*.

—Véndame el animalito —insistió el porfiado—. Se lo compro chinchín.

—La plata se acaba.

—Bah, el león será inmortal, po...

—¿Usted me vendería su lancha?

—¿Y con qué la vai a pagar, torrante?

El payaso acusó el golpe. Por eso insistió con humildad:

—Es un decir; ¿la vendería usted?

—Claro que no.

—¿No ve, no ve? Al león no lo vendimos porque es nuestra herramienta de trabajo.

—Pior es que se les muera de hambre por ahí.

—Tendríamos que morir los tres —aseguró el payaso más romántico—. Estamos dispuestos a hacerle a todo con tal de tener pa parar la olla.

—Les propongo lo siguiente —dijo el más astuto de los pescadores—. Me venden el león y yo los contrato como tripulantes de mi lancha.

—¿Qué piensa hacer con él?

—Yo lo quiero pa tenerlo en el jardín—. Pa lujo. Pa asustar a la gente.

—Tendríamos que hablar con el interesado —meditó Montes de Oca, titubeando.

Llamaron al león, separándose por unos instantes del grupo de pescadores.

Luego de un breve debate, el trío regresó en demanda de los hombres de mar.

—Sabe una cosa —dijo el payaso más comunicativo—, le vamos a aceptar la oferta. Pero siempre y cuando que *El Entorchado* se quede en la casa, que no trabaje en ninguna cosa, que jubile en buenas cuentas.

—Que cuelgue los botines, dice usted.

—Eso mismo.

—Claro que va a jubilar —recalcó el pescador que estaba haciendo el trato, mirando con malicia al resto de los borrachos que lo rodeaban.

—¿Y nosotros?

—¿Ustedes? Los dos van a salir conmigo mañana al "mono" para que reciban el bautizo en el golfo de Arauco. Primero da un poco de recelo, pero es cuestión de ir

medio hecho. Después uno toma más confianza, ya no extraña tanto.

Pidieron otras corridas de botellas, y como a las cinco de la tarde se terminó de liquidar la transacción, en medio de los aplausos de los curiosos.

El león quiso despedirse. Estaba pálido, emocionado, le temblaba la voz.

—No dejen —dijo— de venir a verme los domingos. Tráiganme fruta, cigarritos, algún diario o revista que no les sirva. —Luego hizo una confesión—: Lo que es yo, me retiro de este mundo.

—No te pongas así —rogó *Montes de Oca*—. Cuando llegue el oro te vamos a venir a rescatar.

—Pa qué —replicó el animal con tono amargo—. Entonces ya estaré viejo, con el reuma, lleno de achaques.

Los dos payasos lloraban apoyándose mutuamente.

—No sigas, no sigas, *Entorchado* —imploró *Lechuguita*.

Alguien comenzó a tocar una cueca en lata; la tomatara se prolongó hasta que los pescadores, los payasos y el león quedaron botados refunfuñando cada uno por su cuenta.

* * *

Charquiar un león en su sano juicio, sabiendo que es inocente, resulta difícil. ¿Por dónde se empieza? Alguien dijo: "Es como las vacas; se le entierra el cuchillo en el corazón y listo". Otro agregó que era preferible amarrarlo de las patas, como los corderos, para evitar el sufrimiento y aprovechar el "ñachi" para comérselo con cebollas nuevas y cilantro. El león observaba todo el trajín como un filósofo, tranquilo, meditando, compasivo. Lo liquidaron sin contemplaciones. Alguien que se había conseguido el arma llegó acompañado por otros cómplices con la

escopeta al aire, disparando por anticipado, levantando una polvareda, y el león mirándolos con las manos en los bolsillos.

Llegado el momento, no tomó siquiera una actitud desafiante. Sólo ese rostro socarrón que lo había hecho tan popular en los comienzos de su carrera profesional, ese rostro intérprete de tantas pasiones, de tantas debilidades humanas.

Al cuarto tiro murió.

La caleta se había despoblado para presenciar la muerte del animal; no era frecuente ver el sacrificio de un león. Sobraron los voluntarios, hombres y mujeres, con sus correspondientes cuchillos, dividiendo prolijamente al rey de la selva para usarlo de carnada, trozándolo en pequeñas porciones aún tibias y saguinolentas de color oscuro, preparando los espineles.

—Es una carnada de lujo —dijo una vieja que estaba cooperando—. Les va a dar gusto picar a los diablos —agregó con tono seguro.

—A lo mejor se les calienta el hocico a los negros —argumentó otra vieja que estaba a su lado.

—Es como servirles lengua de canario.

—No crea. No crea. Estos animales son enfermazos de los nervios —dijo la primera mujer de negro—. ¿No ve que se les suben los humos a la cabeza con los aplausos y hasta salen fotografiados en los programas de los circos?

—Hicieron bien el cálculo, eso sí. El león alcanzó para llenar dieciséis canastos justitos.

—Arriba, arriba —les gritaron a los payasos, animándolos.

Al tony *Lechuguita* se le había corrido más aún la pintura de la cara.

—¿Así, con este uniforme? —preguntó *Montes de Oca* mirándose el traje de todos colores.

—Así no más —fue la respuesta.

—Ya, pues —contestaron a dúo, saltando.

—¿Cómo habrá despertado el león? —fue la primera pregunta que hicieron mientras se dirigían mar afuera pasando por Punta Lavapié.

—Seguro que amaneció con el “tonto Morales” —vaticinó *Montes de Oca*.

—Se nos olvidó decirles —agregó el otro payaso— que cuando despierta con el cuerpo malo hay que darle su chupilca.

—Se lo dejamos encargado a la vieja. Ella irá descubriendo sus mañas. Con decirles que me soporta a mí —confesó el capitán de la lancha—, ¿cómo no va a congeniar con el león?

—También es cierto —replicó uno de los payasos con decidida resignación.

—Parece que era medio viejo su león —advirtió el que había hecho la compra.

—¿Por qué?

—Se me ocurre. Da la impresión.

—No son tantos los años —manifestó el payaso más solitario—. Es por la vida que le han dado. Con mirarle la cara uno se da cuenta.

—¿Ustedes le hacen a la pescada seca? —preguntó el capitán.

—Siempre que sea de caballo —contestó *Montes de Oca*.

—Claro, ésta es de caballo.

—¿Y después?

—No falta, pero medido. Aquí el trabajo es cosa seria, compañero —dijo el que mandaba, con tono imperioso.

—Nosotros siempre hemos tomado el trabajo con seriedad —aclaró el payaso, herido en su amor propio profesional—. Payasos y todo, pero serios. Así es la cosa.

Los pescadores se pusieron en fila, el motor aminoró la marcha.

—La pega es sencilla. Hay que estar al cateo de la laucha y obedecer las órdenes. Y ponerle “ñeque”, porque éste es trabajo de hombres —aseguró el capitán, con rostro nuevo y severo.

—Cuando usted mande —dijo el payaso *Lechuguita*.

—Esto no es lo mismo que jugar a la payaya en la pista de aserrín.

—Claro que no —concluyó *Montes de Oca*—. Se nota que es distinto. Aquí la pega es más difícil.

El espinel fue pasando de mano en mano, cayendo al mar mientras la lancha avanzaba en forma lenta.

—No hay que hablar muy fuerte, porque los “monos” escuchan —advirtió el pescador más viejo.

—¿Tienen buen oído los animalitos, entonces?

Llegaron a la boya del otro extremo y los anzuelos quedaron colgando de los espineles entre las dos señales de corcho, en la profundidad del golfo.

El motor de la lancha se detuvo por completo.

—Ahora —ordenó el capitán— a dormir. Ahí tienen sus ganchos; más tarde apreta el frío.

—¿Qué será de *El Entorchado*? —se preguntaron a media voz tan pronto quedaron ubicados en un hueco, al lado del motor, aprovechando el calor.

—Eso mismo me pregunto yo.

—¿Nos estará echando de menos?

—¿En qué estuvimos que se nos ocurrió venderlo?

Cuchichearon el resto de la noche movidos por la blanda fuga de las olas.

Salieron a esperar el alba cuando la primera luz parece venir del fondo del océano, a la orilla del horizonte, y después se expande, no de golpe, sino tambaleando.

—Ya, ya —fue el grito de alerta del capitán—. Me nos conversa y más trabajo.

—Aquí estamos —contestaron los payasos restregándose el rostro.

Se escucharon las nuevas órdenes; los hombres en fila dispuestos a comenzar la recogida de espineles.

—Todos al mismo compás —repitió el capitán a los payasos.

Como los otros pescadores se escupieran las manos, ellos hicieron lo mismo para que no les sangraran los dedos.

—A la una, a las dos...

—No te vayas a ir a la coche'e guagua —aconsejó *Montes de Oca* a su compañero.

—Cierra la jaba será mejor —contestó el otro payaso con la rabia del esfuerzo.

La cuerda temblaba, tensa, con el peso del océano como un cuchillo que no podía cortar las aguas. Una cuerda con vida. Una cuerda que palpitaba pasando de la mano al corazón.

—A la una...

Saltaba el chisperío de las gotas estrellándose contra el sol. La carga no aflojaba, blanda, nerviosa, viva, desafiante.

Se estiraban los rostros, los músculos, todo tenso dentro del aire, la respiración estrecha y menuda, las venas marcadas en manos y brazos, hasta que de pronto se escuchó el rugido levantándose como un coro desde el fondo del mar, raspando el agua, desordenando la pulcritud de las olas.

—El león, el león —gritaron los payasos—. Se escuchó clarito.

—¿Qué es lo que se han imaginado? —insultó la voz del capitán cargada de ira—. Sigán trabajando.

El rugido salvaje y rebelde se repitió con un anticipo de grandes burbujas: unos anillos que enredaban la lancha y luego se distendían, pero con rapidez, balbu-

ceante, con los bordes quemados por la violencia, por la rebeldía.

—Claro que es el león —confirmó uno de los pescadores—. ¿O creen ustedes que lo compramos para hacer bolitas de dulce?

—Yo dije que iba a dar resultado —agregó otro pescador.

—¡Picaron los “monos”! ¡Picaron los “monos”!

Los hombres no aflojaban, curvados, enderezándose al mismo ritmo, como si quisieran salir lo antes posible del túnel en que parecían estar prisioneros.

La cuerda, por fin, quedó menos tirante.

La carga salió a flote soltándose, como si la garra que la sujetaba hacia abajo se hubiera vuelto de golpe. El mar se inundó con los síntomas del oro, con la sospecha dorada y líquida de los congrios, cada uno con una porción crepitosa de espuma que hervía, que hacía sonar sus infinitos espejos, chocando, saliendo de la luz, escapando de la muerte para aferrarse a la vida con un aleteo parecido al de los pájaros heridos, estrujándose contra la blandura de las olas, ultimándose contra la cruda dureza de la espuma.

El rugido llegaba también como un círculo gigantesco que se iba empequeñeciendo con violencia, hasta terminar en un punto silencioso. El león continuaba viviendo en cada congrio, íntegro en su desintegración, múltiplo de la nada, de la vida y la muerte, único y numeroso como la primera célula que existió, pero ya en demanda de otra, de su enemiga y salvadora, de tal suerte que al juntarse los rugidos aislados se formaba un todo ruidoso, lleno de triunfante soberbia. Los pescadores, a medida que enrollaban los espineles en los canastos, tiraban los pescados de los anzuelos, desprendiéndolos, rompiéndoles la boca. Por orden del capitán los abrían con extremada precaución, rescatando la parte sanguinolenta y agitada

del rey de la selva guardada entre las vísceras, como si la bestia se hubiera enredado en esos delgados y tibios laberintos que el mar cobijó en sus profundidades.

—Nosotros nos encargaremos de armarlo de nuevo —dijo *Montes de Oca* sin poder ocultar su emoción.

—Cuidado —advirtió el capitán—, no vaya a ser cosa que les sobre alguna pieza.

—Se le ocurre —fue la respuesta.

—No te desespere, "leoncio" —recomendó *Lechugueta*, mientras continuaban acumulando en un canasto las diferentes partes del animal en continuo movimiento.

—¿Usted maneja aquí arriba pegalotodo? —preguntó uno de los payasos.

—No, ¿pero cómo le vendría una aguja pa coser sacos?

—Da lo mismo.

Los dos payasos continuaron la tarea como si se tratara de armar un rompecabezas. Algunos trozos parecidos, resbaladizos, complicaban la tarea, la reconstrucción; pero a los pocos minutos el león fue tomando forma de nuevo: la alborotada melena, luego una parte del lomo, la cabeza redonda, ingenua, aún saludable, desprovista de todo gesto rencoroso, como Lázaro, un individuo que viene saliendo de la muerte, que aún siente la sangre andándole por las venas, tanteando con precaución el terreno, y las patas arqueadas y blandas.

—Parece que te quedó más corto —advirtió *Montes de Oca*.

—¿De qué parte? —consultó *Lechugueta*.

—No sé, de todos lados, creo yo.

Volvió a recorrerlo, caminando a su alrededor, mirándolo prolijamente, como se observa algún objeto que se va a comprar de segunda mano, tratando de encontrar algún detalle que permita rebajar su precio.

—Hay que pegarse con una piedra en el pecho —se

justificó el payaso que estaba terminando de armar el león—; salió completo. No faltó ni sobró ninguna cosa.

Miraron al animal de nuevo, aunque un poco enclenque todavía.

—Da la impresión de que está un poco inclinado pa'l norte —le criticaron—; más cojo de un lado que de otro.

—Eso es lo de menos. Se le pone un taruguito debajo de la pata corta y listo.

—También es cierto —agregó el otro payaso—. Es cuestión de contratarle un ayudante al lado para que le vaya cambiando los tarugos a medida que corra, que salte.

Al regresar al puerto en la lancha semihundida (señal inconfundible de la pesca fructífera), el león venía abrazado con la tripulación, sonriendo y saludando a la distinguida concurrencia que esperaba en el muelle.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



INDICE



Los socios	9
Almacencito "La Gloria"	17
Zapatos para Estubigia	27
Pintar por poca plata	39
Paraíso para uno	51
La encuesta	73
Otra cantata	87
Hoy, hoy, hoy	97
Consejo de amigo	109
La mujer de goma	119
Los maestritos	127
El auriga Tristán Cardenilla	139
La amistad más pura	151
El peregrino del golfo	162

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

QUEDAMOS EN ESO,
por Juan Garafulic.

JUAN DE LOS PERROS,
por Lautaro García.

SERES DE UN DIA,
por Luis Alberto Heiremans.

EL DESENLACE,
por Edesio Alvarado.

LA LUNA ERA MI TIERRA,
por Enrique Araya.

UN PERDIDO,
por Eduardo Barrios.
(Premio Nacional de Literatura.)

DETRAS DE LAS MASCARAS,
por Daniel Belmar.

CUERO DE DIABLO,
por Guillermo Blanco.

REGAZO AMARGO,
por Luis Merino Reyes.

SOLO EL VIENTO,
por Enrique Campos Menéndez.

SEWELL,
por Baltazar Castro.

PATAS DE PERRO,
por Carlos Droguett.

LA CHICA DEL CRILLON,
por Joaquín Edwards Bello.
(Premio Nacional de Literatura y
Periodismo.)

NUNCA COMO ANTES,
por Miguel Frank.

NOVELA DE NAVIDAD,
por Enrique Lafourcade.

CHILENOS DEL MAR,
por Mariano Latorre.
(Premio Nacional de Literatura.)

EL PARAISO DE LOS MALOS,
por Luis Vulliamy.

TODA LA LUZ DEL MEDIODIA,
por Mauricio Wacquez.